

MEMORIAS I



Manuel Maples Arce

A la orilla de este río

Universidad Veracruzana

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es). Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial. La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

A la orilla de este río

Universidad Veracruzana

Raúl Arias Lovillo
Rector

Porfirio Carrillo Castilla
Secretario Académico

María Antonieta Salvatori Bronca
Secretaria de Administración y Finanzas

Agustín del Moral Tejeda
Director General Editorial

A la orilla de este río

Manuel Maples Arce

(Memorias I)



Universidad Veracruzana
Dirección General Editorial

Diseño de forros: Lizeth Pedregal, a partir de una fotografía del archivo familiar propiedad de Mireya Maples Vermeersch

Ilustraciones de Leopoldo Méndez

Clasificación LC: PQ7297 M274 A42 2010

Clasif. Dewey: M868.44

Autor: Maples Arce, Manuel, 1900-1981

Título: A la orilla de este río : (Memorias I) / Manuel Maples Arce;
[ilustraciones de Leopoldo Méndez].

Pie de imprenta: Xalapa, Ver., México : Universidad Veracruzana, 2010.

Descripción física: 173 p. : il., retrs. ; 23 cm.

ISBN: 9786075020129

Materias: Maples Arce, Manuel, 1900-1981--Biografías.

Prosa mexicana--Siglo XX.

DGBUV 2010/26

Primera edición, febrero de 1964

Editorial Plenitud

Madrid, España

Primera edición, 3 de junio de 2010

© Universidad Veracruzana

Dirección General Editorial

Apartado postal 97

Xalapa, Ver., 91000, México

diredit@uv.mx

Tel / fax)228 818 59 80; 818 13 88

ISBN: 978-607-502-012-9

Impreso en México

Printed in Mexico

Prólogo

Rodolfo Mata*

Editado en Madrid, en 1964, *A la orilla de este río*, el primer volumen de las memorias de Manuel Maples Arce (1900-1981), teje un arco que conecta problemáticamente su temprana infancia y su adolescencia con el momento en que escribe. Los versos de su padre, declamados en la tribuna durante una noche de fiestas patrias en Tuxpan –cinco de mayo, dieciocho de julio, quince o dieciséis de septiembre, el poeta intenta recordar– habían conservado en su memoria el vigor suficiente para resonar a lo largo de todo el volumen e incluso para darle título: “Aquí, junto al mar sonoro / a la orilla de este río”. En aquellos inicios del siglo XX, la pequeña ciudad portuaria, se encontraba lejos de la capital y ciertamente tenía mayor contacto con lo que llegaba por la vía marítima que por la terrestre. Por ello, se entiende que Maples Arce cuente que en aquel entonces los dos principales anhelos de los tuxpeños eran la apertura de la barra y la construcción del ferrocarril. Sin embargo, el retrato que el autor hace del lugar y de su inserción en él no es el de un edén aislado, el lugar paradigmático de una infancia feliz, contemplada con nostalgia, que gradualmente se abrirá al mundo, sino el relato de la gestación de un temperamento y una sensibilidad que, hecho *a posteriori*, es el anuncio de un destino personal.

Este *locus* idílico arañado por la conciencia de la muerte y la enfermedad (el temprano fallecimiento de su hermano Eduardo, el suicidio de una vecina, la locura de un tío, etc.), por la realidad del país que se sumergirá en la Revolución, por los mínimos agridulces desengaños de la existencia

* Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.

en el seno de una familia bien avenida y económicamente próspera, pero principalmente por el deseo de viajar y expandir horizontes, contiene los elementos necesarios que dibujan con sobriedad y compostura la silueta de Maples Arce. Ahí están las descripciones de sus maestros y sus compañeros al lado de la valoración de sus propias habilidades: su gusto por la historia, la geografía y la lengua nacional, por sobre las matemáticas, la botánica o la zoología, y el suplicio que representaban las clases de piano. Ahí aparecen los juegos, los espectáculos (el teatro, el circo, el cine, el guiñol), las fiestas, los bailes, las corridas de toros, los paseos por el río y los bosques, los retratos de su madre -hacendosa y católica practicante-, su padre -liberal y mason- y sus hermanas Adela, Amalia y Matilde. Ahí figuran también, entre otros, los relatos de su añorado reencuentro con Papantla, de la temporada de estudios en Jalapa -justo en los años de la dictadura de Victoriano Huerta-, y de su despedida final de Tuxpan.

Maples Arce cierra el volumen con la imagen del río, cita las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique -“La vida son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir”- y explica que, en ese momento, “el río de su niñez se confundía con el mar sonoro”. Agrega, como capítulo décimo sexto, un soneto sin título en que desarrolla poéticamente el tema y promete regresar: “Volveré a tus riberas, claro río, / a retemplar mi espíritu en tu brío, / antes de andar la última jornada”. Este hilo conductor ya había sido mencionado en el epígrafe que inaugura el libro y que agrega una temática mítica, eminentemente literaria y nativa, desarrollada en otros momentos para mostrar las raíces y el arraigo del escritor a su tierra:

Yo nací en Papantla, tierra de la vainilla, cerca de las pirámides totonacas cubiertas de silencio. No habían transcurrido cuarenta días, cuando la voz que ordena los destinos dijo: “Llevad a este niño a la orilla del gran río que brilla más allá del Castillo de Teayo”. Y se hizo así.

Este río cruza mis recuerdos. Se llama el Tuxpan, y baja de la cordillera, de los raudales del Pantepec y del Vinazco. Allí pasé mi niñez. En sus márgenes gocé las primeras visiones del mundo, bañé mi cuerpo en su corriente, y en las alturas de La Atalaya sentí el viento del mar y la esperanza...

De esta manera, el río es no sólo el paso del tiempo, de la vida, el río que es y no es, el río heracliteano del cambio, sino además, el río de la memoria. El

río deviene un símbolo complejo, entre otros que podrían señalarse, como las embarcaciones y el petróleo. Maples Arce inicia su relato autobiográfico precisamente con una meditación acerca del tiempo y la memoria. Gran consuelo es recordar los momentos felices y los dolorosos que se creía desvanecidos para siempre y qué difícil es recuperar la verdad de la existencia confundida con el flujo del tiempo, observa Maples Arce, y enseguida puntualiza:

Volver a ver con la imaginación el pasado es una maravilla, que exige todas nuestras facultades de abstracción, y acaso más: una virtud esencial capaz de borrar las sombras y destacar nítidamente los rasgos de nuestra propia existencia. El tumulto de nuestro corazón estropea nuestras posibilidades retentivas, y mayormente en mi caso, que jamás he consignado en diarios o papeles ningún acontecimiento.

Como se puede ver, el autor encara la situación del arco problemático que está tejiendo con la escritura de sus memorias, sabe que lo que anota es frágil desde el punto de vista de la historia y que aplicará los filtros de su imaginación al rescate que está haciendo. Por ello, frecuentemente cuestiona el orden de los acontecimientos que narra o el brillo de ciertos recuerdos y llega a compararlos con pasajes borrosos de la proyección de una película. Así, paralelo al río real, el río Tuxpan, corre el río de la memoria. Y, condicente con el tono sobrio y recatado que el autor adopta, en el proceso no habrá interferencia de diarios o anotaciones de otro tipo, no habrá confesiones desgarradas sino perspectiva y equilibrio. Desde luego, el modelo para este ejercicio de la memoria es *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust –novela que marcó a toda la generación de Maples Arce–, con la salvedad de que esta es ficción basada en experiencia autobiográfica, mientras que *A la orilla de este río* tiene la impronta de ser un registro histórico y testimonial.¹ Quizás de ahí venga la discreción y mesura que contrastan con la libertad introspectiva que Proust ensaya en su personaje narrador. De cualquier mane-

¹ En *Soberana juventud*, Maples Arce alude al segundo volumen de *En busca del tiempo perdido*, titulado *A la sombra de las muchachas en flor*, cuando comenta su partida de Veracruz, al terminar sus estudios de preparatoria: “No lamenté dejar a maestros ni amigos, y aun me consolé pronto de perder a las ‘muchachas en flor’, tan gratas a mi adolescencia, y esto no era dureza de ánimo, sino ansia de vivir”.

ra, siendo Maples Arce poeta, a este aspecto estará unida indefectiblemente la dimensión artística.

Desde el punto de vista narrativo, en el volumen hay anécdotas sobresalientes por la propia historia que cuentan o por la manera como la desarrollan. Por ejemplo, cuando el autor recuerda que, al llegar tarde a la clase de teoría musical por estarse acicalando, la maestra lo reprendió ordenándole que se hincara. El niño, en un arranque de iluminada dignidad, se dio la media vuelta, regresó a casa y, aunque más tarde otro castigo lo alcanzó, la humillación no lo hizo. Destacan, por su lirismo, algunas descripciones del río, la visita a El Tajín (en el itinerario del viaje a Papantla), el paseo solitario a La Laja, y el capítulo “Pequeño retablo”, en que Maples Arce relata la contemplación de las estrellas y del cometa Halley. También hay momentos de exultante invocación, como cuando elogia las flautas serranas de barro cocido, que los indígenas vendían como juguetes, o los patios jalapeños: “¡Patios jalapeños, donde el musgo crece entre las piedras, olorosos a humedad, invadidos de un misterio paradisíaco!”. Asimismo, en algunas pocas ocasiones, Maples Arce abre un espacio para la reflexión histórica, social o cultural, como sucede cuando comenta el lugar de la serpiente en el arte prehispánico.

Especial interés revisten los inicios de su vocación literaria. Comienzan con la anécdota del uso de “palabras hostiles, heterodoxas” que un amigo le enseñó y que causaron que le lavaran la boca con ceniza. Continúan con el gusto por la temporada de teatro, los contadores de historias como la anciana Valentina o la nana Inés, las novelas de aventuras de Salgari, el paladeo de palabras como *vergel* –“mi intuición poética más lejana, pues me representaba un lugar delicioso con flores, fresco y verde, por el que se derramaba la luz de la tarde”–, o la contemplación de espectáculos naturales, como los celajes sobre el río, “mezcla de emoción pictórica y poética”, o una noche de luna en la ciénaga que le provocó algo como un “trasueño poético”. En el capítulo “Despertares” se concentran otros detalles acompañados por una lista de las lecturas de su infancia y adolescencia, que van desde las novelas de Balzac, Victor Hugo y Zola, los cuentos de Poe, Hoffmann y Andersen, hasta *El Periquillo sarniento*, *Los bandidos de Río Frío* y las novelas históricas de Vicente Riva Palacio. En el terreno de la poesía, pone de relieve a Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel José Othón y Rubén Darío, pero sobre todo a José Juan Tablada y Leopoldo Lugones. El recuento culmina con el relato

de la composición de su primer poema, un soneto, que su padre le ayudó a publicar en el semanario local *Nueva Era*.

La historia del padre de Maples Arce es un contrapunto interesante que aflora con frecuencia. Desemboca en el tema literario y de los viajes y sirve para ilustrar, por contraste, el perfil del escritor. Originario del puerto de Veracruz y de familia pobre, Manuel Maples Valdez se formó como abogado en la capital, apoyado por una beca del ayuntamiento. Fue agente del Ministerio Público en Papantla, donde conoció a su esposa, pero por intrigas políticas fue trasladado a Tantoyuca, y de ahí pidió su cambio a Tuxpan donde ejerció el cargo de juez de Primera Instancia. Uno de sus empeños se hizo realidad, cuando logró comprar la finca El Chovén, pues en esa época, Maples Arce puntualiza, “se creía que el porvenir estaba en la ganadería y en la agricultura. Y tanto era así, que cuando se advertía una charca con manchas de petróleo (me refiero a la época de mi primera infancia), los susodichos terrenos se consideraban poco favorecidos por la naturaleza”. La Revolución y el reparto agrario acabaron con la finca, aunque no con los gratos recuerdos de los momentos que Maples Arce pasó en ella. El petróleo y la modernidad se instalarían en la región, con oleoductos y estaciones de bombeo, y aunque el autor recuerda que “estropeó el encanto del río por largo tiempo” con sus manchas de aceite, será precisamente la fascinación por los artefactos emblemáticos del progreso la que lo arrastrará a dejar Tuxpan para tener la experiencia urbana en Veracruz y, posteriormente, en la Ciudad de México. En cambio, su padre permanecerá en un “rincón del mundo” y conservará sus “aficiones y gustos por la poesía narrativa, sentimental y fatalmente rezagada”. No alcanzará, como él, una “concepción depurada y moderna de la poesía”. Como señalé anteriormente, por su naturaleza artística, el discurso autobiográfico de Maples Arce está tejido con símbolos complejos, y otro de ellos, además de la imagen del río, es el pasado, el mundo respetable pero atrasado, que se materializa en el retrato de su padre contemplándolo desde el escritorio: “ya no existe y, sin embargo, siento que mis relaciones con él no han terminado”. Así el autor se reconcilia con su origen, dialoga con él y lo supera, pero no lo olvida.

Poco tiempo pasó para que apareciera el segundo volumen de las memorias de Maples Arce. *Soberana juventud* fue publicado en 1967, de nuevo por la Editorial Plenitud de Madrid. Maples Arce lo redactó cuando se encontraba en la embajada de México en Beirut, entre 1962 y 1963. Poca distancia

lo separa de la escritura del primer volumen, que fue compuesto casi en su totalidad en la legación mexicana en Oslo, en 1961.² La edición carece de las bellas ilustraciones de Leopoldo Méndez que el primer volumen tenía, pero incluye varias fotografías de personas, lugares, documentos y obras de arte, imprescindibles para dar una idea de su tema central: los antecedentes y el desarrollo del estridentismo.³ La continuidad con *A la orilla de este río* se hace evidente en la ausencia de preámbulos de cualquier especie. El relato se reanuda con la llegada de Maples Arce al puerto de Veracruz, su instalación en una casa de huéspedes y su inscripción en el Instituto Veracruzano para realizar estudios de preparatoria. Se repiten las descripciones de maestros y amigos, las anécdotas chuscas, y aparecen otros rasgos propios del escritor: sus dificultades con el francés –que después superó con creces–, su preferencia por la natación y su queja acerca de los métodos de enseñanza de la literatura que, subraya, no correspondían a su sensibilidad. El periodo que pasa en el puerto, el cual se inicia a principios de 1916 y termina con la salida hacia México para estudiar en la Escuela Libre de Derecho a comienzos de 1920, es ciertamente preparatorio de la experiencia urbana en la capital. Maples Arce comienza a hacer vida en los cafés, fuma copiosamente, se enamora, lee concentradamente en la Biblioteca del Pueblo y da continuidad a las primeras experiencias editoriales que había tenido en Jalapa, en una pequeña revista titulada *El Estudiante*. Así, lo vemos colaborar esporádicamente en el periódico *El Dictamen* y encargarse, en el diario *La Opinión*, de la página literaria de los domingos. En 1918, hace un viaje a México con su padre y aprovecha para conocer la redacción de *Revista de Revistas*, dirigida por José de Jesús Núñez y Domínguez, y encontrar a algunas figuras literarias interesantes como Rafael López, Ramón López Velarde y Manuel de la Parra. Más tarde celebra como un triunfo la publicación de uno de sus poemas en las páginas de esta prestigiada revista.

Las acciones de liderazgo, los infortunios creados por el ambiente político y social emanado de la Revolución, el surgimiento y cultivo de nuevas

² Cf. Mireya Maples Vermeersch, “Vida e inspiración poética de Manuel Maples Arce”, manuscrito proporcionado por la autora.

³ Maples Arce publicó el ensayo *Leopoldo Méndez*, Fondo de Cultura Económica, México, 1970, 126 pp. (Col. Presencia de México, 13) en que describe su trayectoria, hace una valoración de su obra y entrega un testimonio de la amistad que los unió.

amistades y experiencias –especialmente en el orden artístico–, las oportunidades de trabajo, y el deseo vivo de viajar destacan en la conformación de este volumen. El liderazgo se anuncia desde su candidatura a presidente de la sociedad de alumnos del Instituto Veracruzano y se exhibe en la práctica cuando, preocupado por el odio revolucionario, que se enfocaba sobre el edificio histórico del Palacio Municipal para demolerlo, encabezó un grupo de estudiantes que, por medio de cartas y telegramas al gobierno del estado, a los diarios y a personalidades del puerto, logró impedir el injustificado destrozo. Esta faceta de su personalidad culmina, desde luego, en los días en que asume el cargo de juez primero de primera instancia en Jalapa, cargo que, en muy poco tiempo, con el apoyo de una carta de recomendación de Alfonso Cravioto, amigo de la familia, dirigida al general Heriberto Jara, entonces gobernador del estado, se transformó en el de secretario general de gobierno y, durante el tiempo en que el general estuvo de viaje en la capital, en el de gobernador interino. Maples Arce tendrá entonces el poder para llevar a cabo el proyecto de Estridentópolis: la revista *Horizonte* y la colección de libros del mismo sello, la renovación de los programas escolares, la recopilación de música popular, todo a la par de las acciones en pro del mejoramiento de las condiciones de salud y bienestar social, como la construcción del estadio de la ciudad y otras obras de infraestructura, cuyo crédito asigna al general Jara. Posteriormente vendrán otros episodios de liderazgo: es diputado por Acayucan y Minatitlán ante el congreso local de Veracruz (1928-1930), se aproxima a organizaciones obreras del estado,⁴ se une a la campaña presidencial de Obregón, es nuevamente diputado pero ahora por Tuxpan en el Congreso Federal (1932), y finalmente logra ingresar en el servicio diplomático, en 1935, con el apoyo del ex presidente Emilio Portes Gil –amigo personal y entonces secretario de Relaciones Exteriores– y la anuencia entusiasta del presidente Lázaro Cárdenas, en cuya campaña presidencial había participado.

Los infortunios arrancan con el incidente de la atropellante reclusión, en compañía de su amigo Guillermo A. Esteva, en 1920, en los separos de la Inspección General de Policía, por motivo de haber expresado sus sim-

⁴ Como secretario de gobierno del estado, Maples Arce publicó un folleto con la conferencia que dio el primero de mayo de 1927, en la Cámara del Trabajo de Jalapa: *El movimiento social en Veracruz*, Talleres Gráficos del Gobierno del Estado, 32 pp.

patías por el Plan de Aguaprieta sin percibir la presencia de un soplón. En la misma línea están las numerosas y desencantadas opiniones de Maples Arce, a lo largo de todo el volumen, acerca de las posibilidades de la democracia en el país y, en general, de una cultura política de respeto real de las instituciones. El clima tenso y agresivo en el plano político se hace palpable en diversas anécdotas, entre las cuales destacan la balacera en un baile de propaganda electoral, durante la visita de Maples Arce a Tamiahua como candidato a diputado, y su huída en un bote; los bloqueos burocráticos y económicos del gobierno federal que padeció la gestión del general Jara en Jalapa; la violencia armada dentro de los recintos legislativos y fuera de ellos por diputados armados o civiles, lo cual lleva a Maples Arce a sugerir una campaña de “despistolización”; el asesinato de Obregón, etc. Con frecuencia, la decepción y el disgusto por constatar la existencia de estos problemas hacen que el poeta exprese la sensación de haber estado perdiendo el tiempo y que busque consuelo en el estudio o la escritura.

Sin duda los capítulos más interesantes son los que corresponden a las cuestiones artísticas. En el sexto, Maples Arce relata el inicio de su contacto con los artistas plásticos de la Academia de San Carlos, a propósito de las ilustraciones que acompañarían su primer libro, *Rag: tintas de abanico* (1920), de cuya publicación se arrepintió, por considerarlo parte de su “decadentismo juvenil”. Comenta cómo entraba a las clases de desnudo con Francisco Reyes Pérez o Leopoldo Méndez, entablaba amistad tanto con los pintores como con las modelos y compartía sus inquietudes por las esculturas prehispánicas que se encontraban en el Museo Nacional, y por las novedades en el ambiente:

Me sentaba para seguir la evolución de un retrato, de un torso o de un desnudo; charlaba y daba mi parecer, y hasta exponía mis ideas estéticas sobre la escultura y la visión realista del arte, recomendando formas más abstractas. Solía pasar del estudio de Jiménez al de una chica apellidada Lomelí, y más adelante al de Ignacio Asúnsolo, pero donde más me detenía era en el de Guillermo Ruiz, quien estaba deseoso de presentar una obra nueva. Yo leía allí mis poemas y hablaba de mi futuro libro, que estaba ya en prensa en la Editorial Cultura. Un día, Ruiz me propuso hacer mi retrato y ambos coincidimos que debía ser una obra maestra, absolutamente diferente de lo que en la Academia se venía haciendo hasta entonces.

El retrato, una cabeza vaciada en yeso y patinada de bronce, se expuso en el aparador de la librería Cultura para promover *Andamios interiores* (1922) y definitivamente, como afirma Maples Arce, debe de haber llamado la atención por su aire vanguardista. El poeta comenta el trabajo y la personalidad de otros pintores, como Joaquín Clausell, Alfredo Ramos Martínez, Saturnino Herrán y Juan de M. Pacheco. Más adelante, en otros capítulos, profundizará en su apreciación acerca de la Escuela de Pintura al Aire Libre de Coyoacán, donde convivió, entre otros, con Mateo Bolaños, Fermín Revueltas, Fernando Leal, Leopoldo Méndez, Ramón Alva de la Canal y Diego Rivera. También hará una reseña de sus paseos a Milpa Alta, con Fermín Revueltas, y de la amistad cercana que tenía con toda la familia del pintor. El disfrute de las artes plásticas conducirá a Maples Arce a visitar todos los museos que estaban a su alcance y a convertirse, más tarde, en un refinado coleccionista, y crítico de arte.⁵

Otro capítulo muy importante es el décimo, donde hace un esbozo del desgaste en que se encontraba el modernismo y pasa revista a autores como Rubén Darío, Salvador Díaz Mirón, Guillermo Valencia, José Santos Chocano, Leopoldo Lugones, Julio Herrera y Reissig y, desde luego, Enrique González Martínez. El siguiente capítulo está dedicado a dar un perfil más preciso de sus inquietudes poéticas:

En aquella época no acostumbraba escribir materialmente, sino que memorizaba con claridad todas las imágenes e ideas que se me ocurrían y podía repetir las indefinidamente sin variación ninguna. No usaba papel ni lápiz, ni siquiera hacía anotación alguna. Procuraba concentrarme en el tema que se me venía a la imaginación con esa *gratuidad* de que habla Valéry. Después, poco a poco, lo iba desarrollando y a medida que traducía mis emociones en palabras, las fijaba mentalmente [...] Yo perseguía un arte que correspondiera a mi propio gusto y no al halago de los demás. Promovía algo nuevo. Las modalidades líricas del

⁵ Además del volumen sobre Leopoldo Méndez, en cuatro publicaciones más Maples Arce dedica un lugar importante a reflexiones sobre las artes plásticas: *Modern Mexican Art*, edición bilingüe de una conferencia dictada en 1943, A. Zwemmer, Londres, 41 pp. más reproducciones en blanco y negro; *Peregrinación por el arte de México. Ciudades, obras, monumentos*, Imprenta López, Buenos Aires, 1951, 161 pp.; *Ensayos japoneses*, Editorial Cultura, México, 1959, 187 pp.; *Incitaciones y valoraciones*, Ediciones Cuadernos Americanos, México, 1961, 219 pp.

modernismo y aun del postmodernismo me parecían pretéritas, y había que renovarlas. Interesábanme las imágenes enigmáticas, que no pudieran formularse racionalmente. Mi tentativa muy pronto me distanció de los poetas mexicanos, y mis ataques contra algunos de ellos contribuyeron a aislarme; pero yo encontraba en mi soledad un motivo de satisfacción, y en mi poesía, sin apoyo de maestros ni aplausos conformistas, una experiencia integral y una fuerza superadora.

La exposición de su nueva poética lo lleva a hacer un recorrido por autores como Tablada, Huidobro, Apollinaire y Cendrars. La comparación que realiza de su afán renovador con la proclamación de la Independencia del cura Hidalgo lo lleva a plantear una graciosa alegoría que desemboca en la conocida frase paródica: “No hay más remedio que echarse a la calle y torcerle el cuello al doctor González Martínez”. La redacción del manifiesto *Actual Número 1*, su fijación en los muros del centro de la ciudad, y su escandalosa recepción; la adhesión de diversos simpatizantes (especialmente de Germán List Arzubide, desde Puebla), el contacto internacional con escritores -hispanoamericanos, como Guillermo de Torre y Jorge Luis Borges (quien reseñó *Andamios interiores*), y europeos, como Marinetti y Ramón Gómez de la Serna-, el encuentro con Arqueles Vela y Carlos Noriega Hope, respectivamente secretario de redacción y director de *El Universal Ilustrado*, y la inclusión de Maples Arce como colaborador de dicha publicación; la invención del Café de Nadie, la publicación de la revista *Irradiador*, la organización de varias exposiciones estridentistas y la inauguración de la primera estación radiofónica mexicana con la lectura de su poema “T. S. H.” son algunos de los momentos festivos más amenos y mejor escritos de *Soberana juventud*. Estos pasajes son de gran interés para la historia literaria así como los momentos en los que el autor ilustra la génesis de poemas como “Tras los adioses últimos”, “Prisma” y “Esas rosas eléctricas...”, de *Andamios interiores*, en los que subraya las imágenes inusitadas, *Urbe: super-poema bolchevique en 5 cantos* (1924), del que narra precisamente el momento de contacto con las masas del cual surgió, o “Revolución” y “Canción desde un aeroplano” de *Poemas interdictos* (1927) donde valora tanto las imágenes como la necesidad que tenía de darle un sentido estético a la revolución.

La presencia de los deseos de viajar se manifiesta a lo largo de todo el volumen. Aparece en la imagen de los trasatlánticos fondeados en el puerto de Veracruz, una vez concluida la Primera Guerra Mundial, y vuelve a sur-

gir con fuerza durante la internacionalización del estridentismo, para finalmente hacerse realidad en el vigésimo capítulo, dedicado a su primer viaje a Europa, en 1931, cuyo destino principal fue París. Esta necesidad de viajar y ampliar horizontes se une aquí a su deseo de prolongar la experiencia ingresando al servicio diplomático. Los cursos de idioma en la Alianza Francesa y la dedicación a completar sus estudios de historia y derecho internacional en La Sorbona van orientados en esa dirección. Lo mismo sucede con la breve estancia en Nueva York, en 1933, pues lo guiaba su deseo de perfeccionar su inglés. Estos capítulos tienen una estructura muy similar a la de la mayoría del siguiente volumen, *Mi vida por el mundo*.

Otra cadena de acontecimientos importantes es la que enlaza a Maples Arce con su familia. En el primer año de sus estudios en el Instituto Veracruzano, la familia llega a residir al puerto. Cuando se va a estudiar leyes a México –después de que su padre rechazara su primera propuesta de hacerlo–, en vista del episodio de su injusto encarcelamiento, la familia decide instalarse con él en la capital. Ya en Jalapa, en el gobierno del general Jara, Maples Arce llama a su familia e infelizmente su padre muere. A partir de entonces se sentirá responsable de su madre y sus hermanas. Al final del volumen, cuando se encuentra en camino a Bélgica, Maples Arce da cuenta de la nueva situación: Matilde se acaba de casar, Amalia está por hacerlo, y Adela con su madre irán a vivir con él a Europa. La actitud de Maples Arce hacia el matrimonio es curiosa y se manifiesta en repetidas ocasiones a lo largo del volumen. A pesar de que nos deja entrever constantemente los momentos en los que alguna mujer lo cautiva incidentalmente o es objeto de su fervorosa pasión, siempre expresa la defensa de su libertad, de sus aspiraciones intelectuales. En repetidas ocasiones da sus nombres pero siempre es cuidadoso. Cuando narra sus andanzas por la Academia de San Carlos, da la clave de la actitud de mesura y discreción que permea toda su escritura memorialística: “No trato de contar todo lo que recuerdo de alguna circunstancia erótica, pero no rehúyo confesar mis amoríos con las modelos. Tampoco quiero *mettre mon coeur à nu*, como pretendía Baudelaire, ni mucho menos escandalizar con un lance cínico”. Desde luego, en esta postura sobria y equilibrada, que se repite hacia sus amigos, enemigos o simplemente conocidos, hay infracciones, como las referencias a los conflictos que tuvo con el grupo Contemporáneos, o la condena de los vicios del alcohol y la mariguana de algunos artistas.

El entramado de *Soberana juventud* es complejo. Su desarrollo es vertiginoso y ágil y muestra las realizaciones de los anuncios hechos en el volumen anterior. Hay menos lirismo y titubeos acerca de la memoria y más historia y testimonio. Abre y cierra con viajes por barco que separan simbólicamente sus intervenciones en la vida nacional de lo que serán sus experiencias internacionales de contemplación ávida del mundo. La meditación final en torno a la juventud –“¿Cuándo comienza y cuándo acaba la juventud? Nadie lo sabe”– refuerza el clima celebratorio y triunfal, lleno de energía, de *soberanía*, con que contempla lo realizado y con que acometerá el sueño añorado de la diplomacia.

El tercer volumen de memorias, *Mi vida por el mundo*, apareció mucho después que los otros dos. El Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias de la Universidad Veracruzana lo publicó póstumamente, en 1983. Mucho más extenso y detallado (Maples Arce consigna, por ejemplo, los nombres de los cafés, restaurantes y hoteles que frecuentaba), comienza con el “Prólogo. Bajo el mito de las estrellas”, un texto alegórico que plantea un encuentro, “A la hora crepuscular de la memoria, por el camino que lleva al sueño” con un maestro:

- ¿No temes a la noche roturada por Tezcatlipoca?
- Tomé la “diritta via”. Vine teleguiado por la estrella de Quetzalcóatl.
- ¿Qué vienes a buscar por estos inframundos?
- Vengo a rendir homenaje a mi viejo y sabio maestro.
- Evítame las loas. Cuéntame algo de tu vida. ¿Qué hiciste por el mundo?
- Viajé mucho. A veces estuve en la orilla, otras en alta mar. No pocas veces crucé los cielos del planeta. Fui funcionario. Acumulé experiencias. Expedí visas. Hablé en público. Escribí poemas. Me senté a la mesa de los emperadores. Me acosté en el lecho de la belleza. A veces viví con vértigo y otras con lentitud. Estuve en el torbellino de la guerra. Tuve alegrías y penas. Luché en favor de los derechos del hombre, por la fraternidad mundial.

La referencia a *La divina comedia* de Dante Alighieri salta a la vista. Maples Arce tenía ya la edad suficiente para situarse en el “crepúsculo de la memoria” y por medio de este interrogatorio hace un recuento de su vida, principalmente desde un punto de vista moral, religioso y filosófico en general. Las preguntas van desde los mártires de Tlatelolco hasta las explosiones nucleares,

pasando por sus ideas en torno a la poesía y sus opiniones acerca del existencialismo, el platonismo, la tragedia y la política, entre otros temas.

No es posible hablar de un momento razonablemente unificado de la escritura de este volumen como sucede con los anteriores. Aunque fue redactado en su mayoría después de que Maples Arce llegó a México, en 1967, para ser concluido poco antes de su muerte, en 1981, hay capítulos que fueron escritos e incluso publicados antes: “Esquemas y retratos de Chile” apareció en la colección de ensayos *Incitaciones y valoraciones* (1956) y “Alegrías y quejas de Panamá” fue incluido en *Cuadernos Americanos* (enero-febrero de 1977). Por otra parte, hay otros capítulos cuyo momento de escritura puede proyectarse hacia atrás, como “El Tapado y yo”, escrito a raíz de una entrevista con su amigo Adolfo Ruiz Cortines, secretario de Gobernación de 1948 a 1951, año en que es nombrado candidato oficial del PRI a la presidencia.⁶ Habría que preguntarse también por qué textos como “Escala en Honolulu” y “Viaje a Egipto”, publicados en *Incitaciones y valoraciones*, fueron omitidos de *Mi vida por el mundo*.

La estructura temática del volumen tampoco es uniforme, rasgo perfectamente explicable si consideramos el lapso de más de diez años que duró su integración y el hecho de que se trata del tomo final. Lo que predomina en más de las dos terceras partes de sus veintidós capítulos es su carácter de diario de viaje. Las referencias que Maples Arce consigna son de una gran riqueza pero imposibles de sintetizar en este corto espacio. Corresponden al reconocimiento físico y cultural de las ciudades que son sedes de su trabajo como diplomático (recorridos por museos, caminatas por boulevares, visitas a edificios y monumentos, paseos por mercados, etc.), la realización de viajes a sitios cercanos, el establecimiento y cultivo de nuevas amistades, el contacto con personalidades del arte, la literatura y la política, y el relato de diversos incidentes de orden personal o diplomático, propios de su trabajo o del clima político en general. Por ejemplo, en el largo capítulo inicial titulado “Bélgica: amor, poesía y amistad”, Maples Arce cuenta sus impresiones sobre el clima lluvioso de Bruselas, su reencuentro con Robert Desnos, su apreciación de los poetas simbolistas belgas, el inicio de su gran amistad con el poeta Edmundo Vandercammen (traductor, más tarde, de su poesía

⁶ Cf. Mireya Maples Vermeersch, *op. cit.*

al francés), el contacto con el grupo que se reunía alrededor del *Journal des Poètes*, sus inquietudes sobre el avance del fascismo y los conflictos de la inminente Guerra Civil Española, el noviazgo y matrimonio con Blanche Vermeersch, el nacimiento de su hijo Manuel, y los viajes a Amsterdam, La Haya, Frankfurt, Praga, Viena, Munich, Budapest y Bruselas. Esquemas parecidos se repiten en los diferentes destinos diplomáticos de Maples Arce: Varsovia, Roma, Lisboa, Londres, Panamá, Santiago de Chile, Bogotá, Tokio, Ottawa, Oslo y Beirut, amén de dos misiones especiales a Indonesia y Pakistán. Los treinta y dos años que Maples Arce permaneció en el servicio exterior estuvieron llenos de acontecimientos históricos y políticos que pusieron a prueba sus dotes diplomáticas: en Italia tuvo que enfrentar la ruptura de las relaciones con México, en Inglaterra padeció los bombardeos alemanes, en Panamá y en Colombia se vio en la necesidad de manejar personas que se asilaron en la embajada, en Japón tuvo que restablecer las relaciones diplomáticas rotas por la Segunda Guerra Mundial, etcétera.

Los últimos capítulos de *Mi vida por el mundo* subrayan su carácter heterogéneo pues abordan temas misceláneos que parecen frenar la inercia de tanto viaje. “Adiós a la diplomacia” relata el trayecto de regreso a México, desde Beirut hasta Lisboa, y de ahí a Nueva York y Ottawa, a visitar a su hijo, para finalmente llegar a Texas y cruzar la frontera. “Casi una elegía” narra el desencanto de encontrar un México muy cambiado, después de tantos años de vivir en el extranjero, el reacomodo de la vida cotidiana con su esposa Blanche, la realización de dos cirugías para curarlo de cataratas y, en especial, la tristeza por la masacre de Tlatelolco. “Veleidades de coleccionista” es una larga descripción de varias pinturas de su colección, acompañadas por la valoración de sus autores y las circunstancias de su adquisición. “Amistad, ¡aleluya, aleluya!” es una celebración de este vínculo con la mención de sus amigos más cercanos. Le sigue el ensayo humorístico “El Tapado y yo”, que ya he comentado, y “Tierras nativas”, una evocación lírica y nostálgica de Papantla y El Tajín, que incluye varios poemas, la exaltación de las tradiciones locales como en una especie de reencuentro con sus raíces, y con el recuerdo del río de su niñez. El capítulo final, titulado “En la hora de nuestra hora”, es una breve pero sustanciosa meditación acerca de la diplomacia, del compromiso profundo de representación que implica, con todo y su “mascarada de títulos”, y sobre la cercanía de la muerte en la vejez y la fragilidad de la vida en todo momento. Consciente constantemente del

tiempo de la escritura, Maples Arce realiza una disociación entre su persona y el narrador de sus memorias:

Así, pongo final a esta *vida escrita*, inspirándome en el precepto de que una biografía necesita un cadáver, y una autobiografía requiere un hombre que no haya muerto del todo. Hundido en esta marea de ensueños, mi vida es como un acordeón, parece dilatarse. Siento por momentos un ahogo de estremecimiento seguido de ilusiones de infinito. Un instante rozo el abismo, pero me recupero pronto, y mi corazón continúa su ritmo pacífico, en un vaivén que me sumerge y me hace refluir en las edades.

Maples Arce no muere, sino que guarda un silencio expectante en espera de la muerte, sumido en la marea de ensueños que es el presente mezclado con sus recuerdos. Por ello afirma: “por un rato, el tiempo fue mi juguete predilecto” y recuerda el capítulo “Las mareas y los días” de *A la orilla de este río* en el cual, para los adolescentes, ese estar absorto, ese meditar sumido en una aparente suspensión del tiempo, era “pensar en la inmortalidad del cangrejo”. Quizás el poema de Gutiérrez Nájera “Non omnis moriar” también suelta sus ecos en ese “hombre que no haya muerto del todo”, pues Maples Arce afirma, siguiendo a Valéry, que en ese funambulismo de la vejez –entre el abismo y el refluir de las edades– la idea seductora para él es la Supervivencia, la Poesía, una ilusión que el autor dice no haber perdido, la cual sirve de afirmación sólida que pasa por encima de la pérdida del ímpetu juvenil. Y así parece ser. El lector que recorra estas páginas podrá sentir cómo ese anhelo se hace realidad y le devuelve a Maples Arce un poco de la vida eterna que él ansió al igual que muchos otros escritores. Ahí se encuentra justamente la Poesía, la unión entre arte y vida, belleza e historia, fábula y testimonio.

*Yo nací en Papantla, tierra de la vainilla, cerca de las pirámides totonacas
cubiertas de silencio. No habían transcurrido cuarenta días,
cuando la voz que ordena los destinos dijo: “Llevad a este niño a la orilla del gran
río que brilla más allá del Castillo de Teayo”. Y se hizo así.*

*Este río cruza mis recuerdos. Se llama el Tuxpan, y baja de la cordillera,
de los raudales del Pantepec y el Vinazco. Allí pasé mi niñez. En sus márgenes
gocé las primeras visiones del mundo, bañé mi cuerpo en su corriente,
y en las alturas de La Atalaya sentí el viento del mar y la esperanza...*

*¡Maravillosos días embanderados de sensaciones dichosas! Aspiro aún la fragancia
de la tierra y oigo el galope verde del estío, que se pierde en la trémula sombra
de los platanares. Las aguas que lavaron las piedras arcaicas
y los cielos de aquel tiempo guardan la memoria de mi infancia
–fábula sempiterna– bajo la mirada de un genio fluvial.*

I. Primeras imágenes

Gran consolación es recordar las horas de nuestra vida; no nada más las felices, sino aun las que motivaron dolor, pero en las que nos sentimos intensamente vivir, pues es como rescatar algo de nosotros mismos que creíamos desvanecido para siempre. ¡Qué difícil es ahondar en el pasado y recuperar la verdad de nuestra existencia, confundida con el flujo del tiempo! Resulta a veces obra de esforzada resurrección, de doloroso salvamento espiritual, casi de milagro, porque el tiempo distorsiona los acontecimientos y confunde las sensaciones. Volver a ver con la imaginación el pasado es una maravilla, que exige todas nuestras facultades de abstracción, y acaso más: una virtud esencial capaz de borrar las sombras y destacar nítidamente los rasgos de nuestra propia existencia. El tumulto de nuestro corazón estropea nuestras posibilidades retentivas, y mayormente en mi caso, que jamás he consignado en diarios o papeles ningún acontecimiento. Pero a fuerza de insistir, de desligarnos de lo circundante, de aguzar nuestra visión, conseguimos –como un prisma la luz– fragmentos de la jornada que vivimos.

Ahora que doy principio a esta introspección e historia de mí mismo, me cuesta trabajo decidir cuál es el primer recuerdo que me da la sensación de existir, pues la memoria no es un registro preciso y fiel. A veces nos engaña, exagera y deslumbra. Pero he creído siempre que uno de los sucesos que me dieron esa conciencia personal fue una visita, con mis padres, a casa de unos amigos. Tengo la visión de una alfombra, en la que aparecen sentadas dos niñas, y yo remuevo, absorto, unos cubos de madera con letras y colores.

Otra visión inolvidable fue la de una calle cruelmente soleada, por la que camino llevado de la mano, vestido de novio de aldea. Este recuerdo quizá ha persistido porque dicho traje estaba confeccionado en raso de vivos colores, y porque lo volví a ver después de un cambio de casa, al remover con mi madre viejos baúles.

Una escena más que tengo presente acontece en casa de doña Anita Johanssen, esposa de un alemán, dueño de una ferretería. La señora tenía un rostro rubicundo. La veo en el sillón de su estrado platicando con mi madre, mientras yo juego con el paciente San Bernardo, al que montaba ayudado por la sobrina, Albina Menz, una alemancita de ojos azules y rubias trenzas, que tiraba del perro por todos los aposentos y corredores.

Después de una tarde de alegre merienda en casa de Jano Chao, en que había enriquecido mi lenguaje con alguna de esas palabras hostiles, heterodoxas, que sonaban a pendencia, regresé a casa lanzándolas a la cabeza de los transeúntes como guijarros. Apenas oyó mi madre mis disparates, se apresuró a decir: “Que le laven la boca con ceniza”. Oír esto mi nana y pescarme por el cuello fue todo uno, y, con ayuda de Enero, me pusieron un puñado de ceniza en la boca, en tanto que yo me debatía y en vano trataba de escaparme y escupía rabiosamente. Esta manera de purificación me hizo ser más cauteloso con las palabras que me enseñaba mi amiguito, y que a mí me parecían de maravilloso sonido.

Motivo de encantamiento fue el descubrimiento del río que corría a la distancia de una calle. Por las tardes solía ir mi madre a casa de los Carballo, íntimos amigos de mi familia, quienes vivían enfrente. Desde el zaguán posterior, donde salían a tomar el fresco, se veía la anchurosa corriente, las opuestas márgenes, distantes, y el paso de los botes de canaleta. Todo esto me parecía un milagro, en el que yo participaba.

Entre los primeros ecos de mi memoria aparece también la casa que ocupamos por algunos años en el barrio de Tenechaco. Era una casa entresolada, de altos techos, con rejas a la calle y amplio portón, que conducía a un corredor en forma de escuadra, al que daban las habitaciones. El patio estaba en una prominencia, donde había árboles frutales y unos pinos, que por la noche, agitados por el viento, parecían quejarse o suspirar. Este extraño rumor, cuyo origen no había logrado identificar, tenía no sé qué de misterioso y me parecía como algo sobrenatural, sugiriéndome confusas fantasmagorías. En las noches, sobre todo, el silbido del viento a través de las agujas de los pinos me tenía despierto y angustiado largo tiempo; pero, vencido por el sueño, lo sentía alejarse con alivio.

Yo no comprendía la tempestad. Relámpagos y truenos ponían estremecimientos arrebatados en mi alma. El viento, que flagelaba los caimitos, volvía al revés las hojas verdes y brillantes. Había un fuerte olor de humedad.

En mi excitación infantil, el retumbe de los truenos me parecía provenir de las bodegas de don Gregorio Sánchez, donde había visto rodar toneles con grandes estrépitos. Cuando reventaba el chubasco, yo gritaba, agarrado a la reja de la sala:

San Isidro Labrador
quita el agua y pon el sol.

Y cuando la lluvia cesaba y, cosa estupenda, lucía el sol, bajaba al torrente de la calle con Januario para lanzar mi flota de papel, confeccionada con periódicos. Yo seguía mis barcos con la vista, cómo iban dando tumbos, salvando sirtes y remolinos, por momentos a punto de zozobrar, para continuar luego hasta perderse. El agua escurría rápidamente por las callejas laterales hacia el río; pero quedaban charcos en que pululaba el anofeles, transmisor del paludismo. Del agua de la charca, una mañana temprano, en la calle quieta, vi a un vendedor de leche bautizando su mercancía. El hecho me llamó extraordinariamente la atención, y entré a contar a Januario lo que había visto. Cuando volvimos, el de la cantimplora arrancó a escape.

Tengo una viva memoria de Januario Cázares, mi compañero de juegos, aunque mucho mayor que yo. Mi padre lo había adoptado, para darle educación, al quedar huérfano de su progenitor. Era complaciente y jovial, y se divertía enseñándome a recitar versos de ocasión con estudiados ademanes y desplantes oratorios, que en mi casa aplaudían y me hacían repetir ante las visitas.

Januario quería ser marino, le entusiasaban los barcos. Yo compartía con él ese entusiasmo, pues uno de mis juguetes predilectos era un velero que me había traído mi tío Eduardo. A fin de estar seguro de su vocación, mi papá le aconsejó que, antes de decidirse, hiciera un viaje de prueba. Siguiendo su consejo, se enroló en uno de los barcos que iban a Veracruz y a Campeche; pero la vida del mar le decepcionó, y al volver de aquel primer viaje le dijo a mi padre que ya no quería ser marino y que prefería regresar a Gutiérrez Zamora, su pueblo natal, donde aún vivía su madre. Antes de irse, mi padre lo dotó con una suma de dinero para que se instalara allá como comerciante. Al cabo de algunos años vino a visitarnos. Acaso por eso me acuerdo bien de su fisonomía. Murió joven, pero no supe a causa de qué, o posiblemente lo olvidé.

En la época en que vivíamos en Tenechaco estuvo con nosotros una temporada mi tía Carmen Jiménez, casada con el profesor Ignacio Torres, que una vez quiso matarse con una navaja. Mi padre, que ejercía gran influencia sobre él, logró desarmarlo. En otra ocasión en que, después de cenar, salió de casa, estuvo también a punto de suicidarse. Mi padre lo siguió hasta el puente de Tenechaco, desde donde quería arrojarse al agua. Sólo me acuerdo muy vagamente del profesor Torres; pero retengo esos dos incidentes, quizá por la sensación de peligro que ofrecía a quienes lo rodeaban. Había días en que parecía enteramente normal; pero sus crisis se fueron agravando, hasta que se lo llevaron a México para internarlo.

Mis salidas se reducían a la casa vecina, donde vivían los Deschamps, de aspecto muy semejante a la nuestra y por cuyos corredores retozábamos libremente.

Por las mañanas me llevaban a casa de las señoritas Zárate, que vivían a corta distancia, y allí principié a leer y a trazar letras.

Entonces me enamoré por primera vez, pues así puedo llamar a mis impulsos de aquellos días. Iba de visita a casa de las Zárate, una jovencita que me ayudaba a hacer la plana de caligrafía en el cuaderno Garnier. Se sentaba a mi lado y, juntando su mejilla con la mía, me enlazaba con el brazo para llevarme la mano. ¡Qué dulce rasgueo de la pluma en esa actitud! Yo la veía llegar con vivas muestras de alegría siempre. Si se enfadaba conmigo, me ponía anheloso; pero sus rechazos eran fugacísimos, y para compensarme me arrezagaba en su pecho y me decía palabras de ternura.

Por algún tiempo asistí también a la escuela de párvulos de la señorita Guadalupe Pérez. Vivía en una casa de altos, en una calleja de suave pendiente. Yo me veo sentado en un butaque en la salita, con el balcón abierto, por donde entraba la brisa, atacando con ímpetu renovado las palabras de la cartilla. En aquellos días se estudiaban las primeras letras en el silabario de San Miguel. En la portada había una estampa del arcángel blandiendo al aire su espada sobre el demonio, derribado, al que sujeta con el pie. Y ya se sabe cuál era el monótono método del deletreo y el alboroto que se producía con la persistente repetición de las sílabas. Con todo, el silabario cumplió su cometido y pasé al *Primer Libro de Mantilla*, que me gustaba hojear, y hasta adelantarme a las lecciones, para admirar las estampas que lo adornaban.

Estos métodos resultaban, sin embargo, anticuados, y en las escuelas oficiales se usaba el librito del maestro Rébsamen, que había operado una

extraordinaria reforma en la educación mexicana. Apenas supe leer y los números, tuve el vehemente deseo de ir a la escuela pública, y conseguí acompañar a Januari y ocupar una banca, aunque me vi atribulado desde el primer día por las dificultades de las tablas y humillado por el decir del profesor cuando le presenté mi plana sin consignar los resultados.

Por aquel entonces hicimos mi padre, mi madre, mi hermana Adela y yo un viaje a la Ciudad de México. Mi madre tenía necesidad de especial atención médica y deseaba consultar a un eminente facultativo, amigo de mi padre. Nos dirigimos a Veracruz a bordo de un barco nacional que se llamaba *El Cometa*. Recuerdo la maniobra, en medio del vaivén de las olas, para tomar el vapor, al trasladarnos en la lancha del práctico. Debe de haberme conmovido mucho este viaje, porque tengo presente el aspecto del barco, con su roja chimenea y el comedor, en donde a veces el capitán comía con nosotros o se detenía en nuestra mesa y me interrogaba en broma si yo era hombre, pues me llevaban con un traje femenino de piqué, como se usaba para los niños muy pequeños. Yo tenía entonces tres años, pues había nacido el 1 de mayo de 1900.

La pregunta del capitán no dejaba de contrariarme, y cada vez le respondía indignado que yo era un hombre, lo cual le hacía reír gozosamente. Estas bromas del capitán me valieron que, al llegar a México, mi papá me comprara en el Palacio de Hierro, con gran alegría de mi parte, dos trajes de pantalón bombacho y blusa marinera. Pero seguía llevando el pelo largo y rizado en tirabuzones, y al llegar al consultorio del médico que iba a atender a mi mamá, éste me hizo la misma pregunta del capitán, con mi consiguiente disgusto y exigencia para que me cortaran el pelo.

Este viaje tuvo extraordinaria importancia para la salud de mi madre, que regresó muy mejorada, y, al final, terminó por curarse con el tratamiento que le dio el médico.

De la Ciudad de México poco recuerdo, a no ser un accidente ocurrido posiblemente cerca de Tacuba cuando en compañía de mi madre me dirigía a Atzacapotzalco, donde vivíamos como huéspedes de la profesora Clemencia Ostos de Kiel. De pronto se rompió un cable del tren eléctrico, que al caer mató a una anciana que iba por la calle arreando un cochinitillo. La conmoción fue muy honda. Con gran susto, mi madre me hizo entrar en una miscelánea, donde nos obsequiaron con unos terrones de azúcar y un vaso de agua para calmar el choque nervioso.

Otra visión fugaz de mi estancia en México fue el paso del tranvía junto a la reja del bosque de Chapultepec y la vista del castillo; pero no estoy seguro de que realmente hubiera visto tales cosas o que mi sugestión se debiera a una tarjeta postal iluminada que por mucho tiempo estuvo expuesta en una rinconera de la sala.

Lo que sí estoy seguro de haber visto y de haber gozado fue una representación en el teatro Principal de la obra de aventuras *Los sobrinos del capitán Grant*. Mi punto de vista era desde uno de los palcos de atrás y abarcaba el teatro y la escena. En el momento culminante alguien dispara sobre el cóndor, que deja caer su presa, y ésta aparece sana y salva en el tablado.

Desde entonces conservo la escena del primer espectáculo al que asistí.

En la iconografía familiar, si puedo decirlo así, hay un retrato iluminado que rememora este viaje, en el que aparecen mi madre, sentada, vestida con su traje de alto cuello, mangas abullonadas y falda larga, sosteniendo en el regazo a mi hermana Adela; mi padre, de pie, con chaqué y cadena de oro en el chaleco y cuello de pajarita, y yo, a la derecha de mi madre, luciendo mi flamante traje masculino, pero aún con los rizos, y la mano sobre un caballo de cartón. Vi por algún tiempo ese retrato con cierto disgusto; pero después me reconcilé con él y lo conservé, encantado de ver a mis padres bajo una magnífica apariencia y el esplendor de su juventud.

Recuerdo, además, un retrato pequeño, en que aparezco serio y triste, con vestido de fantasía, a lo Ricardo Bell, tocado con un cucurucho. También este retrato me pareció, de muchacho, indigno de mi personalidad, y ahora me alegro de que mi madre lo sustrajera a mis intenciones destructivas. Todavía recuerdo otro retrato más, muy desvanecido, tomado en la playa en una temporada de baños, en el que me veo confundido con otras amistades que concurrieron a esa excursión. Posiblemente estas imágenes han contribuido a fijar los lejanos recuerdos de aquellos días. Particularmente de la temporada de baños conservo una viva sensación; recuerdo la casa en que nos hospedamos, el cocal, el faro, los rostros de algunas gentes y, sobre todo, la impresión maravillosa del mar y de la playa, donde recogíamos los más variados ejemplares de caracoles, conchas y estrellas, y nuestro júbilo cuando las olas venían a romperse a nuestros pies.

Seguimos viviendo por algún tiempo más en la casa que alquilamos en la calle de Hidalgo, y de la que tengo el borroso recuerdo de algunas escenas

familiares, juegos y celebraciones, visitas que entretenían y animaban el sosiego de aquella vida. Pero mi mayor recreo seguía siendo el río. Me bastaba atravesar la calle y penetrar en la casa de los Carballo, como por la mía, para gozar de la visión milagrosa del paisaje.

El río, de aguas claras, hacía allí un arco, que ampliaba el panorama. Barcas colmadas de verduras y frutas, que venían de Palma Sola, Chomotla y Juana Moza. Las figuras humanas aparecían disminuidas en la margen contraria, y siempre cruzando de orilla a orilla, frente al Paso del Pescador, botes que hacían el servicio de pasaje. Cerca se veía una carpintería de ribera, donde se construían lanchas para la navegación fluvial, y con vista al río estaba la fábrica de hielos y gaseosas de don Antonio Álvarez, adonde me escapaba, cuando podía, para tomar una fresca limonada de *canica*. Por ser don Antonio íntimo amigo de mi padre, yo le escogí como padrino de confirmación; pero no faltó alguno de los muchachos que pregonara burlescamente que así trataba de asegurarme la bebida libre de los refrescos.

Una vez vino a visitarnos mi tío Eduardo Calzada, medio hermano de mi padre, quien trabajaba en el Ferrocarril del Istmo, y nos platicaba de sus recorridos a Coatzacoalcos y Salina Cruz, de la vida de aquella región, de las costumbres y vestidos de sus mujeres (de los cuales trajo un ejemplar de regalo a mi madre) y de cosas que yo oía con mucho placer, pues excitaban mi fantasía y me causaban admiración.

Una tarde mi tío me tomó de la mano y me llevó a pasear, atravesando el parque, el mercado y el muelle hasta llegar a la ribera, que seguimos por largo trecho, observando las casas con sus huertos; de vez en cuando alguna ostionería, donde se acumulaban las conchas de ostión y se levantaban hornos de cal. El tiempo pasó al principio tan rápido, que todo me atraía la atención, y mi instinto vagabundo encontraba satisfacción en este paseo; pero no tardó en declinar mi gozo por el cansancio, hasta que, al fin, nos detuvimos en un sitio de raro aspecto. Era un aserradero, donde había grandes galeras y máquinas con poleas, y sobre el césped se acumulaban alteros de tablas y alfajillas. A esa hora todo estaba silencioso, y nos sentamos sobre un tronco para descansar. Mi tío quiso que le deletreara el rótulo que encabezaba una gran inscripción, lo cual conseguí con dificultad, leyendo al cabo: "Aserradero de San Felipe", y otros letreros que he olvidado. Mi tío era hombre de pocas palabras, pero le gustaba conversar conmigo durante el paseo. Fumaba despaciosamente grandes puros, cuyo aroma me era grato

aspirar, y una vez quise imitarle, con terribles consecuencias, pues a las primeras aspiraciones sentí que todo giraba en torno mío, y terminé con un mareo e incontinente repugnancia, que me quitaron el deseo de repetir la experiencia.

Un suceso importante fue, sin duda, el cambio de casa. Mi padre había mejorado económicamente y decidió tener casa propia, para lo cual don Silverio Gutiérrez le ofreció en venta una propiedad construida no hacía muchos años en un lugar algo alejado del centro. El barrio no era tan bueno como en el que vivíamos; las casas vecinas eran modestas y había muchos solares yerbosos; pero la propiedad estaba flamante, tenía buenos materiales, vigas de zapote y chijol y paredes forradas de excelente pino americano. Era una casa de estilo francés, de altas techumbres, cubierta de tejas importadas y con corredores de mármol y ladrillo marsellés; tenía en el portal, que se abría en el centro, una reja de durísima madera de zapote, que soportó inalterablemente nuestros desmanes destructivos; a la calle daban cuatro ventanas, simétricamente dispuestas, dos a cada lado del portal, y en uno de los costados, una entrada amplia para guardar el tílbur y los caballos. A todos nos gustó la casa, y aunque hicimos reparos al barrio, las ventajosas facilidades de adquisición y la perspectiva de vivir en una casa cómoda que nos diera seguridad para el futuro, decidió a mis padres. En poco tiempo se formalizó la operación y nos cambiamos. Ese día, que debió de haber sido de fatigoso trajín para mi madre, para mí fue de diversión y contento. Subí y bajé varias veces el cerro que incluía la propiedad, entablé conocimiento con algunos de los muchachos de la vecindad, y jugué en una plazoleta que ofrecía una agradable alfombra de césped. Hice nuevos amigos y me inscribieron en el primer año de la escuela cantonal Miguel Lerdo. Aquí dio preludeo para mí una nueva época.

II. La muerte entra en la casa

A dos cuadras de mi casa quedaba la calle de Genaro Rodríguez, bordeada de naranjos de fruto agrio, llamado de *cucho*, porque eran picoteados por esos pájaros vocingleros. Los muchachos utilizaban las naranjas como proyectiles en sus juegos. Los árboles, en cambio, sombreaban benéficamente las aceras y embellecían los alrededores de la escuela cantonal, que se levantaba frente a la Jefatura Política. Era aquélla un edificio de mampostería, blanco, con un portón de entrada al centro y altas rejas a los lados. El patio, enjalbegado, daba a los corredores, y por un costado había otro patio, cubierto de pasto, donde jugábamos en los recreos. Nos dábamos gusto en corretear y retozar allí, mientras reservábamos el otro patio, por tácito acuerdo, para canicas, trompos, tángano y empalmado.

En los corredores había una banca, donde, antes de entrar a clase, jugábamos a parir la vaca. Tomaban la iniciativa del juego algunos de los muchachos más fuertes. Se sentaban en los extremos y empujaban en sentido contrario, hasta que alguno o algunos de los del centro salían disparados.

Tengo vivos recuerdos de esta escuela, de mis maestros y de los que fueron mis compañeros, muchos de los cuales estuvieron conmigo hasta el sexto año.

Hay periodos de mi vida, sin embargo, que, como la proyección de una película, aparecen borrosos y no me permiten distinguir con claridad el curso de los sucesos.

En aquel primer año de mi primaria, el deterioro del tiempo es singular. Apenas si veo la figura de la maestra Gamundi y algunas escenas. Particularmente, se destaca una en la que interviene otro compañero de año, a quien llamábamos el Cacalote, apodo que supongo aludía a las huellas que la viruela había dejado en su rostro. A la hora del recreo, el Cacalote me importunaba, me *matangueaba* los lápices, me arrebatava los cuadernos o

me daba empujones, vociferando en torno mío en forma tal, que veía llegar dicha hora con verdadera inquietud. Mis pacíficas protestas no daban resultado alguno, hasta que un día Ramón Trejos, un muchacho mayor que yo, alto, moreno, de fuertes puños e instintos combativos, como lo iba a demostrar en la Revolución, donde murió heroicamente, me infundió ánimo y me aconsejó la forma de actuar para liberarme de las impertinencias y agresiones del provocativo Cacalote. Al día siguiente, a la hora del recreo, tomé la iniciativa, e increpándole con palabras mal sonantes, le di dos o tres puñetazos en la cara y lo agarré violentamente por el cuello, poniéndole contra la pared. Veo exactamente el lugar y la cara redonda, congestionada, del acogotado Cacalote, mientras que yo, lleno de iracundia, quería estrangularle. Tuvieron que separarnos, pues al otro chico le escurría la sangre de la nariz. La fe que me infundió Trejos me había salvado. Este destello de la memoria ilumina aquel pasado remoto de mi infancia.

Más claros recuerdos tengo del segundo año, que estaba a cargo de don Hermenegildo Hernández. Todos los días, puntualmente, pasaba éste rumbo a la escuela, y era el primero en llegar. Vestía habitualmente pantalón y saco blancos, de dril, y calzaba fuertes botines. Era de pura raza indígena: pelo lacio, abrigado, y recortado bigote. Le llamábamos don Merenche. Su marcha en la plataforma era lenta y pesada. Nos hacía leer en coro, repetir las tablas, marcando rítmicamente el compás con una regla.

Las lecciones que más me gustaban eran las de historia. Me interesaban vivamente los relatos de las guerras entre nahuas y chichimecas; pero, sobre todo, me emocionaba la historia de los reyes y todo lo concerniente a la historia del príncipe poeta Netzahualcōyotl, al que su padre, Ixtlixōchitl, rey de Texcoco, destronado y perseguido por el usurpador, Tezozomoc, le salva ocultándolo en las ramas de un árbol frondoso, desde cuyo lugar contempló el asesinato de su padre; y seguía apasionadamente los episodios de la persecución, y al final, la reconquista del reino y la muerte del malvado Maxtla, acosado en un temascal. Me sabía al dedillo los nombres de los reyes y todo lo concerniente a la historia antigua de México.

Cuando llegamos al periodo de la Conquista yo sentí nacer un odio acérrimo contra Cortés. No podía admitir la felonía de haberse adueñado de Moctezuma, siendo su huésped y habiéndolo tratado éste tan regiamente. Lo de la Noche Triste me calmaba un poco. Veía salir por la calzada de Tacuba, ocultándose en la oscuridad, a los soldados españoles, sobre los que

caía Cuitláhuac implacable y “les daba en la torre”. Yo hubiera querido estar allí y ser uno de aquellos caballeros tigres, y me imaginaba a Cortés cubierto con su armadura, gimoteando al pie del ahuehuete. Pensaba a veces en la lucha sangrienta y terrible en las calles de Tenochtitlan y en el gesto del héroe mexicano pidiéndole a Cortés lo matara con su puñal, “ya que no había podido defender a su pueblo”. Odié a Cortés con toda mi alma infantil cuando, para arrancarle el secreto del tesoro de Atzayácatl, le hace quemar los pies. Esta escena me la imaginaba vivamente con todos sus detalles, y veía al señor de Tlacopan que interrogaba con ojos suplicantes de angustia, y a Cuauthémoc, que, impasible, le responde con frase magnífica: “Estoy acaso en un lecho de rosas”. Pero lo que más agitaba mi espíritu fue cuando Cortés lo colgó en Izancanac. Sentía la impotencia frente a la fuerza ciega y la saña cruel del vencedor. Se me caían las lágrimas sobre el libro, mientras murmuraba mordientes palabras de venganza.

No hace mucho tiempo, leyendo los *Ensayos* de Montaigne, me encontré el juicio condenatorio que hace de Cortés y sus palabras de reproche sobre su perfidia. El ensayista, por la vía de la razón y la justicia, reflejaba un juicio coincidente con la conmoción de mi espíritu de niño. Por cierto que me llamó la atención no ver en la selección que de los *Ensayos* publicó la Universidad Nacional Autónoma, esta página esencial sobre la historia de México.

Yo asistía con gusto a mi escuela, y pocos recuerdos tengo que me lo enturbien.

Pronto pasé, sin embargo, por un trance doloroso. Éste fue en 1908, cuando tenía ocho años. Tuve entonces la revelación de la muerte. Yo había oído hablar de ella y me había intrigado. La había visto representada en los cartones de la lotería desnarigada y con una guadaña, y en los panes de Todos los Santos, y hasta había presenciado el paso de algún entierro; pero nunca había experimentado el dolor de su certidumbre.

Vivía yo en medio de un gran contento y placidez, en que jugaba en el círculo de mi familia y mis amigos. Una de mis alegrías era la compañía

de mi hermano de cuatro años, que se llamaba Eduardo. Recuerdo que le gustaba terminar su merienda royendo menudamente una arepa en el mismo sitio: a la entrada del comedor. En un viejo retrato aparece con una expresión sumamente apacible, la carita redonda, ojos negros, pelo lacio, el fleco recortado sobre la frente. Así lo veo también en mi recuerdo, ocupado con mucha aplicación en atender a lo que se le encomendaba en el juego. Su presencia fue fugaz en mi vida, pero inolvidable.

De modo extraño, se enfermó un día y continuó agravándose; el doctor Alcázar repetía sus visitas a casa, y hubo una consulta con el doctor Gea González y otros facultativos, lo que comenzó a infundirme verdadero temor. Una noche nos llevaron a dormir a casa de la familia de un vecino, y tuve, naturalmente, el atisbo de que algo grave se me ocultaba. Dormí con dificultad y con bastantes pesadillas, y sólo por la estrecha vigilancia no me escapé en la mañana; pero por la tarde reanudé mis tentativas, y aprovechando la ocasión corrí hacia la casa; me dieron alcance, y otros vecinos lograron sujetarme; pero ya estaba cerca, y al ver la gente de luto en la acera lo comprendí todo, y mi llanto entonces fue tan desesperado, que el licenciado Emilio Cervi se compadeció de mí; comprendió que era preferible calmarme por otros medios, y tomándome por la mano me introdujo en la casa. Al pasar por la recámara me topé con mi padre, que, con los ojos enrojecidos, se abrochaba el cuello, preparándose para el funeral. Lalo estaba tendido en la pieza pequeña que da a la calle, donde tantas veces habíamos jugado juntos. Yo continué llorando largo tiempo, reprimiendo los sollozos, sin quitar la vista del hermanito muerto y bajo las cariñosas opresiones de manos de aquel amigo de mi padre, que había comprendido el dolor de mi llanto.

Poco tiempo después de este triste suceso leí una tarde en casa de nuestros vecinos *La mañana de San Juan*, de Manuel Gutiérrez Nájera. Ese cuento de los dos hermanos que una hermosa mañana van a jugar a una solitaria alberca y uno de ellos se ahoga, me emocionó profundamente, y aunque la lectura de aquellas páginas me hizo llorar, por mucho tiempo fueron mi lectura predilecta.

En los días subsiguientes a la muerte de mi hermano quedé en cierto modo bajo la protección de Ángela Rosales, quien por las tardes, al regresar yo de la escuela, me entretenía con lecturas que producían alivio a mi abatimiento. Leímos, alternadamente, cuentos y relatos en el quicio de su recámara.

Cuando la voz de Ángela se interrumpía, como desprendidas del silencio se oían susurrar las abejas de doña Nestora, que venían a libar las flores de su jardín. Una extraña calma se dejaba sentir en todo el barrio, a la vez que un vacío doloroso se creaba en mi mente. La menor cosa entonces me traía el recuerdo de mi hermano y me daban ganas inmensas de llorar.

Me represento claramente el sitio y las circunstancias. Había en el patio guayas, caimitos y limonarias, y un pozo de brocal musgoso del que emanaba deleitosa frescura.

Ángela venía frecuentemente a mi casa, pues era íntima amiga de una prima de mi mamá, Lupe Arce, que vivía con nosotros. Debe de haber sido más o menos de su misma edad, de unos dieciocho o veinte años; tenía un aire tranquilo y gracioso; era sencilla; usaba un peinado con la raya a un lado y rizos que le caían sobre la nuca. Murió dejando un hijo. Su hermana Joaquina, en cambio, pizpireta y parlanchina, era una sílfide moderna: le gustaba estar a la moda. Ella era la primera en llevar falda pantalón o falda de medio paso. Llegaba siempre hablando en voz alta y hasta por los codos, con vivos ademanes y escandalosas risas. Requeríanla muchos enamorados. Una vez fui con ella y su novio a la serenata; pero me hicieron dar tantas vueltas en el ti vivo, que terminé por marearme y tomarle aversión a los girovolantes caballitos, que tan hermosos me parecieron en las luces de la feria.

En aquellos días se instalaron en Tuxpan los teléfonos. Seguí los trabajos para levantar los postes, tender los hilos y colocar los aparatos con mi vigilante curiosidad de niño. Eran éstos unos feísimos artefactos empotrados en la pared. Para hablar había que darle vueltas a una manivela. Singular expectación me causó la primera vez que hablé, pues estuve más atento a la voz que a la misma conversación.

A estos recuerdos se enlaza otro trágico. Una vecina nuestra, que manejaba el conmutador de la central telefónica, ingirió una fuerte dosis de fósforo disuelto en alcohol, que la llevó a la muerte. No pude saber la causa, por más que me esforcé en descubrirla. Fue para mí siempre un enigma.

¡Qué extraño aquel pasado y los sentimientos que entonces me agitaban! Me represento en la imaginación, junto con mis duelos y esperanzas, las gentes que me rodeaban en esos días. Siento vivamente aquellas circunstancias, las horas en que jugaba con mi hermano, la congoja de no verlo más, la calma del barrio, la ternura de Ángela y los árboles del patio... Hoy, como un milagro, todo acude a mi alma.

III. La escuela y los juegos

En aquellos años, lo que más resalta en mi memoria es la escuela; estaba íntimamente vinculado a ella y todo parecía relacionarse también con ella. Pasábamos allí una gran parte del día, y si se trataba de juegos o visitas, éstos se desenvolvían en sus cercanías. Veo claramente mi escuela puesta bajo la advocación de un gran liberal veracruzano, don Miguel Lerdo de Tejada, en una calle bordeada de naranjos, que desembocaba al río, y donde mi padre tuvo mucho tiempo su despacho.

Los miércoles y sábados, por la tarde, no había clases. Pero la escuela no desaparecía de mi vista. Había que pasar ante ella para ir hasta el muelle o a la plazoleta Hidalgo, donde nos reuníamos a corretear, o cuando iba a casa de los Maraboto, con quienes tenía gran intimidad.

En los primeros meses del tercer año nos dio clases el profesor Marciano Díaz, y después continuamos con don Ezequiel A. Ortega, que en forma de diario anotaba los rasgos del carácter del alumno y sus mañas y travesuras.

Nuestra vida escolar estaba cada año sujeta a los cambios de asignaturas y de maestros. Algunos, como don Santos Cruz, eran muy severos. Desde lo alto de la plataforma se instalaba, recogiendo una pierna hasta la barbilla, como un garabato. Hablando con palabras medidas y ajustándose los espejuelos, paseaba por el salón sus ojillos vivaces. Sus exigencias, que al principio me atormentaron, me ayudaron después en mi aplicación y disciplina de trabajo; puedo decir que me enmendó de la pereza que me había ganado en el tercer año.

Entre la planta de profesores figuraba Francisco Rosas Tenorio, revolucionario y soñador. Tenía una cabeza pequeña, la frente despejada y el pelo liso, hacia atrás, con actitudes de pájaro alertado. Publicaba en el semanario local *El Centinela* unas prosas rimadas en que las heroínas tenían nombres italianos.

Don Baltasar Hernández (don Balta, cuatro pelos en el bigote) era un maestro eficaz, del que sacamos buen fruto; pero tan pronto como cumplió su compromiso de alumno pensionado por el Ayuntamiento se separó del magisterio y se fue a trabajar a la Agencia Fiscal del Petróleo.

A Gastón Centeno lo veo en nuestros ejercicios físicos. Creo que había sido alumno del Colegio Militar. Nos sacaba a las explanadas de los alrededores para hacer movimientos y maniobras. Habíamos adoptado un uniforme que carecía propiamente de uniformidad, pues los pantalones y chaquetines eran de dril, holanda cruda y kaki, guarniciones de cuero o hule y unos rifles de diferentes tamaños y calibres que encontramos llenos de polvo en un desván. Con el fusil al hombro, hacíamos conversiones a la derecha y a la izquierda, marchas y contramarchas, mientras el sudor nos corría bajo la visera de charol. Cuando el instructor decía “¡rompan filas!” prorrumpíamos en alegres gritos y nos lanzábamos al asalto del más próximo puesto de refrescos.

La disciplina general era buena, y si alguien faltaba a ella, lo alcanzaba un reglazo para dejarlo quieto. Cuando la falta era más grave, intervenía la autoridad de don Pepe Garizurieta, el director, cuyos terribles coscorriones eran muy temidos de todos, aunque a veces no hacía falta más que su severa mirada para imponer respeto. Era don Pepe hombre para quien no existían jerarquías sociales ni prerrogativas. Una vez que tuve un altercado con un compañero de origen muy humilde, y al que ofendí gravemente, me hizo llamar a la dirección, y tras de reprenderme, me obligó a pedirle pública excusa al ofendido. De esto resultó en el transcurso de los años una amistad, que iba a solidarizarse en una de mis campañas políticas en aquella región, donde mi amigo Torres me favoreció con su resuelto apoyo entre las clases obreras, donde se destacaba como líder.

No sé cuántos años tenía el maestro Garizurieta; acaso algo menos de lo que yo suponía. Era cargado de hombros y caminaba despacio. Había adoptado las ideas educativas de Rébsamen en la Escuela Normal de Jalapa, de donde procedía. Ser llamado a la dirección, donde había un globo terráqueo, un esqueleto y en las paredes retratos de los héroes que parecían mirarnos y penetrar el secreto de nuestra conducta, nos imponía gran respeto. Tenía don Pepe a su cargo el sexto año, cuyas materias explicaba con método y suma claridad. Era muy celoso del prestigio de la escuela. Por iniciativa propia consagraba horas extraordinarias a preparar a los alumnos

que iban a estudiar a México o Jalapa. Cuando alguno de ellos mostraba ciertas mañas, no era escéptico de su porvenir, sino solía decir: “Déjenlo que corcovee, que ya agarrará su andar”. Por un acto demagógico se le quitó la dirección de la escuela cuando entraron las tropas constitucionalistas, cosa que le afectó entrañablemente, pues había hecho de la educación un culto. La escuela Lerdo era su vida. Cuando la perdió le faltó el ánimo y despareció en poco tiempo.

Aprendí bien la geografía de Veracruz, que representábamos en mapas de colores, con las divisiones cantonales, pues debo explicar aquí que el Estado se dividía entonces en dieciocho cantones, cada uno bajo el gobierno de un jefe político, nombrado por el gobernador. En aquella época, el jefe político de Tuxpan era don Arturo Núñez, un anciano de barba blanca recortada, vestido siempre de *jaquet*, cuello duro y tocado con un bombín, que tenía que quitarse de vez en cuando en la calle para secarse el copioso sudor.

Solemnemente se presentaba don Arturo en todos los actos cívicos portando la enseña nacional, que colocaba en el sitio de honor, cerca de la tribuna, en el estrado que se erigía especialmente para dichos actos en el parque o en algún otro sitio público.

No faltaba en las fiestas patrias de aquellos días la ceremonia del grito, con todo el desbordante regocijo, que hacía explosión al ver tremolar la enseña nacional y escuchar los vítores a la Independencia que la primera autoridad política del cantón lanzaba desde el templete, adornado con los colores patrios y los retratos de don Miguel Hidalgo, don Benito Juárez y don Porfirio Díaz, a lo que seguían los fuegos de artificio, que extendían sus luces de colores por el cielo, ante la expectación ingenua de la multitud.

Un sábado, día reservado a la clase de teoría musical, en que nos reuníamos muchachas y muchachos en casa de Conchita Lazo, llegué tarde, cuando la lección había ya comenzado hacía rato, pues demoré mucho tiempo en acicalarme. Como si nada, entré radiante, con el pelo engomado y los zapatos lustrosos. Apenas había traspuesto el umbral, Conchita exclamó: “¿Qué horas son éstas de llegar? Arrodíllate a la puerta”. Me quedé pasmado, como si hubiera escuchado mi sentencia de muerte, pues las chicas se pusieron a reír. ¡Y yo que quería quedar bien! Pronto reaccioné, y por toda respuesta, di media vuelta y comencé a bajar la escalinata con perfecta dignidad. Por más que Conchita me llamaba, no volví la cabeza y seguí aleján-

dome, hasta esfumarme. Nada dije en casa de lo ocurrido; pero por la tarde, temprano, mi madre recibió el recado de la maestra, en el que le refería mi desobediencia. Tuve que ir a presentar excusas a Conchita y darle mis razones. Comprendió ésta lo humillante de la pena y me la conmutó por unas horas de monótonas escalas, que ejecuté pensando en lo bien librado que había salido, pues yo me temía algo más grave.

Y ya que han venido a mi memoria aquellos instantes, no quiero dejar de intercalar el recuerdo del novio de Conchita, que luego fue su esposo, porque me hizo un regalo del que disfruté mucho. Una tarde que pasaba por su despacho me puse a platicar con él sobre música, a la que era muy aficionado. No sé cómo salió en la conversación que yo quería aprender flauta para entrar en la banda pública que dirigía el maestro Carballo, y, lo que menos esperaba, tomó una caja y me dijo:

—Voy a obsequiarte este flautín. Cuando sepas más, tu papá te comprará una flauta. Por ahora puedes comenzar con él.

Y me dio algunos consejos sobre el método. Tomé conmovido el pequeño instrumento y me fui encantado del regalo y de la gentileza de aquel caballero, llamado don Arturo López.

A propósito de flautas, consignaré una última reminiscencia: una vez, en el tercer año, el profesor Marciano Díaz, contrariado por mi aire distraído al contestar una pregunta suya, dijo:

—¡Sí, como el burro que tocó la flauta!

Yo repliqué con gesto de violencia:

—¡Qué flautas ni qué diablos!

Como de rayo, me asestó un reglazo don Marciano con una larga regla de cedro. Sentí que una llama me subía a la cara y exclamé sin poder contenerme:

—¡Sobras de tiburón! —mientras escapaba por la puerta del patio para ponerme a salvo de otro correctivo, en medio de las risotadas de los muchachos.

Aquella frase, que recordaba un hecho verídico —pues en una temporada de baños un tiburón le había arrancado un pedazo de nalga—, me costó una formal cueriza de mi padre, que el olvido no ha podido esconder.

En la misma clase había un compañero del que solíamos burlarnos por cierta anécdota. Para salir más temprano recurrió una vez a la argucia de presentarle a la maestra un recadito de su mamá en que pedía “que hiciera el favor de despachar al niño Santiago Gutiérrez a las cuatro y mierda”.

—¡Vaya! Conque a la cuatro y... ¡Estamos lucidos! Te quedas hasta las ocho —sentenció la maestra.

Una tarde que recordaba la historia, riéndome con otros muchachos, Santiago se puso furioso. Diestramente se apoderó de la regla de zapote, que estaba sobre la mesa, y me dio un tiento por las costillas que me ardió. Entonces agarré la regla de cedro y persiguiéndole entre las bancas se la rompí en la cabeza. Como entró el profesor, suspendimos el pleito, pero nos desafiamos al salir de la escuela, azuzados por otros muchachos. Ya estábamos en el callejón de la Jefatura, cuando llegó su hermano Ángel, que estaba en sexto año y era muy formal. Nos llamó al orden, e invocando la amistad de nuestros padres, nos aplacó. Yo tomé por la calle de los naranjos, y Ángel con su hermano rumbo al mercado.

Al año siguiente, Ángel entró en la Escuela Naval. Su nombre fue citado en la orden del día de la defensa de Veracruz. La última vez que lo vi venía del Japón, de un viaje de estudio que había durado varios meses. Llevaba uniforme blanco y usaba espejuelos. Tuve la fantasía de que el Oriente le había acentuado ciertos rasgos. Le pregunté lo que había visto, cómo eran las calles, las casas, los trajes de las gentes y otras curiosidades indiscretas sobre las mujeres, que nos intrigaban a los muchachos.

Al pasar de una a otra clase podía notarse alguna pequeña novedad en los mapas o cuadros de historia natural que adornaban las paredes o en la forma de los pupitres, que en los últimos años eran individuales. En geografía, historia y lengua nacional tenía yo gran empeño en salir adelante, y lo conseguía con la emulación de los otros compañeros. Esto era a veces motivo de discusiones y exclamaciones. Cuando alguno no contestaba a la pregunta del maestro, el rival se apresuraba a responder, mientras celebraba el palo, diciendo:

“¡Palenque en Chiapas!” La botánica y la zoología me interesaban menos, aunque aprendí las nomenclaturas y asimilé sin dificultad la materia. Mas lo que me desagradaba eran las matemáticas. Mis problemas salían con errores y frecuentemente tenía que volver a empezar. A veces se me convertían en laberinto.

Siempre conservé interés por la historia y la geografía. Las horas dedicadas a estas clases eran las mejores de la escuela: no me pesaban como tareas; casi me regocijaban. A veces me imaginaba que iba a las capitales de los estados, cuyo aspecto y carácter me representaba auxiliado por los grabados

del libro. Complacíanme los sitios pintorescos de la naturaleza: acueductos y cascadas, valles y volcanes, pirámides y templos, puentes, filaturas, fábricas y ferrocarriles, que ponían de manifiesto la belleza o el progreso de la patria. Algunas de estas impresiones fueron tan vivas, que no he podido olvidarlas.

La historia tenía su seducción. Los lances de la guerra de Independencia, los movimientos de Hidalgo y Allende, el celo de la corregidora, las campañas de Morelos, la nobleza de Bravo y la generosidad de Mina combatiendo contra Fernando VII, con la secuencia de Acatita de Baján y el rancho de Venadito, y el escarnio a los héroes, cuyas cabezas fueron colgadas de los garfios de la Alhóndiga de Granaditas, pasaban ante mi vista. La historia era algo vivo y dramático que me hacía palpitar y me caldeaba el ánimo, como si yo hubiera estado dentro de la pelea y me tocara ser el vengador. Me alegraba la entrada del ejército Trigarante a la capital en medio de las aclamaciones, y me indignaba la asonada del coronel Epitacio Sánchez y el sargento Pío Marcha cuando proclaman a Iturbide emperador. Conmovíame la traición de Pitaluga entregando a Guerrero, y no podía consolarme tampoco de las infamias de Santana, aun cuando el heroísmo de los Niños Héroes y el general Anaya salvaran el honor nacional. Oía la historia de Juárez con entusiasmo. Su lema: “el respeto al derecho ajeno es la paz”. Al enojo solía dar lugar el buen humor. Figurábame en su despacho, de rodillas, a la princesa de Salm Salm, mientras Lerdo le grita, asomando la cabeza por los cortinajes: “¡Ahora o nunca!”, que nosotros interpretábamos picarescamente. Me irritaba la Guerra de los Pasteles y las trapacerías del ministro Dubois de Saligny, cuya palabra valía tanto como el papel en que estaba escrita. Las reclamaciones de las potencias, las intrigas, los desmembramientos del territorio nacional, las injusticias, el cínico abuso de los intervencionistas, todas estas cosas resonaban en mi corazón y me hacían entrar en pasiones y cóleras que me agitaban.

La historia, pues, fortalecía mi conocimiento de la patria y me revelaba, entre fantasmas y realidades, su carácter psicológico y su destino, mientras se enriquecía mi imaginación y penetraban en mi alma un sin fin de emociones.

Consagrábamos las tardes al dibujo, caligrafía, música, canto y gimnasia. De éstos sólo me gustaba el dibujo cuando era libre. Entonces dibujaba algún paisaje que había visto en las estampas holandesas que pendían en la sala de mi casa o alguna visión del rancho o de la orilla del río.

Aquellos años ofrecieron pocas variantes en la vida escolar, a pesar de la diferencia de asignaturas y maestros, pues las formas de estudio, las tareas y recreos eran casi los mismos. Las impresiones nuevas, los choques vitales, nos venían de fuera. En aquel pasado, el tiempo, que transcurría de manera difusa, sólo se alteraba a veces por tal o cual acontecimiento, cuyo recuerdo fulgura en mi conciencia como una visión gozosa, una risa de muchachas o el chapoteo cristalino en el río una tarde de verano.

Así se iban desarrollando mis hábitos y tendencias, a la vez que un proceso madurativo me acercaba a la adolescencia.

Los juegos, después de la escuela, revestían diferentes formas. A veces corríamos en un gran solar que había frente a la casa, donde señoreaba un corpulento jobo, árbol de fruta agri dulce, parecida a la ciruela; otras, retozábamos en el césped de la calle y solíamos también perseguirnos por el cerro, agitando espadas de otate y lanzando voces guerreras.

En nuestros correteos solíamos llegar hasta el terrado de la construcción de la casa del vigía; subíamos por una escalera musgosa, de mampostería, y luego por otra de madera para llegar a donde estaba el torrero. Éste, que era muy complaciente, nos dejaba mirar por el anteojo de larga vista, que servía principalmente para leer las noticias marítimas que transmitía el telégrafo de señales de la barra, formado por aspas de madera con puntos negros parecidas a fichas de dominó. Era una maravilla explorar con el catalejo La Peña, Cobos, las lanchas del río moviéndose a impulsos del chapullete que mandaba la corriente, la albufera, los verdes cocales y, al fondo, la franja azul del litoral. Estas visiones me causaban vivo encanto. En los días grises, sin embargo, desaparecían. El viento retorció los árboles y producía extraños gemidos, y el río, que arrastraba breñas y raíces, tomaba una tonalidad glauca, mientras a lo lejos rebramaba el mar.

Pero los juegos que más nos agradaban eran los trompos, canicas y papalotes, que con puntualidad astronómica aparecían y desaparecían después de cierto tiempo, no me explico por qué secreto acuerdo. El hecho es que

pasábamos de uno a otro juego, sin mezclarlos, con cabal exactitud. Sabíamos, además, quién hacía los trompos de más bellos colores, los que corrían más. Asignábamos valor de un peso a los discos de hojalata de la empacadora de los Greer, hasta donde íbamos a buscarlos. Estas redondas piezas servían para jugar al empalmado, al tângano o la rayuela.

En cuanto a los papalotes, era una diversión alegre, a la que a veces se mezclaba mi padre. Coincidió con los primeros vientos del otoño. Los papalotes tenían formas y estilos varios; se construían de otate, carrizo o varilla de palma de coco, según el tamaño. Afectaban forma de picuy, exágono o pandorga, y esta última era un rectángulo dividido en rombos y triángulos simétricos de doce, veinticuatro, treinta y seis secciones de colores armónicamente combinados. Poníamos gran empeño en hacerlos subir alto, dándoles cuanto hilo podíamos. ¿Por qué nos entusiasmábamos tanto en aquella ascensión? ¿Qué vago deseo nos agitaba? ¿Qué afán infinito nos hacía estar pendientes de aquel hilo en que remontábamos la frágil cometa?

Había tardes que, en vez de jugar, pasaba por casa de los Maraboto a buscar a Enrique (*Quico*), unos dos años mayor que yo. Nos encaramábamos en un ciruelo del patio y allí nos poníamos a charlar de todo lo que se nos ocurría: juegos, lecciones, muchachas y castillos en el aire. Pasábamos revista a las chicas que más nos gustaban y, rápidamente, decidíamos sobre sus gracias y defectos. En una ocasión repasamos lo que ya habíamos conversado y, como el más concienzudo jurado, seleccionamos tres bellezas. Para que nadie supiera de quién hablábamos, a cada una le dimos nombre cifrado. Teníamos, además, una tonadilla de contraseña, que silbábamos para avisarnos que habíamos visto a ésta o aquella ninfa. Sobre todo, había una de imparejable hermosura, enteramente divina, como diría Homero, que reinaba deliciosamente sobre nuestra fantasía. Pero nuestro espíritu estaba aún sujeto a las excitaciones infantiles, y volvíamos fácilmente a emprender cualquier juego que nos pasaba por la cabeza o alguna empresa disparatada, como construir una alberca en el patio de la casa o un bote de remos, ignorando todo del oficio de carpintería.

A veces, con aquel amigo fraternal iba a pasearme por la ribera, a ver las lanchas que a intervalos iban y venían por el río. Nos entreteníamos buenos ratos en este divagar y hacíamos toda suerte de reflexiones sobre nuestros afanes y ambiciones, que lográbamos calmar algo con nuestra conversación.

Regresábamos después, cuando apuntaban en la orilla las primeras luces, temblorosas como estrellas. En la oscuridad, la vida del pueblo parecía transformarse, y las siluetas de las casas, las gentes y los árboles adquirían un aspecto misterioso y singular.

En horas del final de la tarde, en que el sol vertía sus fulgores sobre los naranjos y limoneros del patio, y terminadas las faenas escolares, yo experimentaba una egoísta felicidad.

A veces me daba una vuelta por la cuadra, donde había siempre un par de caballos. Iba a verlos cepillar o *ayatear*. Les daba unas palmadas en el cuello y les ofrecía en la palma de la mano terrones de azúcar.

Cuando se iba a preparar la merienda, atraído por el olorillo de la cecina asada, tenía la costumbre de acercarme a la cocina. Sentábame en un banco de madera en compañía del gran Trejos, entretenido en hacer algún juguete rústico con un cuchillo de monte. Yo miraba chisporrotear el vivo fuego de la leña en el fogón, mientras platicaba con la servidumbre, ocupada en los preparativos, y principalmente en echar y apilar tortillas. Las muchachas despleaban gran habilidad; tomando un pedazo de masa, y palmoteando con las manos húmedas, iban adelgazando la tortilla, a la vez que le daban una perfecta redondez palpándola en los bordes. Puesta al comal, no tardaba en esponjarse, y después de dos o tres vueltas, pasaba al *chiquihuite*.

Doña Marta, la cocinera que mis padres habían traído de Tantoyuca, gozaba del afecto de todos. Tanto los otros sirvientes como los chicos la queríamos, a pesar de que alguna vez la hiciéramos enojar cogiendo una enchilada cuando estaba distraída y saliendo de estampida por el patio. Preparaba doña Marta excelentes guisos; sus tamales eran exclusivos; las quesadillas, las empanadas de camarón, y su especialidad, el *zacahuil* y el *xojol* de la Huasteca, verdaderamente imponderables. Cuando alguno de los parientes llegaba de visita, entraba hasta la cocina a saludarla. Mi tío Matías nunca dejaba de traerle su regalo, y sonriendo campechanamente decía:

—Hay que estar bien con la cocinera.

Esta laboriosa sirvienta y su hija Inés vivieron con nosotros quince años y compartieron nuestras penas y alegrías. De ahí que llegáramos a considerarlas como de la familia.

Tenía doña Marta un hijo, por cuya educación se desvivió. Con la ayuda económica de mi padre y una pequeña pensión que éste consiguió del

Ayuntamiento, le mandó a estudiar a la Escuela Normal de Jalapa. Cuando volvió recibido de profesor se avergonzó de su humilde linaje y se marchó a México, de donde jamás escribió. La pobre anciana, que se condolía lastimeramente de haberle mandado al colegio en vez de dejarlo de jornalero, no se conformó nunca con la realidad.

IV. La otra escuela

La escuela nos disciplinaba y nos daba una instrucción acaso más seria que la actual. Pero en la casa, en el trato con los demás escolares y con las gentes de la calle, recibíamos también cierta instrucción empírica, que comprendía desde la educación sexual hasta el comportamiento filosófico.

Conocíamos todos los dicharachos populares. Los que más pregonábamos eran: “Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente”, “Este mató víbora en viernes”, “Si mi tía tuviera ruedas sería bicicleta”, “El que traga más saliva come más pinole”. No menos axiomático resultaba “El miedo no monta en burro” y “La vida no retoña”. Pero el más sabio de estos refranes, y que no admitía transacciones, era: “Con tontos no hay que ir ni al baño, porque hasta el jabón se pierde”.

De unos panaderos librepensadores, a cuya tahona iba después de la merienda, recibí incrédulas lecciones: el infierno era una tramoya para tontos (ellos lo decían más expresivamente); no hay que dejarse tizar del cura ni en miércoles de ceniza, y, sobre todo, no hay que creer en cosa alguna, ni siquiera en la paz de los sepulcros. Sus cuentos, risas y bromas me entretenían y ponían a trabajar mi espíritu en simulacros de dialéctica. Me aprendí de memoria largas tiradas de versos, flor de picardía, en que era cuestión España, el Guadalete y toda su gente guapa.

Como aprovechado discípulo de aquella escuela de hombría, comencé a fumar, naturalmente, a ocultar de mis padres, maestros y aun amigos familiares, que solían ejercer en aquella época cierta vigilancia sobre los menores. Esto era siempre en compañía de otros colegiales, buscando un lugar estratégico a salvo de miradas indiscretas o tutelares, ya fuera el guayabal del cerro de La Atalaya, donde nos encantaba encaramarnos a tomar el fresco y solazarnos, u otro lugar de la orilla poco transitado. Las principales delicias de la escuela de fumadores eran dar el golpe, despedir el humo por las nari-

ces, lanzar ruedecillas o cualquier juego artero, como el de sacar humo por los ojos, que se prometía a algún incauto, mientras nos acercábamos para aplicarle bárbaramente la brasa del cigarrillo sobre la mano. Solíamos ensayar diferentes marcas para catar su aroma, experimentábamos picaduras y envolturas, y éramos expertos en torcer los cigarrillos de la región, Flor de Tuxpan, o los tamaulipecos de hoja de maíz y tabaco negro, que había que encender continuamente. Si se obsequiaba el cigarrillo, no podía darse el fósforo, porque había un refrán prohibitivo que todos conocíamos. Cada vez que alguien pedía ambas cosas, le replicábamos con aquel refrán picaresco: “El que da cigarro y lumbre, da a su hermana por costumbre”.

Después de entretenernos con las espirales de humo era preciso desvanecer el fuerte olor del tabaco, y recurriamos a las pastillas de Sen-Sen, las hojas de guayabo o chicle de menta, y todavía antes de volver a casa hacíamos la prueba de lanzar el vaho a la nariz de alguno de los cómplices, para tener la seguridad de que había desaparecido completamente el tufo acusador.

Todos los chicos nos deleitábamos oyendo a Nicho Melo, el jefe de los cargadores -nuestro paradigma de la fuerza-, quien, abanicándose tranquilamente, repasaba lo que se decía y pensaba en el pueblo. Instalaba su cátedra frente a la orilla del río, en alguna pescadería, cerca del hotel Colón, en el portal de La Fama o en los escaños de la plazuela Hidalgo.

Tan convencido estaba yo de la fuerza hercúlea de Nicho que cuando se habló del pugilato entre Jefferson y Johnson di por sentado que Nicho era capaz de pegarle a cualquiera de los dos.

Si alguien pasaba por la acera contraria, contentándose con un saludo, se le atraía llamándolo, generalmente, por su apodo, lo que en la costa es muy corriente, para extender el corro, que crecía en interés a medida que la materia se tornaba más escabrosa. Eran momentos felices de expansión y risas. Salían a relucir anécdotas y cuestiones locales, bruscamente se pasaba de un tema a otro, y si alguien quería evadirse se le retenía con un chiste subido o se le decía: “no te vayas, que va a venir Chimiano” (alusión al director de la banda municipal).

A fuerza de vivir en un ambiente portuario usábamos mucho los símiles marítimos. Cuando una muchacha pasaba contoneándose no faltaba quien dijera:

—¡Qué hermosa está fulanita!

—¡Tiene una popa! ¡Se diría La Fausta!

Mientras con la mano dibujábamos las curvas del femenil aparejo, e interrumpida de risas continuaba la plática a la orilla del río.

Todas aquellas circunstancias estaban presentes en mi imaginación y eran motivo de apreciaciones por mi cuenta. Me separaba de aquellas tertulias para juntarme con otros amigos de mi edad, pero las cosas oídas entre los mayores no dejaban de hacer su camino en mi inteligencia, afectar mis sentimientos y hasta imponerme su influencia. Pero tuve, a mi vez, otras fuentes de inquietud, y ya por efecto de estos impulsos o por voluntad propia, pues es difícil averiguar el origen de nuestras acciones, reaccioné y procuré excluir de mi vocabulario las palabras encrespadas que suelen despeñarse en la impaciencia instintiva. Así, cuando en mis monólogos para dar forma a tal o cual anhelo, me venía a la memoria la palabra y la mímica recogidas por mí en el mundo de la calle, me rectificaba y la suplía por otra más conveniente, más limpia y más expresiva. Conseguí de esta manera una obra de autoeducación, de disciplina y de liberación de ese lenguaje tan pernicioso para la formación intelectual del niño. Es verdad que en mi casa mis padres usaban un lenguaje muy pulcro, el cual me servía de ejemplo.

Me llevaron hacia mejores aspiraciones las sugerencias oportunas de algunos normalistas jóvenes. Así, en medio de una gran anarquía, el diálogo con diversa gente y la renovación de conceptos y sugerencias ayudaba a mi conformación mental y a las orientaciones de mi conducta.

Recuerdos muy gratos guardo de acontecimientos vinculados a fiestas y costumbres locales.

Cuando se aproximaba el Carnaval comenzábamos a juntar cascarones, a pintarlos y decorarlos con primor, y a picar papel de china de colores, con el cual se rellenaban. En los juegos de Carnaval, cuando íbamos por la calle o en el parque, si veíamos a una chica, bonita de preferencia, le pedíamos permiso y ¡zas!, reventábamos el cascarón en la cabeza. Otras veces aplicábamos harina suavemente en las mejillas de la joven requerida. Por las tardes el juego estaba en su apogeo. Desfilaban grupos de máscaras, unas con antifaces y otras con caretas de cartón, representando diablos, animales y monstruos. Había estudiantinas, muchachas y muchachos que ejecutaban bailes, vestidos de toreros y manolas. En ocasiones, sin embargo, el juego degeneraba en riña, pues se formaban bandos entre la Ribera y Tenechaco. Una vez se armó una verdadera trifulca frente a la casa, en que hubo que ce-

rrar puertas y ventanas para resguardarnos. Esto aconteció cuando vivíamos todavía en Tenechaco, y no es singular que lo recuerde, porque la algazara fue enorme, y además de la harina que se usaba habitualmente recurrieron los contendientes al añil y el almagro, lo que daba a la multitud un carácter abigarrado y una expresión extraña y salvaje.

Es un rasgo de la psicología infantil que cada vez que se admira un espectáculo, fuere el que fuere, el niño tiende a imitarlo. En mi caso, lo primero fue un circo de la legua que se instaló en el patio del teatro Lazo.

En el programa se anunciaban números maravillosos. Como propaganda lanzaron un globo que, al desprenderse, llevaba en un trapecio un maromero apodado el Chicharo. El globo se elevó rápidamente por los aires y fue a caer en la congregación de Juan Lucas, a una distancia de más de una legua. La hazaña produjo sensación y todos los chicos hubiéramos querido imitar al oscuro saltimbanqui. Hay que mencionar también, de este circo, al Pájaro Pinto, ágil trapecista que causaba nuestra admiración y nos llevó a imitarlo, con las consecuencias desagradables y peligrosas para mí, que una vez, al lanzarme al espacio, me fui de bruces. Y más nos fascinó aún el circo Treviño, que tenía barristas y equilibristas sensacionales, excéntricos, animales feroces, perros y caballos sabios, y cacatúas alfabetizadas. El número más brillante era el de los trapecistas, dos hombres y una mujer. Subían por un cable hasta lo alto de la carpa, donde hacían prodigios acrobáticos. El número culminante, subrayado por un redoble de tambor que cortaba un repentino silencio, era un doble salto mortal que nos mantenía en extrema tensión. Ejecutada la suerte, dábamos un suspiro de alivio. Los cirqueros saltaban a la red y luego a la pista rápidamente, haciendo una pirueta y despidiendo besos con la punta de los dedos.

Finalmente, representábase la pantomina en que salía un afeminado, a quien se designaba con el ridículo nombre de Florindo Flores de la Florida, cuyo nombre, unido a su voz atiplada y a sus maneras, nos producía un efecto jocosísimo.

Entre estas pantominas había una con los lances de Santanón, que anduvo a salto de mata en la región de Acayucan y Los Tuxtlas. Lo representaban bajo el aspecto de un facineroso, salteador de camino real. Yo desbaraté aquel infundio que vi de niño en mi folleto *El movimiento social en Veracruz*. Su verdadero nombre era Santana Rodríguez, y fue un precursor de la Revolución.

Poco tiempo después llegó el empresario Aurelio H. Lechuga con el cinematógrafo. La exhibición tenía lugar por la noche en una carpa, contraesquina al parque Reforma. Como Lechuga había sido profesor de mi padre, le mandó de obsequio una tarjeta de abono para él y la familia. Se exhibían las películas *Los apuros de un viajero*, *La hija del campanero*, *Los perros contrabandistas*, *Las bodas del hijo del diablo*, etc. De allí le salió a Rangel su apodo para toda la vida. Para animar el espectáculo tocábanse, una tras otra, las mismas piezas en un piano alegremente derrengado, que daba una impresión de desencanto. Fui, naturalmente, empresario de cine, taquillero y manipulador.

Me encapriché también por unos días en embozos, disfraces y caracterizaciones, y entré en competencia con el transformista Frégolli, que me colmaba de admiración por la rapidez con que entraba por una puerta vestido de levita y al instante salía por la otra con indumentaria de mujer. Vi también a Alfredo García Domínguez, que con la misma habilidad ejecutaba sus mutaciones de personajes. Ambos eran ventrílocuos, hipnotizadores y diestrísimos en juegos de manos, suertes de baraja y toda clase de fantasmagorías.

Aconteció una vez que quise hipnotizar al hijo de una vecina, y fuere que realmente lo hipnoticé o que el chiquillo se durmió por cualesquiera otras recónditas razones, lo cierto es que no había manera de volverlo en sí, por más pases, contrapases y maniobras, como sacudirlo, auparlo, golpear debajo del catre, hasta que, después de ensayar otras cosas, inclusive las compresas de agua fría, logramos que volviera a la vigilia y yo salir de aquella conmoción.

De la misma manera que me atrajeron el cine, el circo y los títeres, también figuraron en mis regocijos pueriles las corridas de toros, por lo que en mi desvarío infantil no faltó tampoco el remedo del toreo ejecutado frente al testuz de un borrego mañoso, que acometía con gran ímpetu, causando revuelo en la cuadrilla.

En un gran solar de la ribera, antes de llegar a la finca de los Greer, se construyó una plaza de madera para la lidia. Trajeron los toros de las ganaderías de Larios y de Nopalán. La víspera del espectáculo fijaron grandes carteles en las esquinas y en algunos aparadores se mostraron los trajes de luces, que atrajeron grupos de curiosos.

Vagamente recuerdo aquellos domingos de excitación y de inquietud; pero conservo en la memoria el colorido, la algazara de la fiesta y, sobre todo, una nota trágica y alegre.

Desde que salió la cuadrilla, precedida por el alguacil, vestido con ropilla negra y sombrero de pluma, en un caballo caracoleante, sentí gran emoción. Sentado junto a mi padre, seguía atentamente el cambio de suertes, que me eran familiares por la *Semana Ilustrada*, donde aparecían escalofriantes fotografías de Gaona, Vicente Segura y Gallito.

Uno de los matadores se llamaba Carnicerito o Camiserito, de baja estatura, delgado y vivaz. Se esforzó en lo que pudo, sacó pases airoso y mató con regular acierto. En cambio, el otro torero, un moreno, chaparro también, alias Guayabito, era un maleta. A las primeras lo revolcó el toro y le rasgó el pantalón. “¡Jesús –gritó una señora–; ya le sacó las tripas!”, en medio de la hilaridad del público y las blasfemias del torero, que trataba de ocultar las partes naturales.

Todos los chicos nos burlamos y comentábamos después el lance, imitando los dengues de la dama, que alternaba entre mirar o velarse tras el varillaje del abanico. ¡Cuánto nos divertimos con la historia del atarantado Guayabito!

Hubo una vez un episodio que alborotó el barrio. Se fugó de la cárcel un preso llamado Liborio, al que persiguieron a tiros varios policías.

Uno de los muchachos, *Quincho* Bonilla, atestiguaba que cuando estaban a punto de capturarlo en el patio de su casa se había vuelto, lanzando palabras mágicas y, con ayuda de ciertos signos, dijo: “Embálate, embálate, pistolita”, el arma del policía no había hecho fuego, cosa que comentábamos con gran estrépito y contento. Un gendarme resultó herido en la trifurca, y de Liborio no se vio ni el polvo.

En época algo avanzada de mi niñez mi padre me enseñó el código de señales del puerto. Desde nuestra casa, aunque algo distante del cerro de La Atalaya o vigía, oíamos las campanadas que anunciaban los eventos marítimos y veíamos los banderines. Yo ponía gran aplicación e interés en descifrar las señales; sonaba la campana y corría al portal para decir lo que pasaba en el puerto y proclamar: “¡Buque a la vista al Norte! ¡Buque a la vista al Sur! ¡Barra cruzada! ¡Norte!”. La lectura de los banderines era realmente divertida, por todas las combinaciones que ofrecía, y yo anunciaba ufanamente a mi padre el resultado de la interpretación.

Una distracción de los sábados, por la tarde, era el mercado. Este ocupaba los bajos del hotel Bazar, un gran edificio de madera, frente al portal de La Fama, y los espacios adyacentes.

Yo acompañaba a mi mamá a la compra o, mejor dicho, hasta que llegábamos a la plaza, pues luego me separaba para discurrir por mi propia cuenta, conversar con los amigos y disfrutar del dinero que me asignaban semanalmente.

Buscaba como punto de reunión una de las entradas y me metía con alguno de mis amigos por aquel laberinto de puestos. Apenas había estrechos pasajes para que circulara la gente, de manera que era difícil caminar en medio de la apretura. Los merceros se situaban siempre en los mismos lugares. Íbamos examinando los puestos y nos deteníamos ante los que nos parecían más interesantes. Solíamos también entrar en alguna tienda a preguntar por algún artículo estrambótico y embromar a los dependientes.

Una de nuestras burletas era abordar a algún *payo*, en forma vocativa, con un nombre extravagante y como si lo conociéramos muy bien. No obstante que el interesado protestara que no era la persona que creíamos, nosotros seguíamos con nuestra monserga y nos despedíamos reiterándole saludos para sus parientes, amigos y conocidos. Estas impertinencias, que nos parecían donaires, entretenían nuestra vagancia sabatina.

Recibía veinticinco o cincuenta centavos, según calificación, y hasta un peso si obtenía la distinción de sobresaliente, cosa que rarísimas veces ocurría. De ese dinero compraba golosinas y juguetes de los que llevaban los serranos de Puebla. Estos juguetes consistían en flautas o animales de barro pintados de colores, que servían de alcancía. Me gustaban muchísimo, y antes de decidirme, revisaba cuidadosamente los puestos colocados frente al atrio de la iglesia, y después de comparar y de reflexionar bien, me llevaba alguna figurilla. En estos puestos había también cacharros de uso doméstico, cazuelas, jarras, platos..., que no se podían comparar, por supuesto, con la fascinante colección de muñecos y animales que se alineaban sobre los extendidos petates.

Había también puestos de jamoncillos, cocadas, almendrados y caramelos de diversos sabores; pero mi predilección y la de mis hermanos era para el tablero de doña Isabel, que se establecía puntualmente, todos los días, en el mismo sitio y a la misma hora. No faltaba algún amigo que me acompañara en estas excursiones por el mercado y con quien compartiera algún cucurucho de cacahuets o alguna distracción novedosa, como el cajón de cuentos de Calleja, con la lectura infantil de la época, en pequeños cuadernos ilustrados con su portada de colores.

La luz incierta y móvil de los candiles que alumbraban los puestos proyectaba en el suelo y en los muros extrañas y desiguales sombras, que se estiraban y bamboleaban a merced del viento. Yo formaba parte de aquel mundo fantástico, pero vivo, que excitaba mi curiosidad.

Los acordes de la pianola del hotel Colón me sacaban de aquella zaramba, y junto con mi madre regresaba a casa. Mientras nos sentábamos a la mesa para hacer honor a la merienda huasteca de doña Marta, yo iba sacando de los bolsillos canicas, cuentecillos, dulces pegados al papel de estraza y figurillas de los marchantes de Huejotzingo.

En medio de su miseria, aquellos indígenas, que bajaban de la fragosa sierra hasta el claro río con sus humildísimas mercancías, traían gratas sorpresas para mi alma. ¡Oh flautas serranas, fragantes de barro cocido, que me disteis las primeras lecciones de armonía! ¡Viviera yo un siglo, que nunca olvidaría el éxtasis que me producían vuestros sonidos, aromados de fiestas y tiempos ancestrales! Nada me parecía en mis compras del sábado tan bello como esas flautitas serranas, ni mejor diversión que sonar en ellas con viva terquedad.

A la hora de la cena nos reuníamos todos en torno a la gran mesa, en el comedor, abierto al frescor de la tierra regada. Frecuentemente, estaba allí, junto a mi tía Lupe, Ángela Rosales o alguna otra de sus amigas. Confirmaba mi estado de felicidad original con mi apetencia ante el plato de enchiladas y la taza de café de olla, al que se ponía una brasa para que se asentara. Después de la cena, a veces, nos quedábamos platicando o sacábamos las mecedoras al portal para tomar el fresco.

Este portal es tal vez el lugar de la casa que más quiero, por los recuerdos que me ha dejado. Todavía hoy, apenas entro en él, veo a mi padre y siento de nuevo la magia de las horas felices que allí pasé. En ese portal le anunciaba la llegada y salida de los barcos. Allí me enseñó varios juegos, y principalmente el ajedrez, en el que llegué a ser bastante fuerte. A manera de piezas, utilizábamos botellas de champaña, vino y simple gaseosa, que movíamos en los escaques de mármol blanco y negro del pavimento.

Era vecino nuestro el profesor Ortega, y su esposa, Lolita, me ayudaba a vestir los títeres del teatrillo que levanté en una pieza desocupada en un anexo de la casa.

Lolita era arribeña, de un lugar de la sierra de Puebla, del que se dice: “Para lenguas y campanas, Zacatlán de las manzanas”. Pero ella no tenía tal mezquindad; era toda sinceridad y corazón. Su habilidad para vestir

muñecos y dar expresión a sus rostros era extraordinaria. Me gustaba su entretenida plática, de manera que pasaba buenos ratos en su compañía viéndola recortar con las tijeras muñecos de papel junto al mostrador de la tiendecilla que atendía. Mientras hacía estas labores me contaba cosas de su tierra, que evocaba con cierta nostalgia. A mi Lolita me complacía mucho, y su ayuda, tanto en los preparativos como en el manejo de los títeres, en que ponía verdadero empeño, fue de gran utilidad, pues manipulaba con todas las reglas del arte.

La idea de los títeres me vino después de haber asistido a una representación de los famosos títeres de Rossetti-Aranda, que por aquel entonces hacían una gira por la región. Cosa estupenda me parecía la actuación de los muñecos: el gendarme, la muerte, las figuras históricas de la Independencia y la Reforma, y los conjuntos de música y baile, del circo y de los toros, que se movían por la escena.

La acción de los títeres era improvisada sobre un sencillo plan; pero en las repeticiones solíamos introducir algunas variantes y distintos desenlaces. Otras veces mimábamos un juguete teatral del editor popular Vanegas Arroyo, en el que había algún pasaje de exorcismos o aparecía el diablo, siempre con efecto impresionante. El público, compuesto de chiquillos del barrio y sirvientas, no era nada exigente, y se divertía tanto como los manipuladores, entre quienes figuraban algunos vecinos formales, movidos seguramente por el espectáculo de nuestro entusiasmo y alegría. Estas mojigangas nos sirvieron también de repertorio teatral, mientras descubríamos otros sainetes que llevábamos a escena con gran desenfado. Todos estos juegos, en que pasaba de la luneta al escenario o a la tramoya, me causaron grandes momentos de gozo.

Con fines benéficos se hizo una pastorela, en la que salí de Luzbel, con ropilla negra guarnecida de lentejuelas y abalorios. También tomé parte en unos sainetes, bajo la dirección de la señorita María Luisa Guin. Otros aficionados representaron *Los Hugonotes*, *La marcha de Cádiz* y otras zarzuelas, que gustaron mucho.

Nos divertía la media lengua de Albina Menz, la alemanita, representando el dueto de los patos, y los visajes de don Pepe Blanco en el papel del Terrible Pérez al salir de un armario tocando el clarinete. También tuvo don Pepe gran éxito recitando con mucha gracia y soltura un monólogo de mi padre titulado *El año viejo*.

Las representaciones tenían lugar en el teatro Lazo. Nada de brillante tenía éste; era una simple construcción de madera pintada de rojo, con duras bancas en la luneta y en el anfiteatro; pero a mí me producía el efecto de algo feérico. El día de la función mandábamos desde la mañana las sillas al palco, donde tomaba asiento con mis papás, interesado por la acción y el milagro de la farándula.

Cuando llegaba una compañía a mí me entraba un gran alboroto y no perdía función. En ese teatro vi representar sainetes de Vital Aza y dramas de Echegaray, Dicenta, Guimerá, Benavente, etc. Así como las zarzuelas *Marina*, *La mascota*, *El anillo de hierro*, *Las campanas de Carrión*. Si la temporada teatral coincidía con Todos los Santos o días de los difuntos salía invariablemente a escena *Don Juan Tenorio*, del que aprendí muchos pasajes, con las correspondientes gesticulaciones: “¡Cuán gritan esos malditos!”, “Yo a las cabañas bajé, yo a los palacios subí”, y la tirada entre las tumbas del panteón, con toda la retahíla de bravatas y jactancias resonantes.

Cuando se inauguró el teatro Álvarez, que llevaba el nombre de su propietario, mi padrino, Antonio Álvarez, comenzaron a llegar, entre otros, conjuntos teatrales de operetas vienesas, muy de boga entonces en todo el mundo. Recuerdo especialmente a cierta compañía porque me gustaba una de las actrices, cuyos cabellos rubios y ojos oscuros formaban un contraste que le daba un aire singularmente atractivo. Se llamaba Josefina Imbert. Fui su rendido admirador. Noche tras noche estaba en el teatro y le llevaba grandes ramos de flores, que hacía despojando el jardín de mi casa y el de nuestros vecinos.

Entre los actores figuraba un tal Fabregat, simpático y de buena presencia, que desempeñaba los papeles de joven calavera. En una rumbosa boda de gente de mi pueblo, en que corrieron los vinos y el champán y en la que se invitó a la compañía para alegrar el convite, Fabregat estuvo sentado a la mesa que nos pusieron a los chicos, nos divirtió con sus desenfadados, y brindó y nos hizo brindar y beber a todos, que, un poco achispados, nos sentíamos felices, como si anduviéramos de parranda con el mismísimo conde Danilo.

Las letras y tonadas de *La viuda alegre*, *El conde de Luxemburgo* y *El canto de un vals* se divulgaron en seguida, y en la orquestilla que formé con Federico López, Maraboto y otros aficionados –piano, violín, flauta y violoncello– tocábamos de oído, desafinadamente, aquella música ondulante.

A pesar de la mediocridad de la ejecución, nos imaginábamos por momentos expresar algo sublime; pero, finalmente, insatisfechos, dejamos de lado estas veleidades y aplicamos nuestras energías a otros móviles.

Aquella temporada teatral me dejó extraños sentimientos, en parte musicales, en parte eróticos y sibilinos, que persistieron por algún tiempo, cuando ya la compañía se había ido. ¡Tan viva fue la impresión que me produjeron las bellas figuras de esa farándula y el encanto de sus voces, que se quedó vibrando en mi alma adolescente!

V. Pequeño retablo

Cuando apareció el cometa Haley, visible en las madrugadas, tuve una impresión mágica.

Desde que la noticia se esparció en la escuela nos pusimos en agitación. Hacíamos mil conjeturas de sus augurios y avisos; sobre el tamaño de su cauda; lo que tardan los cometas en regresar, y tantos otros comentarios y cálculos. Mi vecina me contaba que hacía mucho tiempo, cuando ella era niña, había aparecido un cometa. En la fecha aguardada pedí que me despertaran. Ni siquiera esperé estar completamente vestido para asomarme a la ventana. Ya en el cielo azul de la fresca noche tropical, trémula de estrellas, se veía el deslumbrante meteoro, que me produjo un enigmático estupor. El cometa me hacía vagar por la inquietud de otros mundos, por los espacios siderales, sugiriendo infinidad de cosas en mi imaginación. Durante aquella temporada nos levantamos siempre por la noche, y yo miraba incansablemente hacia el cielo con renovada ilusión.

Después de este fenómeno, frecuentemente salía al patio a mirar el cielo espolvoreado de estrellas, cuyo brillo aumentaba en la transparencia de las nocturnas soledades.

Con la ayuda de mi padre me ponía a descifrar aquella maraña sideral. “Fíjate –me decía–: allí está la Estrella Polar, norte de los navegantes; aquél es el Carro de Pegaso, y corriendo la vista, la Osa Menor; en medio está Casiopea, y más abajo Perseo, en que una estrella intermitentemente disminuye de esplendor y se torna más pálida. Hacia la derecha está Andrómeda, y entre la Osa Mayor y la Osa Menor, cerca de la Vía Láctea, se presenta, como un diamante, Vega.”

A las precisiones astronómicas se unían las historias mitológicas de ninfas y princesas convertidas en constelaciones. Todo eso me entretenía enormemente. A veces se me perdían los puntos estelares que fijaban la

constelación; la inmensidad convertíase en una pulsación rutilante, pero luego volvían a aparecer. Oír el cálculo de las distancias me daba vértigo, y de tanto mirar hacia la altura sentía una especie de embriaguez celeste. Mi visión, entonces, se identificaba con la presencia del infinito.

En vísperas del Día de Reyes comenzábamos a observar las estrellas. Después de cenar salíamos al patio con mi padre a escrutar el cielo. Tres de ellas lucían en la plenitud del firmamento; representaban a Melchor, Gaspar y Baltasar camino de Belén. No podía imaginarme dónde estaba Belén.

Del Nacimiento hacíamos una representación, con la Virgen, San José y el Niño, en un rincón de la sala. Cubríamos la carpintería con el *paxtle*, que en abundancia nos traían los arrieros del correo. En lo verde del musgo, un espejo simulaba un lago, un ferrocarrilito corría al borde de una ladera, los borregos se encaramaban en las peñas, y de trecho en trecho, por la montaña, veíanse peregrinos y pastores. Estos juguetes, en su mayor parte, procedían de los alfareros indios de la sierra de Puebla.

Con ansiedad esperábamos la fecha del seis de enero. La noche anterior poníamos los zapatos. Como no había chimeneas los colocábamos, naturalmente, en una silla, junto a la ventana, a fin de facilitar la tarea de los Magos, que tantos reinos y países tenían que recorrer. Con expectante emoción nos íbamos a acostar aquella noche soñando con lo que recibiríamos. Y a la mañana siguiente, temprano, nos levantábamos para gozar de los regalos, entre los que había muchas cosas pequeñas, juguetes y confites, y libros de cuentos, que contentaban nuestra fantasía.

A medida que pasaban los años sentí debilitarse mi creencia, y de acuerdo con los hijos del maestro Garizurieta, nuestros vecinos, decidimos espiar la llegada de los Reyes. Yo me dormí en lo que me pareció larga espera, pero mis vecinos me dieron al día siguiente la triste noticia. Cuando el papá colocaba los juguetes, en la oscuridad, creyeron que era el rey negro y se le echaron encima, con lo que se desvaneció el encanto. “Ahora ya saben que no hay Reyes –dijo don Pepe–. Se acabaron los juguetes.”

Cuando me lo contaron, a pesar de mi sospecha, no dejé de sentir cierta tristeza, pues algo encantador se apagaba en mi alma. Sin embargo, tuve mucho cuidado de que no se dieran cuenta mis padres de lo que yo sabía para que no se me suprimieran los aguinaldos a mí también.

No sé realmente cómo se encadena el tiempo. Hay cosas que probablemente ocurrieron antes de la fecha en que mi memoria las sitúa, y otras, después, aunque seguramente no muy distantes.

Para los días de difuntos encargaba al rancharo que me trajera unas cañas, y en una habitación casi desamueblada disponía, ayudado por mis hermanas, un altar. Los vigorosos y largos tallos de simétricos nudos se sujetaban a una mesa recubierta de manteles, y en lo alto se enlazaban formando arcos. Sobre la mesa se superponían varios cajones, uno mayor, otro mediano y otro más pequeño, revestidos también con blancos manteles. De las cañas se colgaban naranjas, limas, jícamas y otras frutas, y ristras de bollitos de anís, una especialidad de Papantla, a la manera totonaca. Se colocaba cualquier imagen en lo alto, y en las gradas, ofrendas de tamales, el plato característico de esos días; pan de semita y mestiza y algunas frutas más completaban el altar. Este juego me proporcionaba gran placer, y además me permitía disponer de las ofrendas a la hora que gustara, cosa no permitida ordinariamente en mi casa.

Había por aquel tiempo la costumbre de salir a *chichiquilear*. Esta palabra india quería decir que las gentes iban de paseo, de ranchería en ranchería, deteniéndose a comer tamales. Algunos prolongaban su vagabundeo por varios días comiendo y bebiendo a todo su sabor. Muchas veces intenté salir a estas andanzas, pero no lo conseguí, y cuando fui mayor y pude haberlo hecho, la costumbre había ya decaído y yo estaba con el alma en otras cosas.

Pared de por medio de mi casa vivía una señora anciana que se llamaba doña Valentina. Hacia ella gravita mi atención por algún tiempo, pues era persona que amaba a los niños y conocía un sinnúmero de episodios nacionales, historias y leyendas que nos entretenían.

Después de haber apenas dado el último bocado de la cena, salía a escape para la casa de nuestra vecina, que estaba ya sentada en una pequeña butaca a la puerta de la sala. Algún grupo jugaba por allí al pan y queso o al *jote*, pero a mí me interesaba más la plática de doña Valentina.

Noche tras noche nos reuníamos en torno suyo para escuchar las apasionantes historias. A veces era un episodio de la guerra de Independencia; otras, de la invasión norteamericana o de la intervención francesa, episodios que ella prolongaba morosamente, manteniendo siempre nuestra atención y dejándolo no pocas veces en suspenso, a pesar de nuestras súplicas, para continuarlo a la noche siguiente.

A mis espaldas, tras los muros y tejados emblanquecidos de luna, se alzaba el cerro de La Atalaya, rodeado de una depresión formada por las viejas trincheras que databan de la época de la Intervención Francesa y del Imperio, pues, según referíanos doña Valentina, allí resistieron los mexicanos contra los invasores. Mientras la anciana relataba algún episodio de aquellas batallas, solía yo volver la cabeza, y con gran realismo me imaginaba el combate y cómo la infantería de los zuavos caía antes de alcanzar el parapeto, cosa que excitaba mi patriotismo.

En ocasiones, nos relataba leyendas antiguas o nos hablaba de la historia de otros países. El tema de los fantasmas, tan enraizado en las tradiciones populares, también formaba parte de su repertorio. Muchas veces nosotros mismos provocábamos la conversación, y aunque conociéramos el pasaje, procurábamos que nos lo volviera a contar.

Cuando mi madre, que posiblemente no me había visto en toda la tarde, preguntaba: “¿Dónde está Manuel?”, la respuesta era siempre: “Está en casa de doña Valentina”, a lo que mi madre argüía invariablemente: “Este muchacho se lo voy a regalar a doña Valentina”, mientras yo, con la imaginación excitada o sobrecogido de susto, oía extrañas consejas de labios de la anciana.

Sus cuentos impresionaban como cosa real y sus recuerdos parecían de encantamiento. ¿Quién había visto a la llorona que se aparecía a unas cuantas calles de nuestra casa lanzando un lamento desgarrador? Algunos aseguraban que llevaba un niño muerto en los brazos. Otro monstruo extraño, el perro negro que lanzaba llamas por los ojos, decíase que aparecía por el callejón del Niño Artillero, de modo que cuando, al oscurecer, debía yo pasar solo por allí, comenzaba a silbar para darme ánimo o apresuraba el

paso. ¡Cuánto me impresionaban esos hombrecillos que hacia la media noche jugaban en el portal de la casa de don Félix Castillo, a quienes algún paseante rezagado había visto lanzarse pelotas de fuego! Yo me los imaginaba de manera tan real, que me parecía imposible que no existieran, y en cuanto a las tepas, fantasmas de las horas de insolación, que aparecían en el cerro de La Atalaya después del mediodía, me impresionaban terriblemente.

Entre los compañeros discutíamos a veces sobre la existencia de estos seres irreales. Había quien aseguraba haberlos visto él mismo o que alguien los había visto.

En una ocasión se habló mucho en el barrio de un fantasma ensabonado, que al final resultó ser Fello Fuentes, que andaba detrás de una muchacha, la cual quedó maleficiada y, por orden del juez, depositada en una casa respetable. Con este engaño perdí toda reverencia a los fantasmas y me distancié de ellos para siempre.

Pero no tan sólo había historias de guerras, de duendes o trasgos en el repertorio de doña Valentina, sino historias de adelantos científicos y aventuras geográficas que encantaban mi imaginación. En casa de esta vecina encontré portentosas horas de esparcimiento.

Cuando pienso en mi niñez, en las noches tropicales aromadas por plantas de intenso perfume, me veo sentado en el umbral de la puerta de doña Valentina, pendiente de sus maravillosos relatos, bajo la cintilación de las estrellas.

VI. Petróleo y piratas

Cuando yo era niño se creía que el porvenir estaba en la ganadería y en la agricultura. Y tanto era así, que cuando se advertía una charca con manchas de petróleo (me refiero a la época de mi primera infancia), los susodichos terrenos se consideraban poco favorecidos por la naturaleza.

Algunas veces se pensó asociar la industria a la agricultura. Se instaló en la ribera un aserradero, en el que se labraba la caoba, el cedro y algunas otras maderas finas, pues el pino nos lo suministraban el Canadá, los Estados Unidos y la Península Escandinava. Los barcos que lo traían, y que tanta alegría me daba ver evolucionar por el río, eran las más de las veces veleros con dos o tres palos con foque, pitifoque y contrafoque y una serie de aditamentos que era difícil nombrar. Cuando desplegaban sus velas, sentía como si un soplo me levantara el espíritu.

Al iniciarse la exploración y explotación petrolera comenzó a cambiar la vida de la región. En los potreros, en las sabanas, en medio del paisaje tropical, surgieron las torres de perforación, los grandes tanques circulares marcados con sus respectivos números. Yo veía estas estructuras con ojos curiosos, pero sin poder medir lo que todo aquello significaba para el destino de los hombres y la marcha del país.

Se tendieron oleoductos, se establecieron estaciones de bombeo, una en El Águila y otra en la Pen-Mex, en la Barra, a una y otra margen del río. Entre Tuxpan y la Barra, en un lugar denominado Cobos, se construyó un gran campamento, con un edificio administrativo, hotel, casas para los directores y funcionarios, con prados y sembrados de pasto inglés. Había además muelles y cobertizos, pues era la terminal del ferrocarrilito de Furbero, por donde se transportaba el equipo para las perforaciones. Con un permiso especial del gerente se podían aceptar pasajeros.

Una vez fuimos a recibir a unas parientas que venían de Papantla. Viajaron a caballo hasta Poza Rica, y de allí se embarcaron en el tren. Era un grupo de alegres muchachas que llevaban grandes sombreros de paja adornados y atados con chalinas, para precaverse del sol, pues los carros eran abiertos. Después de los abrazos y saludos fuimos al restaurante, donde nos sirvieron un almuerzo de estilo americano. El propietario era un chino, cliente de mi padre. Recuerdo que, cuando hizo un viaje a su país, trajo una serie de regalos: un bastón, un fistol, muñecas para mis hermanas y una vajilla, la que adornó por muchos años el comedor de casa.

Aunque me represento a veces un suceso en determinado tiempo, es posible que ocurriera en otro, antes o después.

El incendio del pozo de Dos Bocas, sin embargo, fue seguramente antes de instalarse el campamento de Cobos. Hubo numerosas desgracias: arrieros que morían con sus acémilas y ganado asfixiados por los gases al pasar por las cercanías. De México mandaron una compañía de zapadores. La conflagración debe de haber sido de gran magnitud, porque en las noches, desde cualquier sitio, se veía el vivo resplandor. Semanas, acaso meses enteros, duró aquel incendio que consumió tan fabulosa riqueza.

Otro acontecimiento extraordinario, relacionado con el petróleo, fue la perforación del pozo de Potrero del Llano, propiedad de la familia Peralta. El petróleo aseguró a ésta una situación brillante. De los Peralta, con quien tuve mayor amistad fue con Crisóforo, a pesar de nuestra diferencia de edades. Antes de ser petrolero tenía una tienda de abarrotes bien surtida en la calle principal. Clara imagen tengo de ella, porque cuando pasaba con mi padre por allí nos deteníamos a conversar un rato.

Saltaba yo diestramente el mostrador para ayudar a despachar en los momentos de mayor afluencia y me divertía en demostraciones a los campesinos, azotando un machete de plan, o blandiéndolo en el aire, con tal desplante, que Crisóforo, temeroso de que le sacara un ojo o le cortara una oreja a alguno de los dependientes, me decía: “Ten cuidado. No te entusiasmes tanto, Manuelillo”. Pero no por eso reprimía mis ímpetus, sino que golpeaba sobre el mostrador aún más contundentemente la hoja para poner de relieve la virtud de su temple.

Como la mayor parte de los petroleros de la Huasteca que poseían regalías, Peralta siguió el camino de la capital. Es verdad que antes de emigrar

se construyó una buena casa de mampostería y estableció la primera planta de luz y fuerza eléctrica en su pueblo.

El ideal de la mayor parte de los petroleros era comprar o construir una mansión en la colonia Roma, donde disfrutar de sus rentas y consumir el tiempo en un ocio adormecedor.

Tan potente fue la presión del pozo de Potrero del Llano que rompió la válvula y desbordó, inundando el campo y bajando hacia la corriente en una espesa capa que afluía el río. Descendía el caudal de chapapote con la corriente en una espesa capa que afluía hacia el mar y manchaba las playas.

El petróleo estropeó el encanto del río por largo tiempo. La superficie, antes limpiísima y de brillante esmeralda, cubrióse de un negro aceite. Las lanchas, botes y maromas estaban sucios; todo olía a chapapote. Tan densa era la capa, que una piedra de regular tamaño tardaba un rato en hundirse. Me daba rabia ver aquel manto sombrío bajo el cabrilleo del sol, sin poder bañarme ni en el bajo ni siquiera en la playa. De vez en cuando lanzaba una piedra para distraerme y satisfacer mi despecho.

Pasó todavía bastante tiempo para que el río volviera a correr limpio y claro, y por un largo periodo quedó sobre los camalotes y malezas de la orilla, como una cenefa de luto.

Los ingenieros no habían podido parar el escape, y fue gracias al invento de una cuádruple válvula del perforador Weber que se contuvo el chorro de petróleo. En aquella época, Samuel Weber era ya una figura popular. Corpulento y fornido le gustaba hacer alarde de su fuerza. Ganaba mucho dinero como perforador. Cuando entraba en una cantina nadie debía pagar; sino él. Sentía cierta hostilidad hacia los geólogos. Una vez que éstos ordenaron perforar en un lugar, en la finca de los Núñez, Weber dijo terminantemente: “No; voy a plantar la barrena en aquella boñiga”. Y de tan prodigiosa inspiración brotó el famoso pozo de El Álamo, por el que recibió una gratificación de cincuenta mil dólares, que despilfarró inmediatamente con amigos y conocidos.

En suma, Weber fue el perforador de más grandes aciertos; pero, como si el dinero no le importara, éste fluía de sus manos pródigamente, y no sé si la fortuna lo siguió persiguiendo o si tras ella terminó por perderla de vista.

También tuvo el petróleo influencia en nuestra vida. Al abandonar el juzgado, mi padre abrió su despacho de abogado, y entre sus clientes figuraba la Compañía Mexicana de Petróleo El Águila, S. A. (en realidad inglesa), a la cual patrocinó en un litigio cuantioso contra la Standard Oil Company.

Tan poseído estaba yo de que El Águila era mexicana y algo tenía que ver con nuestra bandera, que le cogí ojeriza a la Standard, a su filial La Huasteca, a mister D'Oheny y al gallo que las servía de heraldo, y al cual hubiera querido ver picoteando y desplumado por el águila en el palenque de nuestra feria. Tal era, a la sazón, mi concepción bizarra de lo contencioso.

No recuerdo en qué año fue la visita del magnate del petróleo, mister Pearson, a Tuxpan, pues no puedo restablecer con precisión la cronología de muchos sucesos ocurridos en aquella época lejana. Fue una comitiva a recibirlo a la Barra, entre la cual me introduje yo, consentido por los amigos de mi padre, y especialmente por el licenciado Ignacio Peláez, que me trataba con gran bondad. El tiempo era soberbio y el transbordo del vapor a la lancha de la compañía se hizo en el fondeadero, con mar bonancible y bajo un sol brillante. Entre las personas que acompañaban al señor Pearson se encontraba su hija, o su sobrina, cuya figura me causó profunda impresión. Mis ojos la observaban secretamente y seguían sus graciosos movimientos. Mientras cruzábamos la Barra se excitó mi imaginación y comencé en el acto a forjarme una novela.

En aquellos días, por consejo del *Diablo* Rangel, había trabado conocimiento con el capitán Sandokán y sus gentes, y gracias a las estratagemas aprendidas en los cuadernos de Salgari montaba estupendas aventuras, en las que siempre resultaba vencedor, pues es tan sorprendente la vitalidad del niño que ningún género de fuerzas puede oponerse a su voluntad primitiva.

No obstante que el tiempo era magnífico, mi inclinación a la fantasía encontró elementos para evadirse. Y el cielo se volvía de pizarra y un furioso vendaval nos arrebatava y llevaba nuestro barco a la isla de Lobos, donde éramos atacados por una banda de piratas; pero mi valor y mi brío se las arreglaban divinamente, y en un dos por tres le asesté un tajo al jefe de la pandilla.

El guínés del parche me dio más guerra. Lo zaramandeeé, lo guinché y lo golpeé con el guimbaete que encontré junto al tinaco. De pronto salió un grandullón quijeño, que sacó una faca y se me echó encima, ¡granuja de sochantre! Le metí zancadilla y le di una patada por el gramófono.

Al otro zámbrigo le pegué un guantón y cayó entre los gramalotes; oí un gruñido, creí que estaba liquidado pero eran puras gramarañas. Todavía se levantó el guiñaposo e intentó una jugarreta. En un santurramen lo agarfiñé, rechinó los dientes y quiso zafarse pero le asesté un voleo en la quijada

que lo hizo volar. Azotó contra la gabarra. Cuando llegamos al embuste de los gallos nos estaba rodeando la gurullada. En medio de la zalagarda, no sé ni cómo entramos al faro y me atranqué. Sonaron los portazos, pero yo había descolgado ya el Winchester del vigía y por la claraboya les descerrajé una descarga. Los piratas huyeron con endemoniado guirigay por la palizada de la marisma. En premio de mi heroísmo me daban la mano de la encantadora joven, y anejos, o de pilón, como decíamos, el imperio de la isla y un barco blindado para que nadie fuera a molestarnos.

Cuando atracó la lancha yo estaba sofocado por la emoción, pero solamente quedaban del romance el mar y la muchacha.

Bajamos a tierra y fuimos a las oficinas del gerente donde se sirvieron pasteles y refresco. Vergüenza me da decirlo, pero, entregado a la gula, me desentendí completamente de mis platónicos amores. El resto del día fui a perseguir cangrejos a la playa y a cortar icacos en los médanos. Sólo por la noche, al adormecerme, volví a mis imaginaciones e íntimos sentimientos.

Todavía por algunos meses y en las navidades, cuando llegaba el tarjetón de lord Cowdray, pensé en aquella joven, hasta que al fin desapareció de mi memoria.

Ahora, al engolfarme en mis recuerdos, no sé por qué magia, siento que su sombra se ha levantado del silencio del tiempo y sonrío con la misma sonrisa que tenía aquella mañana marítima de mi niñez.

VII. El Chovén solo

Entre mis recuerdos infantiles más gratos figuran los de El Chovén, donde solíamos pasar temporadas de vacaciones, o bien iba, en compañía de mi papá, los días que él dedicaba a la finca. Compraron mis padres El Chovén poco después de avecindarse en Tuxpan, gracias a la munificencia de un tío padrino de mi madre, que le dejó un legado.

Fue aquel rancho verdadera pasión y amor de mi padre. Todo el dinero que ganaba en su profesión lo invertía en ganado, pastos, aguajes, cercas, casas y galeras de ordeña.

De otro colindante adquirió mi padre algunas hectáreas más, que en total sumaron ciento setenta. En el comedor de la casa había un plano levantado por el ingeniero Jiménez. El rancho tenía forma alargada y seguía la orilla del camino real de Tamiahua. Distaba cerca de una legua de la población.

La casa principal estaba como a la mitad del terreno, cerca del camino. Era una casa de altos, que no tenía más que dos grandes estancias: abajo, la cocina y el comedor, con un anexo, y en los altos, el dormitorio.

Desde las ventanas del piso alto abrazaba la vista un vasto panorama. El camino estaba bordeado de unos árboles de corteza rojiza que prendían y crecían rápidamente, llamados chacas, y que en toda la comarca se utilizaban en las cercas. Al sur había un sendero con árboles, que partía del camino hacia el rancho de don Tranquilino, nuestro colindante. Una serie de demarcaciones alambradas, sembradas de pastos, permitía mover al ganado de una a otra división según se necesitara. Eran unas de zacate de guinea, cuyas espigas remataban en un plumerito, y otras de zacate llamado del pará, de finas y tramadas hojas. Cuando las lluvias favorecían los plantíos, los potreros crecían pródigamente, al grado de que un hombre a caballo se perdía en aquel mar de espigas.

Más tarde, mi padre construyó una casa rústica de otate y techo de palma, con unos jagüeyes para dar de beber al ganado, embalsando las aguas de un cauce que se ensanchaba en la temporada de lluvias. Bautizó el lugar con el nombre de Santo Domingo, en homenaje de su fiel ranchero Domingo Marcelino Hernández, que, a no ser porque se embriagaba a veces, hubiera sido intachable, pues era sumamente trabajador y honesto. Marcelino era mi gran amigo. Sabía convertir, con suma habilidad, las cajas de puros en violines, a los que arrancaba disonantes sonecillos. Yo me iba a sentar por la tarde a la puerta de su choza para ver el progreso del juguete, y así permanecía largas horas contemplando la obra de Marcelino, que se reía satisfecho mostrando sus blancos dientes, mientras contestaba al saludo de los caminantes.

Después de comer salíamos mi padre y yo a caballo, pasábamos por la finca de don Gabriel Jiménez, que se veía en una colina, pintada de blanco, con su techo de tejas y sus ventanas verdes, y poco después, a la izquierda, aparecía la casa de El Chovén, junto al soberbio manglar.

Lo llamaron así porque frente a la reja había un chovén, que recuerdo perfectamente, pues en cierta ocasión me tiró allí un caballo matrero al que los rancheros llamaban El Reparaba, así, en imperfecto, para significar que había sido mañoso, pero que se había corregido, cosa que a mí me tocó desmentir categóricamente cuando salí despedido a tierra.

Durante las vacaciones escolares, los meses de julio y agosto, pasábamos allí una temporada, que resultaba muy divertida, tanto por el cambio total de vida como por la variedad de trabajos campestres, juegos y paseos.

Debo de haber sido bastante pequeño cuando pasamos en El Chovén las primeras vacaciones, porque mi ocupación más sobresaliente, según bien recuerdo, fue ejercitar a un gato para que saltara progresivamente, primero desde el tercer peldaño, luego del descanso de la escalera, y por fin del piso alto, dando una ágil voltereta hasta llegar a ejecutar la suerte, pienso que sin hacerse daño, gracias al impulso que, en forma de arabesco, le imprimía lanzándolo por el rabo.

En el manglar había muchos pájaros. A veces buscaba la frescura del lugar. En vez de mecarme en el columpio, me quedaba largos ratos escuchando el rumor del viento en las copas de los árboles y el silbido de un pájaro invisible. Yo respiraba con delicia el aroma del campo, de las flores silvestres, y sentía como si se dilatara mi percepción del mundo.

En el anexo estaba la pizca, una desgranadora de maíz, aperos de labranza, sillas de montar, frenos y caronas. Después de la cena nos reuníamos allí a desgranar maíz, empleando la máquina, o frotando dos mazorcas, o la mazorca contra el olote.

La estancia en El Chovén daba lugar a muchas actividades. Durante el día espantábamos a los tordos y perdices que volaban a las sementeras para comerse los granos, y por las tardes poníamos trampas a tejones, mapaches y armadillos o tirábamos a las gallinas de monte, venados y conejos.

En cierta época del año se reunía al ganado para ponerle el fierro, a fin de identificarlo si se iba a otros pastales. Esto daba lugar a una ingente labor y a muy variadas escenas en los corrales y galeras, en los que metía bulla y me agitaba.

Al clarear me levantaba para ir a la junta del ganado. Yo intervenía en todo. Molestaba a los rancheros hasta que me dejaban ordeñar un tazón de leche, que, tibia y espumosa, me bebía allí mismo con gran euforia. Después del desayuno hacía un recorrido por el campo, a caballo; me detenía en casa de alguno de los vaqueros, participaba en alguna labor campesina, lo que me hacía sudar y me fatigaba alegremente. Son memorables estas mañanas de verdadera libertad, de vastos horizontes, de vívida luz, que parecía vibrar con el penetrante chirrido de las cigarras, y con deleite me acercaba luego al agua fresca del pozo, que bebía con un sacual.

Una mañana, sin embargo, hubo un accidente que nos inquietó. A mi padre, que estaba acondicionando un artefacto para subir el agua, se le cayó en la nariz una garrucha, que le hizo sangrar abundantemente. Por fortuna mi madre, que era una mujer muy serena, práctica, y entre sus muchas virtudes tenía la de ser excelente enfermera, pues las circunstancias la habían obligado de niña a cuidar de sus hermanos y a mi abuela más tarde, le condujo la hemorragia y nos devolvió la alegría de aquellas vacaciones.

La semana siguiente hicimos una excursión a la Zapupera Tuxpeña. Salimos a caballo desde la mañana por un atajo forestal, en parte tallado en el monte alto, entretejido de ojitales. Entramos en las plantaciones de zapupes, dispuestas en amelgas de una gran simetría. En un ferrocarrilito de cubil se llevaban las pencas a la raspadora y, luego de someterlas a la operación correspondiente, se ponía a secar la fibra en los tendedores. Pasamos allí el día. Comimos en el corredor de la finca chicos y grandes, entre

pláticas y risas, y regresamos por la tarde, a la puesta del sol, cuyos brillantes colores asomaban por los claros del bosque.

Las plantaciones de zapupe habían comenzado a desarrollarse, con la esperanza de establecer una rica industria. Por algún tiempo los tuxpeños estuvieron convencidos de que ésta sería la riqueza de la región. Así lo oí decir, pero no supe entonces por qué razones fracasó el zapupe, aunque más tarde el auge del petróleo me lo explicó todo.

Muchas veces anduve por los pastales caminando, sin que ninguna de las cosas del campo escapara a mi vista, lo mismo el colibrí, que se posaba vibrante en un tallo, o la mariposa, que acudía al girasol agreste, o los roces subrepticios, que podían denunciar ya al inofensivo conejo, ya a la serpiente de infalible veneno. El campo de la comarca era entonces más bronco, pues abundaban temibles ejemplares de ofidios, como el coralillo o el mazacuate, capaces de estrangular a un toro, según aconteció en más de una ocasión. No en vano ha sido la serpiente un tema de la mitología y el arte prehispánico.

Por las analogías entre la naturaleza y el arte tuve la intuición de las representaciones y símbolos atávicos, en que juega un papel tan extraordinario la serpiente, que a veces encarna la sabiduría y la muerte, y otras, el espíritu del aire o la torsión cósmica, como la granítica escultura de Xicóatl, coronada de estrellas.

Aquí y allá se avistaba algún árbol majestuoso, como la ceiba, de frondoso follaje, y la palmera, de anillado tallo, egregio penacho y apretado racimo de coyoles, a cuyo amparo sesteaba el ganado.

Había también pequeñas parcelas de tremolantes cañas, el maíz, subsistencia y pan de nuestros padres, y, en el mismo sitio, hierbas olorosas y tubérculos, donaciones de la naturaleza tropical al mantenimiento de los hombres.

Sembrábanse algunas hortalizas para el consumo. Había, además, plátanos y papayas, y un hermoso plantío de piñas, junto al manglar. Tras de la casa se conservaron del monte alto, para sombrear los alrededores de la finca, varias especies de zapote, como el santo domingo, el mante y el zapote prieto, cuya negra y sabrosa pulpa recuerda al hombre más valiente del mundo, que dicese fue, sin duda, el que por primera vez se atrevió a comer el sospechoso fruto.

Los campesinos de aquella región procedían en su mayor parte de Tancoco y Tepezintla, eran huastecos de raza y lengua, que se acercaban a la costa a los mejores centros de trabajo.

Cuando murió Domingo Marcelino se hizo cargo del rancho Nicolás, cuyos hijos, una muchacha y un muchacho más o menos de mi edad, eran mis compañeros de juego. Para esto resultaba de nuestro gusto un prado que estaba en la parte posterior de la casa y los árboles frutales que, en varios grupos, había no muy lejos. Con frecuencia organizábamos correrías al rancho de nuestro vecino.

A veces, cuando veníamos por el sendero que conducía del cortijo de don Tranquilino a El Chovén, comenzábamos a sentir la frescura del tiempo, y de pronto, se desataba un chubasco, que nos hacía correr un trecho hasta llegar a algún árbol de intrincado follaje que nos guareciera de la lluvia o para tomar aliento y continuar la carrera en dirección de la troje. Desde la solera pasábamos los ojos por el campo y veíamos los árboles agitados, el azote de la lluvia sobre los pastos y su crujir sonoro sobre los setos y vallados de chacas, mientras se exhalaba de todas partes un goce de maravillas frutales y el olor profundo de la tierra.

Aunque solía escaparme por largas horas, con apetito muy despierto regresaba, puntualmente, a la hora de las comidas. Por mi tentación de conocer mundo, en una ocasión me fui más lejos que de costumbre. Conversando con los rancheros supe de otras congregaciones, y una tarde, temprano, la emprendí rumbo a La Laja.

Después de recorrer un tramo del camino real, tomé otro más angosto, que se apartaba hacia la derecha. A la vez que reconocía la topografía de la comarca, observaba la naturaleza: siempre los mismos potreros, las mismas milpas, los mismos árboles y milchuales, que cerraban el horizonte. No sé cuánto tiempo caminé para llegar al punto que me había propuesto.

Nada extraordinario encontré en el lugar: era una humilde congregación de casas de embarro, techadas de paja, a cuya puerta trabajaban pobres mujeres. La sombra de los zapotes se esparcía por los patios y un viento indulgente que soplaba de la albufera, cuyo azul de estaño fue lo que me causó más sorpresa, hacía sonar los follajes de los grandes árboles. El cacarear de las gallinas escarbaba el silencio.

Para desalterarme, pues llegué todo sudoroso, bebí en un tendejón una zarzaparrilla que me supo a gloria.

Al regresar, pasé por un rancho llamado Sabanillas, donde los vaqueros estaban jugando carreras de caballos; uno de ellos me propuso que corriera mi yegua contra un rocín retinto, pero no acepté el desafío, porque se hacía

tarde. Comenzaba a trasponer el sol. Bandadas de papanes y loros de los bosques huastecos cruzaban con gran alborozo por el cielo. De pronto, la soledad me envolvió por todas partes. Para llegar más presto lancé mi jaca al galope. Arreciaba la acrimonia de los grillos al par que mi excitación; pero al fin avisté El Chovén. Siempre saqué un responso de mi mamá, que, inquieta por mi tardanza, había ordenado a Severiano, el mozo, ensillara y saliera en mi busca por el rumbo donde me habían visto partir.

Pero ¡qué importa una reprimenda! Mientras pueda conocer grandes ciudades –me dije–, algo, al menos, he visto. Un día iré a Tampico, a Veracruz, a México y a donde se me ocurra, pues mis ambiciones de viajar no tenían límite.

Aquella excursión a La Laja fue lo mismo que un gran viaje en busca de lo desconocido. Un sentimiento extraño me había puesto en movimiento, pero nadie supo dónde fui ni los móviles de mi intrascendente aventura.

Cenábamos al anochecer en el patio para disfrutar del fresco, y después, alguien proponía un juego o contábamos cuentos. Muchos de esos cuentos figuraban en libros, pero el espíritu popular los relataba a su modo, sin que por ello dejaran de producirme intensa emoción.

Los cuentos, leyendas e historias que contaba nuestra nana Inés me parecían fantásticos, y muchas noches nos reunimos silenciosos a su alrededor.

Se referían cuentos de espanto. Yo miraba inquieto hacia la oscuridad del campo. La luz de los cocuyos latía entre las sombras de la noche. De repente se oía la sacudida de un caballo, alguna sombra blanca que pasaba por el sendero y rumores entre las hojas, que había que interpretar.

Si yo remontara hasta el tiempo fabuloso de mi primera infancia, creo que vería la figura de Inés, la nana, golpeando la aldaba de la puerta del comedor. “Toc... Toc... ¿Quién es? La vieja Inés.” Después de deshecha la mesa trataba Inés de levantar, con el chiquitín, pun-puñito, miedecito, una torre ilusoria, que el viento de la imaginación desbarataba rápidamente, y asomaba luego la *Cucarachita Mandinga*... Contaba también la nana el cuento de unos novios perseguidos por un malvado, y en el que cada vez que está a punto de alcanzarlos, la muchacha arroja una prenda mágica: un estropajo que se transforma en breñal, un alfiletero que se vuelve montaña de erizados filos, un espejo que se convierte en caudaloso río. La historia de *Pulgarcito* y la de la ogressa emocionaban mucho a mis hermanas. Yo prefería

el cuento de *Barba azul*, con la muchacha que se asoma a la ventana del castillo a espiar la llegada de los hermanos: “Ana, Ana, ¿qué ves venir?” Y después de unos momentos angustiosos, la insistente pregunta, y la distante polvareda, que resulta ser un rebaño, y luego, los dos caballeros, todavía lejos... También tenía predilección por el cuento del capitán que burla al diablo en una apuesta con la astucia de desfondar una bota para que la llene de oro; y el famoso de *Alí Babá y los cuarenta ladrones*, de tan estupendas invenciones. En el mundo encantado de *Aladino* y de *Simbad* y en correrías por tierras de brujas y *nahuales* perdía la cuenta de las horas.

Después de la tertulia nos retirábamos pensando en las historias oídas. Al tenderme en el lecho me quedaba sumergido todavía por algún rato en aquel mundo, arrullado por los rumores de la soledad campesina.



I. Casa (cercana a la parroquia de Papantla) donde nació el poeta Manuel Maples Arce el primero de mayo de 1900.



II. Niño Manuel Maples Arce, Tuxpan 1900.
En la fe de bautizo aparece como José Manuel Felipe,
pero sólo usó el nombre de Manuel.



III. Manuel Maples Valdez, abogado, juez y poeta veracruzano,
padre del también poeta Manuel Maples Arce,
quien dejó versos relacionados con la vida y la muerte de su padre.



IV. Los niños Manuel y Adela con su madre doña Adela Arce y su padre, Manuel Maples Valdez.

Fotografía tomada en la Ciudad de México a finales de 1903, en una rara ocasión que el poeta salió de Tuxpan durante su infancia.



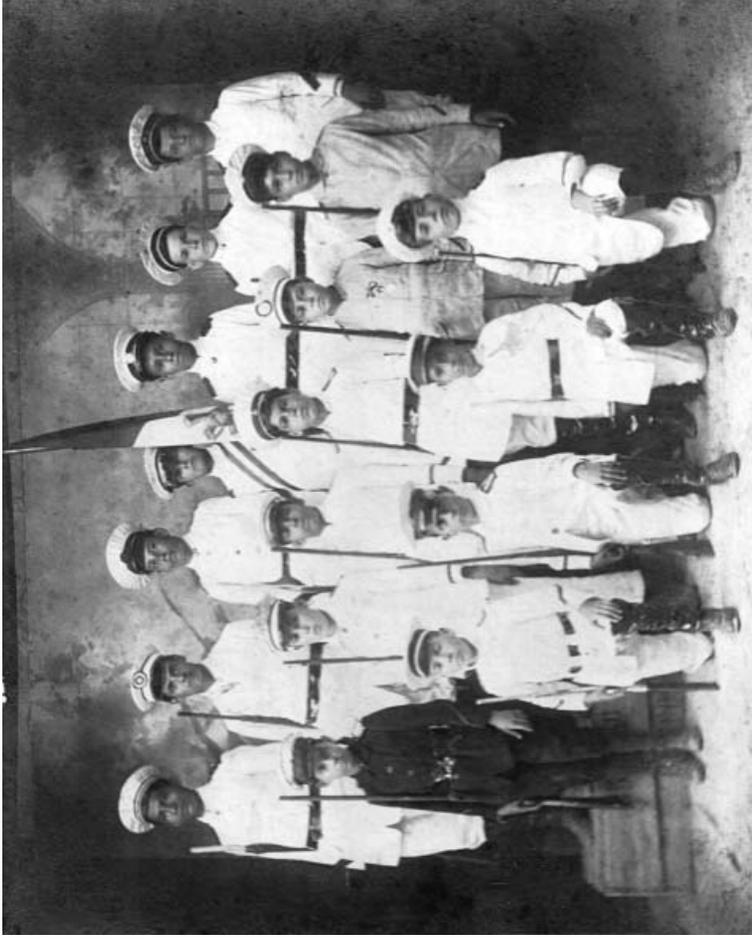
V. Los hermanos Manuel, Adela y Eduardo Maples Arce en 1906.
Eduardo muere a temprana edad, pero deja una impresión muy honda en su hermano mayor que siempre lo recordó y lo menciona en sus memorias.



VI. Manuel Maples Arce antes de cumplir los 9 años, Tuxpan, 1909.



VII. A Manuel Maples Arce fue su padre quien lo enseñó a versificar y a los 13 años escribió su primer poema en la biblioteca familiar; como premio su padre le compró un traje de adulto. Desafortunadamente no se tiene ese primer poema, pero sí la foto con el traje.



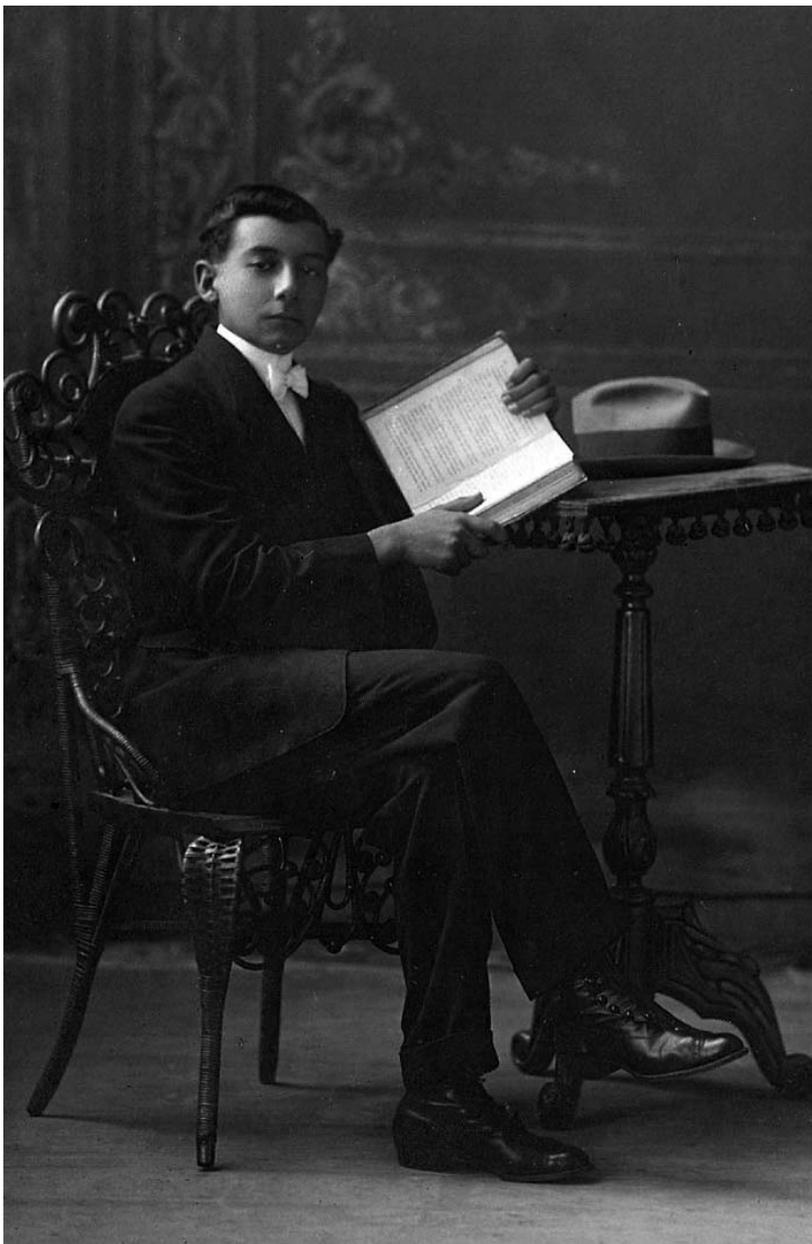
VIII. En todo el país el dictador, Victoriano Huerta, ordenó la militarización de las escuelas.

La primaria en Tuxpan siguió estas instrucciones y los alumnos tuvieron que usar uniforme militar a pesar del calor tropical.

Manuel Maples Arce aparece en la fotografía como abanderado de la generación 1913.



IX. Manuel Maples Arce y sus compañeros de sexto de primaria, fotografiados en el parque Reforma de Tuxpan, 1913.



X. Manuel Maples Arce. Fotografiado en Jalapa, Veracruz, enero de 1914.



XI. En Xalapa estudia un año y a finales de 1914 regresa a Tuxpan debido a la inestabilidad política que hubo durante la Revolución Mexicana.



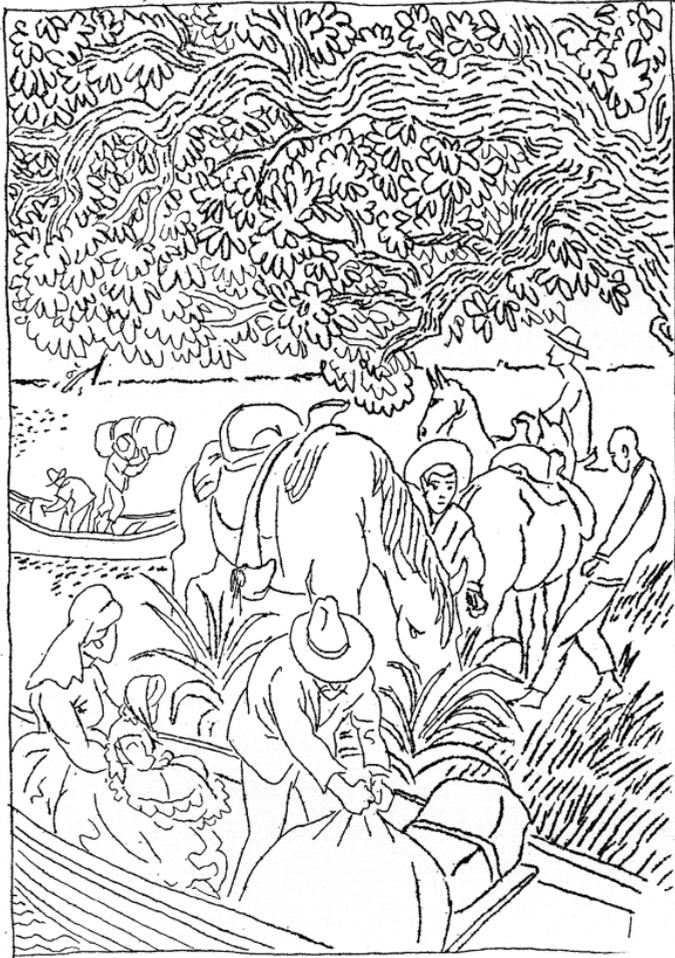
XII. Manuel Maples Arce (el segundo en la primera fila), recibiendo entrenamiento militar en Jalapa, 1914. Debido a los movimientos armados de la época revolucionaria y por la presencia americana en el puerto de Veracruz, el joven poeta tuvo que interrumpir sus estudios.



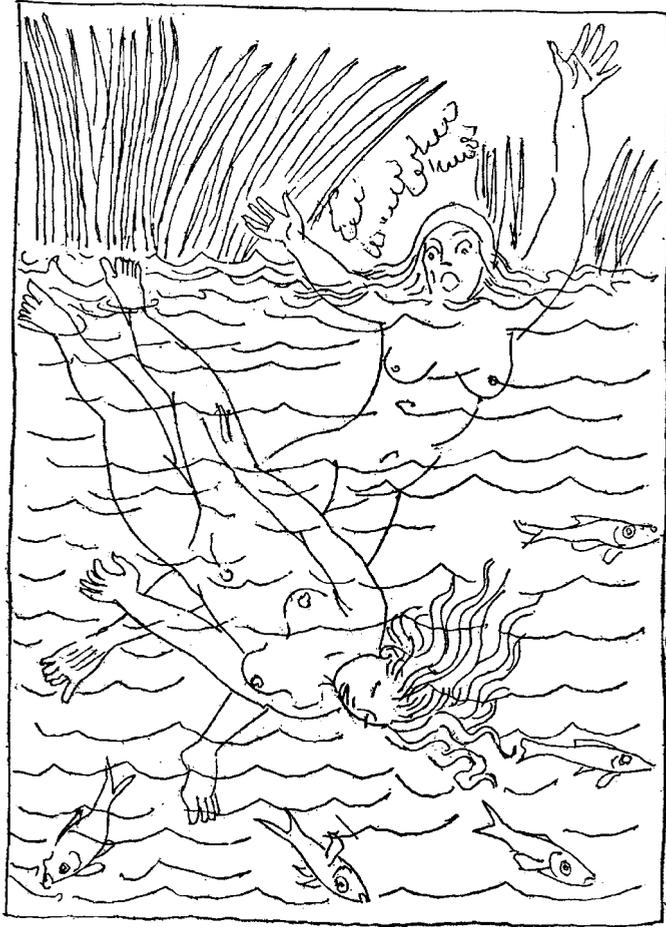
XIII. La cocinera le pone ceniza en la boca al niño Manuel por haber pronunciado una palabra prohibida en el seno familiar.
Aguafuerte de Leopoldo Méndez para el libro *A la orilla de este río*, 1964.



XIV. *La muerte entra en la casa*, aguafuerte de Leopoldo Méndez.



XV. Aguafuerte de Leopoldo Méndez.



XVI. Aguafuerte de Leopoldo Méndez.

VIII. Retratos familiares

Posiblemente el recuerdo más lejano que tengo de mi madre es de cuando se encontraba enferma, pues la veo sentada en la recámara, cerca de la ventana, mientras mi hermana Adela, que estaba empeñada en que la sirvienta la llevara a alguna parte, lloriqueaba sin creer en la promesa de que ella la llevaría más tarde. “¡Si tú no puedes caminar!”, protestaba la chiquilla.

Pero mis recuerdos se afirman cuando nos cambiamos a la nueva casa. Entonces ya había nacido mi hermana Amalia y mi madre había recuperado la alegría y la salud.

Oí una vez que mi mamá cantaba una canción de cuna. Me quedé un rato escuchando embelesado, al punto que dejé los juguetes con que me entretenía en la sala y salí al comedor. Mi madre tenía en brazos a su niña y la arrullaba:

La Virgen lavaba,
San José tendía,
y el Niño lloraba
de hambre que tenía.

Me pareció encontrar un eco bíblico en la canción, el arrullo, la ropa puesta a secar y el cielo azul. No sé cuándo ocurrió exactamente esta escena, pero fue tan patente su virtud evocadora, que no he podido olvidar la tierna impresión que me causó.

Hay recuerdos que vienen de muy lejos y, no sabemos por qué sutil misterio, aunque parecían olvidados, se presentan claramente ante nosotros.

Mi madre tenía la tez clara y suave; los ojos, aceitunados; la mirada, apacible; ceja arqueada; nariz larga, pero bien proporcionada.

En los retratos juveniles aparece delgada y esbelta. Yo todavía la recuerdo, en su segunda juventud, con un peinado alto. El pelo era más bien escaso,

aunque se lo cuidaba con esmero. Creo que era su único rasgo de coquetería, pues nunca usó ni pomadas ni afeites y conservó siempre la belleza de su cutis. El atavío de mi madre consistía en una falda y una blusa, blanca o floreada, con alforzas y cuello y mangas escaroladas o de encajes. Se ajustaba el talle con un corsé, y echándose encima un chal o mantilla, salía de compras o visitas. Pero en las fiestas y bailes se engalanaba con un vestido de raso o gro de atractivo corte, sacado de los figurines de *El espejo de la moda*. Sus adornos eran muy sencillos: sólo unos aretes, un relojito de prender y un anillo de oro con la inscripción de la fecha de su boda realizaban su porte.

Debe de haber tenido mamá unos treinta y tantos años cuando don Ciro A. Fano, único fotógrafo del pueblo y cuidador severo del reloj municipal, le hizo un retrato, que mi padre mandó ampliar e iluminar a México. Ocupó el susodicho retrato el lugar principal de la sala, en cuyas paredes había distribuidas estampas holandesas con escenas campestres, y la bella imagen llenó el propósito de presidir nuestra vida familiar, como era costumbre en casi todas las casas mexicanas.

Cuando acierto a fijar mi mente en aquellos días, veo a mamá en sus quehaceres y comparo sus facciones con las del retrato. No sé lo que sería de ese retrato. Si pienso en las casas que habitamos después en Veracruz y en México, ya no lo veo. Pertenece a la vieja casa del portal, a los dominios de mi infancia.

En lo moral era mi madre valiente y animosa. En una ocasión tuvo que ayudar al doctor Alcázar en una operación. A Mariana, la recamarera, le amputaron un seno para quitarle un tremendo zaratán, y ella auxilió al médico con firme presencia de ánimo.

Sentía mi madre gran amor por la música, y para satisfacer esta afición había alquilado un piano; pero en una de las visitas que hizo a Tuxpan don Pablo Satriani, agente de la casa Pardo, de Veracruz, mi padre le compró un piano alemán Zeitter & Winkelman. Era un piano de color caoba, de bellas molduras, que llevaba en la tapa, en medio de un arabesco, con letra inglesa, su nombre. Cuando lo desempacaron yo estuve atento a la maniobra y participé de la sorpresa. Lo colocaron en una esquina de la sala. El efecto fue magnífico.

Aquella noche, después de la cena, mi madre ejecutó algunas de sus piezas predilectas, y yo, en vez de retozar en el portal, me senté en el estrado con mi padre, una de mis tías y nuestra vecina Ángela, encantado de oírla y como si nos alcanzara un soplo de su regocijo.

Era mi madre muy hacendosa. Se levantaba en la mañana temprano para despachar la leche que llevaban del rancho. Cuando ésta era abundante y sobraba de los pedidos alguna cantidad, la convertía en sabrosos quesos, que amoldaba en unos arillos de madera. Aunque teníamos una cocinera excelente, le agradaba preparar ciertos platillos y las más sabrosas reposterías. Cuando hacía dulces yo reclamaba invariablemente el remanente de la paila. Era mi privilegio.

Mi madre tenía también habilidad para cortar y coser ropa de hombre, inclusive. Ella hacía mis trajes de muchacho. “Por lo que puedas crecer –me decía–, te lo voy a hacer más grande”. Yo protestaba, pensando que no crecería lo suficiente para llegar un día a la medida, pero la verdad es que pronto la alcanzaba y hasta sobrepasaba.

Cuando entraba en la recámara de mamá, algunas veces la encontraba sentada frente a su ropero, ocupada en ordenar sus cosas. Mis impresiones se concentraban en las numerosas cajas, de formas y tamaños diferentes, que iba acomodando con sumo cuidado, ayudada por una de mis hermanas. Pero entre todas las cajas había una que atraía poderosamente mi atención. Era una caja de terciopelo color *bordeaux*, con aplicaciones de metal, que tenía varios compartimentos y su llavecita atada con una cinta. Siempre que recuerdo a mi madre en la tarea de arreglar el ropero, veo que la saca de su rincón, junto con una cesta de vainilla y otras cosas fascinantes. Esta caja, vista tantas veces en manos de mi madre, me evoca los años de mi infancia, las horas sensibles de nuestra vida familiar, incluso acontecimientos esenciales, y quizá por eso mismo, parecíame como algo misterioso, cuya radiación poética me dejaba el influjo de una magia singular.

En ocasiones la acompañaba mi padre a sus compras; en otras, yo, cosa que no me producía ninguna diversión, pues tenía que andar a su lado, bien portado y sin poder hacer alto para jugar o meterme en cualquier parte.

El centro comercial era el mercado, que se encontraba donde hoy es el Ayuntamiento. Las tiendas se hallaban en la calle principal. Entre el hotel Colón y el parque Reforma había varias tiendas de géneros, mercería y sedería, zapaterías, ferreterías, etc. Una de estas tiendas se llamaba La Fama. El principal dependiente era un pariente nuestro llamado Serrallonga.

Entonces se acostumbraba poner una silla a la dama. Mi mamá se sentaba frente al mostrador y comenzaba a examinar las telas. Yo escuchaba, aburrido, la conversación. Atisbaba en los cajones de cintas de colores y de

artículos de hombre, pero inmediatamente que podía, mientras mi madre se entretenía en comparar y combinar colores o ver el efecto que producía en el vestido tal o cual encaje, me escapaba a una juguetería que ocupaba un pequeño recinto, apretujado de velocípedos, rifles de tapón, pelotas, patines, trompos, armónicas, violines, trompetas, tambores y toda clase de instrumentos de bulla y rataplán. Después de una rápida ojeada, volvía a la tienda, donde el precio era todavía motivo de un debate. Cuando se ponían de acuerdo, el dependiente cortaba el metraje y yo salía cargando el paquete.

Había en la calle principal otra tienda de géneros en la que también solía comprar mi mamá. Una vez me mandó a reclamar, porque al verificar la medida faltaba un pedazo. El propietario tuvo el atrevimiento de decirme que seguramente mi mamá medía con un palo de escoba, recado que reporté con calor y la disgustó. Esa tienda ardió una noche y se estuvo consumiendo dos o tres días. Apenas si la cooperación de los vecinos pudo impedir que el fuego se propagara a la farmacia El Fénix. La tienda se pasó después a los bajos del hotel Bazar, que también se quemó. Decía la gente que era castigo de Dios por no sé qué sórdidas acciones del dueño.

Le gustaban mucho a mi madre las plantas, y ella misma sembraba y cuidaba sus flores y arbustos. En el patio no faltaban frutales cuidados por ella; entre éstos, una higuera, que yo relacionaba, seguramente por una lectura que se confundía en mi memoria, con la higuera de San Felipe de Jesús, pues iba a darle de vez en cuando algunos azotes para que reverdeciera. No sé si reverdeció o si volvió mi madre a plantar otra, porque todavía en mi mocedad había una frondosa higuera en mitad del patio.

Durante los primeros años de la infancia, mi madre se encargaba de nuestra educación. Su vigilancia incluía también la instrucción religiosa. Nos enseñaba las oraciones haciéndonoslas repetir de memoria, lo que resultaba más una cuestión de letra que de vida interior.

Por la noche, mi mamá nos hacía rezar en voz alta siempre a la misma hora, siempre las mismas plegarias, en un tono igual. Era un lenguaje sencillo y misterioso: “Santificado sea el tu nombre...”. “El pan nuestro de cada día, dánosle hoy... Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores...”. Cuando, al final, se interpolaba un pasaje, que posiblemente era una costumbre local: “Bendice mi cama, Señora, que ya me voy a acostar...”, mi hermana Adela lo alteraba diciendo: “...que no me voy

a acostar”. Y por más que mi madre insistía en que debía decirlo así, porque así era el rezo, aunque no se iría a acostar, la chiquilla replicaba lo mismo, y el pasaje resultaba más cansado que el cuento del *Gallo pelón*. Yo tenía, en cambio, mis reservas, bien que no las manifestaba, sobre los achaques de la culpa, “por mi culpa, por mi grandísima culpa”. ¿Qué culpa?, pensaba. Yo no tengo ninguna culpa. En todo caso, la culpa sería de los judíos que iban detrás de Cristo azotándolo con unas cuerdas.

Las historias bíblicas nos fueron también reveladas por mi madre. Me lanzaba entonces a países raros y poéticos: Palestina, Egipto, Arabia. La historia de Jacob era terriblemente triste, pero al fin triunfaba ante Dios. Un verdadero tonto era aquel que se arruina cambiando su herencia por un plato de lentejas; la historia de Jonás y la ballena no me la podía tragar. La que me parecía magnífica era la parábola del hijo pródigo, que se fuga de su casa, y cuando vuelve, lo perdonan y, además, le dan la hacienda. ¡Quién pudiera andar, como el hijo pródigo, visitando ciudades y países! ¡Qué maravillosa debía de ser Babilonia! (No estaba seguro si era Babilonia o Barcelona.) Pero seguramente que en aquellos viajes todo era alegre sensación y fiestas.

La historia del Diluvio me preocupaba y me hundía en serias cavilaciones. Si llegara a repetirse, pensaba viendo caer las sonoras lluvias tropicales, yo sería el primero en salvarme, utilizando uno de los chalanes de mi padrino (que era lo que encontraba más parecido al Arca); metería a mi familia, con bastante latería de ultramarinos y galletas marineras, y al perro, el loro, el gato, el borrego y algunas aves de corral. Ni que pensar en animales grandes, pues mi imaginación no trataba de imitar a Noé, sino justificar la lógica de la realidad, de manera que cuando las aguas del río subieran, yo estaría a salvo con los míos, y allí me quedaría, tranquilo, aunque un poco aburrido, esperando la aparición de la paloma y el dichoso arco iris de brillantes colores.

Teníamos que asistir a misa los domingos en compañía de mamá, misa que yo escuchaba de manera distraída. A veces, sin embargo, la predicación despertaba mi interés y me representaba vivamente algunos pasajes de la historia santa. En las funciones cuaresmales, y particularmente en la Semana Mayor, la pasión y muerte de Cristo. Yo pensaba entonces en aquella dolorosa muerte y me imaginaba la angustia del suplicio, cuando Cristo monta el Calvario y los sayones lo flagelaban y luego lo clavan en la cruz. El padre Alejandrino dramatizaba en el púlpito.

En el mes de mayo mis hermanas iban a ofrendar flores a la Virgen, acompañadas de mi tía Lupe o de mi tía Luisa Arce, que por algún tiempo vivieron con nosotros. Yo lograba, sin embargo, apenas entrado en la iglesia, donde nos recibía una bocanada de perfume de azucena y nardos mezclado al incienso, evadirme con cualquier pretexto y me marchaba con otros muchachos a mis juegos y correrías por la orilla del río para ver qué descubríamos allí.

Según lo convenido entre mis padres, mi mamá sólo intervendría en mi educación hasta los doce años. Después, ésta correría a cargo de mi padre. Así fue en efecto, con lo cual cesó el influjo religioso sobre mi espíritu, aunque mi madre, con suavidad, me pedía que la acompañara, y por afecto lo hacía yo algunas veces, aunque no con mucha constancia. Mi padre, ya lo he dicho, era liberal y masón.

Mi madre era muy cariñosa; quería tanto a sus hermanos, que la muerte de mi tío Matías fue para ella un trance dolorosísimo. Mientras yo estaba en la escuela había llegado el mensaje de Papantla anunciándole el fallecimiento. Una de las sirvientas fue a buscarme para ponerme al corriente de lo ocurrido. Cuando llegué, encontré a mi madre en el comedor bañada en lágrimas, rodeada de las chicas. Yo la abracé también con lágrimas en los ojos, hondamente conmovido, no sé si por la pérdida de mi tío o por ver el dolor que la desgarraba.

En cambio, cuando murió mi tío Ramón no lo lloré. Estuve jugando en el patio y alguien me reprochó mi insensibilidad. ¿Por qué manifesté tanto dolor cuando murió mi tío Matías y me comporté tan indiferentemente en la muerte de mi otro tío? Lo cierto es que durante los preparativos del entierro de mi tío Ramón, yo hacía rebotar una pelota en el patio, mientras mi joven tío yacía en su aposento rodeado de la liturgia de la muerte.

Cuando sacaron el cadáver y se alejó el cortejo, yo me quedé en el pasaje de servicio y me asomé a la ventana. En el interior vi a mi madre sentada en una actitud de profundo desaliento, agitada por las convulsiones del llanto, frente a una imagen de bulto de Santa Rita que había en un rincón. Sin embargo, no entré a consolarla; aunque tuve un momento el impulso, preferí dejarla sola con su dolor. Me sentí un poco triste, pero mi alma se resistía al sufrimiento, y el brillo de la tarde, el aspecto alegre del patio y la dulce irradiación del calor bajo la sombra violácea de los caimitos me causaba una sensación reconfortante, que proscibía de mí toda idea funeral.

Empecé a saber algo más acerca de mi familia. Los tatarabuelos se llamaban José Vidal, español, de no recuerdo qué pueblo, y Rosalía Herrera, mestiza, de ojos verdes. Se casaron jóvenes y tuvieron larga familia que les llegó alternativamente: hombres y mujeres, a los que, por parejas, ponían los nombres de José y Josefa, Juan y Juana, etc., hasta completar veinticuatro. Cada mujer se hacía cargo de atender a su hermano. La historia que se cuenta de padres a hijos es la siguiente: cuando la guerra contra los franceses y austriacos, tenían miedo por las hijas, que eran guapas. Entonces les ordenaron que se escondieran y sólo a doña Rosalía se la veía en sus labores. Un día, un oficial austriaco se presentó a don José diciéndole que estaba enamorado de una de sus hijas y la pedía en matrimonio. El padre pensó: “¿Cómo las habrá visto, si he ordenado que se mantengan en secreto? En fin, son jóvenes”, y mandó que desfilaran frente a ellos para saber quién era la preferida. Después que pasaron todas y saludaron, dijo el oficial:

—Todas son muy hermosas, pero no está entre ellas la que yo prefiero.

—Pues han venido ya todas mis hijas.

—Pero ¿y aquella de gruesas trenzas y ojos verdes que llega? Es la que prefiero y le pido a usted su mano.

—Imposible, caballero.

—¿Acaso está prometida?

—No, señor; ella es mi esposa y madre de todos mis hijos.

Al oír esto, el oficial se deshizo en excusas y se retiró. De aquí vino el dicho papanteco: “Sí, pero la madre era mejor”.

Juana era mamá de mamá Juanita, que se casó con Miguel Arce y tuvieron a Carlota, Concha, Juana, Miguel y mi abuela Carmen.

No la conocí. Un retrato que mi mamá tenía siempre en la recámara la representaba en busto, con un rostro simpático y ojos claros. Mi madre conservó piadosamente aquel retrato en un marco plateado y aún está en la vieja casa de Tuxpan, bajo la custodia de mi hermana Adela. Mirando aquel retrato, muchas veces soñé en la ternura de aquella alma, en su carácter y en la vida que se llevaba en el caserón de Papantla, impregnado de hondos perfumes de vainilla.

Mi padre era originario del Puerto de Veracruz, donde había nacido el 9 de enero de 1870, de familia pobre (mi abuelo murió dejándolo muy pequeño), y por haberse distinguido en el Instituto Veracruzano lo pensiónó el Ayuntamiento para que continuara sus estudios profesionales en la capital. Así, pudo hacer la carrera de abogado. En el curso de sus estudios trabó conocimiento con los hermanos Cravioto, hijos del gobernador del estado de Hidalgo, amistad que sería más tarde de significación en mi vida, como contaré más adelante.

En 1896 se recibió mi padre de abogado, y se le envió a Papantla como agente del Ministerio Público. Allí conoció a mi mamá.

Cuando mi padre la cortejaba en las serenatas del parque los domingos o bajo las altas rejas de la casa de mi abuela, la nana Chepa, una anciana aficionada a cuentos e historias, que había cuidado de toda la prole, y cuyo recuerdo me ha llegado por tradición familiar, le decía a mi mamá: “Belita, se me figura que tú te vas a *enmaplar*”. Y, efectivamente, la niña se *enmapló*. Se casaron el 17 de julio de 1899, en el cumpleaños de ella.

Intrigas políticas hicieron que mi padre fuera cambiado de Papantla a Tantoyuca, pero consiguió pronto que lo trasladaran con el carácter de juez de Primera Instancia a Tuxpan donde contrajo amistades que le hicieron grata la permanencia en ese lugar.

Mientras tanto, yo había nacido en Papantla el 1 de mayo de 1900. Mi madre, por esta circunstancia, no había podido acompañarlo, y cuarenta días después de mi nacimiento salí de mi tierra natal. Hay una carta que mi madre conservó celosamente en secreto y que mi hermana Adela encontró al revisar la caja en que guardaba sus cosas más queridas e íntimas, en la que mi padre le impartía recomendaciones acerca de aquel viaje, que hizo acompañada por uno de sus hermanos, mi tío Manuel, y el fiel mozo Fermín, que fue el que me cargó durante el trayecto en un cesto de mimbre hecho ex profeso para el recorrido del itinerario huasteco.

Tengo claros recuerdos de la condición tranquila de mi padre. No le gustaba castigar. Tenía un carácter suave y se hacía obedecer tan sólo por la persuasión. Cuando alguno lloraba, le enseñaba algo codiciable, le ofrecía una golosina o lo distraía por cualquier otro medio.

Una vez que hice un berrinche por no recuerdo qué causa, y me tiré al suelo, mi padre llamó a los que por allí pasaban, diciendo: “Vengan a ver a Orlando el *furioso*”. Al verme rodeado de gente no sé qué me imaginé, y más

al oírme llamar de aquella manera. Lo cierto fue que se me desvaneció la bravata como por ensalmo, y entre lloroso y risueño miré a mi padre, quien me levantó y compuso, comenzando luego a contarme la peregrina historia. Así fue como me vino el mote de Orlando el *furioso*, sin haber salvado a ninguna Angélica ni cruzado palabra con envalentonado dragón.

A cada uno de nosotros le decía que era su consentido. Cuando se acercaba la hora de su regreso, todos estábamos pendientes del reloj, y vigilando el minuterero salíamos a la calle. De lejos lo avistábamos. Venía con paso firme, vestido con traje de alpaca de color crema o de dril claro, revoleando el bastón, de vez en cuando, acompasadamente. Corríamos a su encuentro, yo el primero, y le preguntábamos la hora. Del bolsillo del chaleco sacaba su reloj, sujeto con una leontina. Era un bello objeto de plata que excitaba mi curiosidad; tenía grabado en una de las tapas un paisaje en que apuntaba la torre de una iglesia, y una guirnalda de rosas en la otra. Vigilar la llegada de papá era una ocupación fervorosa de todos los días y, como siempre, me arreglaba para ver el codiciado objeto.

A mi padre nunca le gustó la política, y sólo por reiteradas instancias de sus amigos aceptó en una ocasión el cargo de síndico del Ayuntamiento de Tuxpan, cargo que sirvió sin estipendio alguno, y luego, durante las elecciones del señor Madero, el de elector, pues el sufragio era todavía indirecto. Olvidaba además su adhesión a la candidatura de don Antonio Pérez Rivera para gobernador del Estado, por la que mostró gran simpatía y llevó a cabo activa labor de proselitismo.

Tuvo mi padre su despacho, primero, en la calle de Morelos, a espaldas de La Mexicana, con la que comunicaba por el patio. El escribiente se apellidaba Andonaegui. Era alto, muy flaco, encorvado de hombros y excelente calígrafo. Murió tísico. Después se trasladó el bufete a la calle de Genaro Rodríguez, donde estaba también la escuela Lerdo. Constaba de dos piezas: una muy amplia, donde estaba la mesa de don Mateo Loyda, el escribiente, otra más pequeña al fondo, donde recibía mi padre.

Don Mateo era hombre serio y cumplido, moreno, carirredondo, completamente afeitado; vestía de pantalón blanco y saco azul marino. Tenía, sin embargo, un gravísimo defecto. Cuando bebía una copa no sabía contenerse y desaparecía ocho o quince días. Una vez que yo iba por la calle con mi padre, nos lo encontramos sucio, desgarrado y en mangas de camisa. Mi padre, que apreciaba mucho su trabajo y le tenía estimación, se le acercó y le

sugirió que dejara de tomar y se fuera a su casa, a lo que don Mateo respondió con maliciosa sonrisa: “Señor licenciado, yo ya soy mayorcito”. Conservé el recuerdo de la escena y la moraleja de que no hay que aleccionar a los mayores. No sé cómo terminó sus días don Mateo Loyda. Lo más seguro es que cada día se hundiera más en su incorregible dipsomanía.

Mi padre era particularmente un entusiasta de Juárez y me habló muchas veces de él hasta hacerme participar de su admiración al benemérito y de sus antipatías a los detractores del héroe. En víspera de uno de los aniversarios juaristas escribió dos sonetos: “El verdadero Juárez” y “El falso Bulnes”, en que contraponía el retrato moral del patricio al del panfletista, y en el rigor de la defensa y el ataque empleó exactamente las mismas palabras y rimas.

A la hora de la comida o de la cena, mi padre nos echaba toritos, es decir, nos hacía preguntas sobre cualquier asignatura, pero especialmente de historia y geografía. Se hacían también adivinanzas y logogrifos, charadas y anagramas. El anagrama de mi padre era Samuel P. Lemán; con él firmó poemas que aparecieron publicados en periódicos de Veracruz y de La Habana.

Tenía mi padre el arte de divertirnos, sin que jamás se le agotaran los recursos. Uno de los juegos consistía en la adivinación del pensamiento, el que se efectuaba gracias a la ingenuidad del público. Mi padre simulaba hipnotizarme dándome una serie de pases magnéticos, y cuando los espectadores suponían que ya estaba dormido, me interrogaba utilizando una clave que me sabía de memoria. De esta manera, siempre daba una respuesta justa y provocábamos la admiración del auditorio.

No obstante que con mi padre intervenía en estas diversiones, mi vida se alejaba de la vida en común, aun de la vida familiar. Con mis hermanas había jugado poco, contrariamente a mi padre, que era de un genio alegre, las tenía siempre cerca de sí, las divertía y hacía bailar en la sala después de retirar los muebles para dar espacio a la diversión. Yo procuraba alejarme de este alborozo y tomaba una actitud de mayor gravedad. Esta costumbre perduró en mi casa hasta que fuimos mayores. Mi padre siempre tomaba

participación en los juegos y bailes de mis hermanas más que mi madre, que las reunía para inducir las a quehaceres domésticos, por más que solía animar las tertulias tocando el piano. Las tres chicas estudiaban música, disciplina a la que tampoco pude escapar, a pesar de mi negación musical. La mejor dotada era Amalia, que llegó a hacerlo con cierta brillantez. Adela, la compañera inseparable de mi madre, siempre más retraída, terminó por aficionarse a la lectura. Matilde, que de pequeña no hacía más que travesuras, más adelante mostró predilección por las artes y las tretas de la costura, pues improvisaba cualquier modelo sin apelar a moldes de papel.

Siendo yo muy chico jugué con mis hermanas a todos los juegos comunes entre los niños de aquel tiempo. Avisto desde la escalerilla del zaguán el corro que canta: “A la víbora, víbora de la mar, de la mar, por aquí no ha de pasar; la de adelante corre mucho, la de atrás se quedará”; o el recitado del milano, que por lo visto era un buen pícaro, pues nunca estaba en su casa, sino en el vergel, comiendo toronjil. Creo que la palabra “vergel” es mi intuición poética más lejana, pues me representaba un lugar delicioso con flores, fresco y verde, por el que se derramaba la luz de la tarde.

El mundo de los escarabajos, lagartijas y otros bichos nos atraía singularmente. Cuando se rompía una pieza de la vajilla azul y dorada, cuyos fragmentos eran moneda en el juego de la tiendecita, no podíamos ocultar nuestra alegría. Teníamos un perrillo muy listo, de color castaño, llamado Cual, con lo cual embrollábamos a quienes preguntaban su nombre. Le enseñamos ciertas habilidades, y cuando íbamos a la orilla del río lanzábamos a la corriente un pedazo de madera que traía diligentemente. Un día lo envenenaron. Lo encontramos en un carril cerca de la casa. Nos causó gran tristeza verlo tumefacto y rígido. No quisimos que se lo llevara la carreta de la basura, sino que le cavamos una tumba en el patio, al pie del cerro.

Matilde era vivaracha y peleonera. Un día que fue a una fiesta infantil, le cayó mal una chiquilla de traza poco limpia, pero emperifollada con un vistoso listón en el pelo. Matilde, que tenía entonces tres o cuatro años, se le fue encima y, arrancándole el lazo, le dijo: “¡Moño con piojos no sirve!”. Mi hermana Adela se contrarió mucho y, agarrándola por la mano, se la trajo a remolque para quejarse con mamá.

Recuerdo que Adela era muy caprichosa, acaso por su misma delicada salud. Sufría largas temporadas de calentura y bascas que no se le calmaban con nada. Su ansiedad por los dulces me hace pensar hoy que padecía acetosis,

enfermedad desconocida en aquella época. Una vez se negó a ejecutar algo que mi mamá le mandaba. Mientras más insistía mi madre ella más se resistía, hasta que exclamó: “¡Prefiero que me lleve el diablo antes que hacerlo!”. Después de pronunciar estas palabras se quedó como azorada. Mi mamá se disgustó mucho y la mandó a casa de una vecina para que, a fuerza de jaculatorias, avemarías y rezos, le sacaran la ponzoña de aquel diabólico retobo.

Amalia, la de en medio, era muy graciosa. El brillo de sus grandes ojos y sus negros rizos embellecían su cara morena. Una vez que caí en cama, a pesar de la prohibición de mi madre para que fueran a los aposentos que daban hacia el pasillo, Amalia fue a asomarse, y desde la puerta se reía de verme encamado y bailaba gentilmente, canturreando: “Sarampioncito, sarampioncito”. No tardó, por supuesto, en pescar el sarampión y sufrir los mismos días de cama y reclusión.

En las noches de invierno transformábamos un rincón de la recámara grande en “casa de campo”, acotando el recinto con sillas y cobertores, para hacernos la ilusión de estar más en seguridad contra el rigor de la naturaleza, que afuera sonaba y fulguraba extrañamente en el viento, la lluvia, el cielo afoscado, surcado de relámpagos, y el mar sañudo, que levantaba espumosas montañas.

Cuando mi mamá tenía algunos ratos libres, jugaba con nosotros a la baraja y nos entretenía, sentados en torno suyo, con algún asombroso truco, aunque yo prefería acomodarme aparte en una mesilla baja con un estereoscopio ante una colección de vistas de ciudades parecidas a las que mostraban en el panorama de las ferias.

Veo todo claramente. Siento las horas de mi niñez. Mis padres, que hablan y a veces dicen palabras en una jerigonza en la que interpolaban las sílabas águara, éguere, óguoro, o zapa, tepe, topo, para despistarnos, pero cuyo secreto no tardé en penetrar. Mi tía Lupe, que anda por la casa o se abanica con un abanillo de palma en el portal, mientras yo enseño a una de mis hermanas la nube que es un león, un camello que marcha hacia el desierto, cúmulos, cirros, rebaños de alabastro. “¡Pero qué exacto! ¿No la ves? ¡Ahora se volvió un venado!”. Hasta que se desvanecían en el azul y desaparecían los espectros ilusorios.

Yo sentía inconscientemente la dicha de formar parte de aquel núcleo fraternal, pero la diferencia de edad y de sexo pronto nos alejó, a la vez que nuestras aficiones tomaban también rumbo diferente.

A la caída del sol, en los largos días de verano o en las noches de luna, más como paseo que por deporte, nos íbamos a sentar mi padre y yo a la orilla del río con nuestros aparejos de pesca. La frescura hacía gratas las horas de ocio y, sin observar el silencio riguroso de los pescadores, nos entreteníamos en conversar con algún amigo. Así, la pesca era frecuentemente estéril o se reducía a una gurrubata o lebrancha. Pero mi padre compensaba nuestra despreocupación comprando algún robalo, y de esta manera llegábamos a casa proclamando el éxito de nuestra excursión, que mi ruidosa complicidad comprometía.

Después de cenar, mi padre iba un rato al casino, frente al parque, donde jugaba al billar o al tute, o a la farmacia de don Norberto Garmendia. Al llegar saludaba invariablemente a su amigo Garmendia con la expresión: “¡Hola, bárbaro herbolario!”, que el otro tomaba con risa afectuosa. Sobre el recetario de la botica había dos grandes frascos compuestos de tres esferas superpuestas, rematadas por un perillón y llenas de líquido de color, que formaban nuestra bandera y que servían de insignia, pues la farmacia se llamaba La Mexicana. No faltaban tampoco grandes tarros con azúcar candí y pastillas de goma, que me gustaba saborear.

Los temas frecuentes en las conversaciones de aquel cenáculo eran la apertura de la barra y la construcción del ferrocarril.

Bajo el azul claro de la lámpara de acetileno de la farmacia, que lanzaba sus haces de luz a la calle, se instalaba el cónclave, en el que destacaba la risa jovial de Garmendia y la voz del viejo Portas, que de cuando en cuando se mesaba las barbas bermejas e, incorporándose en la silla en que estaba reclinado, manifestaba su optimismo: “Señores –decía en el colmo del entusiasmo–, yo veo cinco, cinco ferrocarriles”. Y con la mano abierta indicaba las imaginarias vías por donde llegarían los trenes del progreso.

Yo tenía la costumbre de ayudar a mi papá a contar el dinero, antes de que lo guardara en la caja fuerte. En cierta ocasión me preguntó: “¿Te gusta el dinero?”. Tal vez quería sondear mi carácter, pero el espíritu de un niño es muy sensible y yo me sentí lastimado. Pensé que me juzgaba interesado, cuando mi acomodamiento era en realidad una manifestación de ternura. No contesté, me hice el disimulado. Recuerdo muy bien la escena y tengo

la seguridad de que no volví a ayudar a papá en la tarea del recuento. Sin embargo, no dejé de buscar su compañía en otras actividades, como cuando, por ejemplo, se ponía a encuadernar los papeles de música de mamá o a copiar la correspondencia, que entonces se hacía por medio de una prensa en un libro foliado, y, además, solía acompañarlo al rancho los miércoles por la tarde, en que no había clase.

En los días de norte, mi padre se paseaba por la casa con las manos enfundadas en un horrible abrigo de color tabaco. Lo prefería a otro gris, flamante y de buen corte. “Cuando vayas a estudiar a México te lo daré”, me decía. Promesa que no me hacía ninguna gracia, pues el dichoso abrigo era tieso, áspero y desagradable al tacto como el dorso de una vaqueta. Felizmente, le gustaba tanto su abrigo que nunca quiso separarse de él.

Entre los recuerdos de mi padre, conservo con vivos colores el que se refiere a los juegos florales y a la noche de la fiesta. Tuvo lugar ésta en la Lonja, que ocupaba entonces la Casa del Ídolo. Yo tenía nueve o diez años. El mantenedor de los Juegos Florales fue el licenciado Lizardi, juez de Primera Instancia, que después fue director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia. En su discurso hablaba de “unos caballos canelos que corrían por las praderas...”.

Mi imaginación se desconcertó; el color atribuido a los caballos no coincidía con el de los rancheros, que eran retintos, bayos, tordillos, alazanes, etc.; pero al fin conseguí visualizar caballos de este color poético. Me veo sentado en las primeras filas del salón escuchando, embelesado, a mi padre, que declamaba el poema premiado con la Flor Natural. Pintaba un certamen ideal en un areópago ante el que desfilaban sabios, poetas, prelados, héroes y, al final, un sencillo obrero al que premia el areópago por sus servicios a la humanidad:

Y entonces el areópago, risueño,
dijo al humilde obrero de mi ensueño:
¡Sea tuyo el galardón, sea tuyo el mundo...!

En medio de los aplausos, mi padre se arrodilló ante una hermosa muchacha erigida en reina y recibió de sus manos una corona de laurel y una flor, que mi madre guardó devotamente en una de las muchas cajitas en que depositaba las prendas que su cariño quería salvar del riesgo consuetudinario del tiempo.

También mi memoria ha rescatado alguna otra de las actuaciones públicas de mi padre.

Era número obligado en las fiestas patrias: cinco de mayo, dieciocho de julio y quince o dieciséis de septiembre. Una de esas noches subió mi padre a la tribuna. Antes de que comenzara a hablar cesó todo ruido y cuchicheo; un hondísimo silencio henchía el ámbito del parque. Irguí su figura y comenzó con buena voz y tranquilo ademán, contenido por la emoción:

Aquí, junto al mar sonoro,
a la orilla de este río...

y claramente pronunciaba las estrofas, que el pueblo, enternecido y feliz, escuchaba con suspensión de ánimo y aplaudía frenéticamente.

El poeta interpretaba el sentir popular y decía al pueblo lo que éste no acertaba a pintarse en las medidas sonoras del verso. Poeta y pueblo se integraban en un mismo espíritu. Al final, una cerrada ovación, exclamaciones y bravos lo acompañaron al bajar de la tribuna.

Un borrachín ilustrado, Manuel Flores, gritó estentóreamente: “¡Viva el Mirabeau veracruzano!”, y la banda de Chimiano Carballo repitió las “dianas”, según tradición, en premio al poeta que sabía enlazar las glorias de la patria con su paisaje, con su río.

Mi imaginación iba de un lado para otro: veía a mi padre guardándose los papeles, a los amigos que lo abrazaban, a los músicos que participaban en su homenaje y a la multitud que, apiñada en el templete, lo aplaudía espontáneamente. La brisa fresca del río oreaba la noche de septiembre, y las campanas y los cohetes, que se sucedían y resonaban por todas partes, prolongaban mi agitación. ¡Cuánto amaba aquellas noches de grandes emociones en que los triunfos de mi padre me llenaban de satisfacción y la vida se me representaba con suave encanto!

Entre los libros de mi padre figuraban novelas y obras teatrales de autores españoles: Pedro Antonio de Alarcón, Pérez Galdós, la condesa de Pardo Bazán y don Juan Valera, por quienes sentía gran admiración; lo mismo que los dramas y comedias de don Juan Ruiz de Alarcón, Hartzzenbusch y Bretón de los Herreros. Le gustaban los románticos, pero admiraba, no obstante, a algunos escritores clásicos y barrocos: Cervantes, Quevedo, Sor Juana y Calderón de la Barca, especialmente este último.

Le encantaba *El alcalde de Zalamea*, pero sobre todo *La vida es sueño*, cuya hondura filosófica quería que yo entendiera. Se sabía de memoria pasajes enteros, que, a fuerza de oír, yo terminé por aprenderme:

Ay misero de mí, y ay infelice...

y la respuesta de Rosaura a la lamentación de Segismundo:

Cuentan de un sabio que un día...

Muchas cosas de aquel tiempo he olvidado, pero no la lectura de *Tabaré*, de Zorrilla de San Martín, cuya sonoridad atraía a mi padre. En el comedor abierto, desde donde se miraba el cielo apiñado de estrellas, me leyó el poema íntegro, con una voz que sabía evocar admirablemente las visiones legendarias y los estremecimientos misteriosos de la naturaleza.

Juntaba mi padre sus poemas en un legajo cuyo título rezaba: Odios y simpatías. Había allí quintillas, octavas reales y décimas leídas en celebraciones patrióticas, como el cinco de mayo o el dieciséis de septiembre; versos de ocasión escritos para fiestas y epitalamios, romances escolares, etcétera.

La cultura literaria de mi padre reflejaba el gusto de los románticos españoles y latinoamericanos: Zorrilla, Espronceda, el Gutiérrez Nájera de “La serenata de Schubert”.

En una ocasión, sin embargo, imitó a Quintana. Prefería la primera época de Díaz Mirón que la de *Lascas*, que tildaba de rebuscada y gongorina. Una noche nos recitó, después de la cena, a Trejos (a quien recogió en su orfandad como hijo de casa) y a mí, un poemita titulado “El desertor”, de Díaz Mirón, cuya historia trágica me conmovió mucho por el contraste entre la injusticia cruel y la indiferencia de la naturaleza.

Conservó sus aficiones y gustos de estudiante por la poesía narrativa, sentimental y fatalmente rezagada. Viviendo en aquel rincón tan aislado del mundo en aquella época, sin estímulos, no había podido evolucionar ni refinar su gusto. La lucha por la vida y su ahínco para mantener y darle bienestar a su mujer y a sus hijos le absorbía en sus menesteres profesionales, por lo que no alcanzó una concepción depurada y moderna de la poesía. Recuerdo bien que no aceptó a Darío ni a Lugones ni a ninguno de los

modernistas. De Nervo, sólo le gustaba “Vieja llave” y algún otro poema poco representativo.

Nuestros gustos literarios eran, pues, muy diferentes. Él prefería los versos claros, medidos, sonoros. A mí, por el contrario, me gustaba la poesía de espíritu moderno. Pero, a pesar de nuestras diferencias de gustos y nuestra opuesta actitud ante la poesía, nuestras discusiones no nos amargaban el placer de estar juntos.

Todavía hoy, al evocar aquellas veladas, un reflejo de confortamiento entra en mi espíritu.

Sobre mi escritorio hay un portarretratos plegadizo, en forma apaisada, en que aparecen los seres más cercanos de mi vida. Veo este retrato de cuando en cuando en mi estudio. En los extremos están mi madre y mis hermanas, y en los paneles del centro, de un lado, figuran mi mujer y mis hijos; en el otro, mi padre, con el cabello y el bigote grises, café los ojos, negras las cejas. La vista, reposada y dirigida hacia donde yo me siento. Es la imagen de un hombre que ya no existe y, sin embargo, siento que mis relaciones con él no han terminado: siguen siendo reales y alcanzan a las regiones insondables.

IX. Regreso a Papantla

Al considerar mi vida en los años de la niñez tengo la sensación del aislamiento en que se hallaban las cabeceras cantonales, pues aunque había la comunicación marítima, los barcos llegaban de tarde en tarde, las carreteras no existían ni en proyecto y el ferrocarril era sólo un sueño que aparecía en la conversación de algunos viejos que hablaban de él como de algo vago que aún tardaría mucho en realizarse.

El emprender un viaje en estas circunstancias exigía mucha reflexión, largos preparativos y ánimo resuelto o urgente necesidad. Tuxpan y Papantla se comunicaban por un camino real poco transitado. El recorrido de veinticuatro leguas había que hacerlo a caballo, de manera que los viajes por placer no eran frecuentes. No obstante que la familia de mi madre residía en Papantla, en cerca de diez años sólo raras veces habíamos recibido las visitas de algunos parientes, y yo, que había salido de esta ciudad a los cuarenta días de nacido, no había tenido ocasión de regresar. Varias veces traté de inducir a mi padre para que hiciéramos una excursión sentimental a la ciudad en que vi la luz, pero las dificultades de orden material constituían un problema y siempre terminábamos por aplazar el proyecto. Un día, sin embargo, llegó una nutrida caravana de parientes y amigos, lo que dio lugar a paseos campestres, excursiones a la playa, bailes y reuniones, que nos causaron verdadero regocijo y motivó además la promesa de mis padres de que no pasaría mucho tiempo sin corresponder a esta visita. Creo que influyó también en la decisión el afecto que mis padres tenían a mi tío Matías Collado, quien nos había venido a ver ya y reclamaba vehementemente nuestra visita a Papantla.

Como era natural, desde que comenzó a hablarse del viaje yo comencé, a mi vez, a pensar más intensamente en mi tierra natal, que sólo conocía por las tarjetas postales que de cuando en cuando nos mandaban de allá. Para

mí era motivo de diversión pasar revista a estas estampas que, junto con fotografías de tías y primas, se acumulaban gratamente. Principié a pensar más en cómo sería aquella población. Si serían simpáticos mis primos y hermosas mis primas. Me alegraba vivamente del viaje próximo y anticipaba con la imaginación los goces que se me iban a deparar.

Se tomaron disposiciones formales, haciendo, desde luego, el recuento de la comitiva y la distribución de las cabalgaduras y los otros animales de transporte. Con interés intervenía yo en asignar a cada cual el caballo que me parecía adecuado por sus condiciones; los mansos para las mujeres y los fogosos para los hombres. Yo me tenía apartada una yegua tordilla que conocía bien, y tomaba parte en toda clase de arreglos, oyendo y discutiendo con mi papá tanto lo concerniente al transporte cuanto a otras disposiciones de orden práctico

En fin, un día, muy de madrugada, atravesamos el río para tomar los caballos en Santiago de La Peña. Era una fresca mañana, la corriente del río se deslizaba silenciosamente y las últimas estrellas cintilaban en un cielo transparente. En el pueblo había una paz que vino a romper el bullicio de nuestra llegada. ¡Qué alegría emprender el viaje en aquella hora matinal! Pronto irrumpimos por el ancho camino, dejando atrás el caserío. Yo no podía aplacar mi emoción y me adelantaba, haciendo correr a mi cabalgadura aprovechando alguna sabana. Así caminamos hasta que el sol se sintió más ardoroso, imponiendo la conveniencia de detenernos en un rancho donde comimos a la sombra de unos mangos frondosos. Reposamos las horas caniculares, y cuando apenas comenzó a ceder el calor volvimos a emprender la marcha. A buena hora llegamos al Paso de Cazonas, donde habíamos determinado pernoctar. Paseamos los sudorosos caballos y yo fui a darme una zambullida al río, invitado por otros muchachos que por allí triscaban en plena libertad, mientras mi madre se ocupaba del acomodo en la rústica posada que se levantaba en la ribera.

Tan rústicas eran las habitaciones, que sólo ofrecían incómodas camas de otate, en las que, a pesar de su dureza, yo dormí profundamente, cansado por la agitación que había desplegado. Al día siguiente, bien temprano, después del desayuno, reanudamos la jornada. El paisaje no tardó en ser distinto; vimos al lado del camino grandes árboles, de cuyas altas ramazones pendía el heno o pastle, esa enmarañada parásita de que se revisten los nacimientos. El camino se fue haciendo más áspero y no tardamos en llegar a

unos cerros pedregosos de difícil acceso. El tramo, sin embargo, no fue muy largo y volvieron a aparecer los pastales y los espacios abiertos. Encontramos un caserío que me pareció muy bonito y cuyo nombre de Santa Águeda me sonó gracioso y debe de haber influido en estimular mis recuerdos, pues siempre lo veo en un suave altozano con su arroyo de aguas claras y sonantes sobre su lecho de guijarros.

Volvimos a cruzar vigorosas arboledas, y por la tarde, temprano, de pronto, percibimos un grato aroma de vainilla que la brisa nos traía como algo extraño y deleitable, y al poco caminar apareció Papantla a nuestra vista: blancas casas y rojos tejados que se escalonan por todas partes, dominados por la silueta de la parroquia, asentada en una plazoleta sobre la cual descuellos la airosa torre. Consideraba yo todas las cosas y me exaltaba el espectáculo de las calles esmeradamente empedradas, a cuyos lados se desplegaban los tendedores de vainilla, dejando sólo un pasaje en medio del arroyo para el paso de las cabalgaduras. Fuimos a apearnos en la casa de mi tía abuela y madrina, doña Concepción Arce, situada casi al costado de la parroquia. Esta fue la casa donde yo nací. Entonces aparecía con un alto pretil y tenía acceso por unos peldaños. En ella nos alojamos, pues en su casa estábamos a salvo de herir susceptibilidades entre los otros parientes que nos reclamaban como huéspedes. Todavía recuerdo la figura de mi vieja madrina, a la que veo con su peinado de trenzas, su rostro expresivo y enérgico, sus claros ojos y su diligente y activa marcha, dirigiendo y ordenando todo de manera minuciosa y eficaz. El estilo de gentes como ella va desapareciendo; sorprendía tanto el orden y la limpieza de su casa como su saber culinario. Sus guisos eran de exquisita sazón, y la variedad de sus dulces de una extraordinaria fertilidad inventiva.

De su inagotable repertorio aprendió mi madre los platillos y golosinas que tan dichoso me hicieron en la infancia.

Apenas bajé mis árganas y me acicalé apresuradamente, escapé a dar una vuelta por el atrio a inspeccionar someramente los alrededores de la casa que me parecían tan singulares, no obstante que, en realidad, nada tenían de extraño. El aspecto de la población me interesó por la irregularidad pintoresca de sus calles, a veces de pronunciado declive o cortadas por la configuración del terreno.

Las casas, debido a la desigualdad de los niveles, presentaban sorpresivamente, por un lado, una sola planta, y por el lado posterior, dos pisos y vista hacia patios y tendedores.

Me agradó el parque, cuidado con esmero, con sus portales y sus amplias y lujosas casas señoriales, por donde fui a pasear acompañado de uno de mis primos, que me hacía los honores de la ciudad. Yo extremaba mi atención encantado de encontrarme al fin en el solar de mis antepasados. Papantla era población entonces aún más aislada que Tuxpan, gracias a lo cual conservaba rigurosamente tradiciones, costumbres y formas de vivir.

Una de las primeras visitas fue a mi tío Matías Collado, que poseía una bella y amplísima casa, en la que había dependencias destinadas a despacho de importaciones y salas dedicadas al beneficio y depósito de la vainilla, que me entretuve en recorrer en compañía de mi primo y tocayo Manuel, quien me iba descubriendo los secretos de aquel caserón. En esta impresionante visita aprendí que la riqueza de la ciudad y de toda la región se debía principalmente a la vainilla, que desde tiempos inmemoriales se cultiva y es una de las fuentes económicas más seguras. Su calidad, su delicioso aroma y el primor con que se la beneficia constituye una producción esencial al destino de la región. Es todo un arte el proceso del beneficio, desde que se la corta del bejuco, que se extiende en las sombreadas plantas, hasta que alcanza ese negro azabache perlado de azúcar que se consigue después del constante tratamiento que semanas enteras requiere, y que luego, atada en compactos mazos, se envuelve en papel encerado y se conserva en tubos de hojalata o bien se trenza en graciosas figuras que imitan animales, flores y canastillos, para obsequios destinados a perfumar los armarios. La vainilla de menor calidad es reducida a picadura y se empaca también cuidadosamente. De allí salió hacia todo el mundo a pregonar la gloria de sus aromas, que la convirtieron en una necesidad humana. Imposible imaginar la repostería, los helados, el chocolate y otras delicias del paladar sin este regalo de la cultura totonaca.

Papantla constituyó un núcleo hispano vernacular en que se amalgamaron y armonizaron las energías vitales de españoles e indígenas. Generaciones de españoles vinieron a esta tierra y siguieron afluyendo durante el pasado y el presente siglo. Persistieron y prosperaron en su trabajo, al igual que núcleos de emigrantes italianos que se instalaron en la vecina villa de Gutiérrez Zamora, a donde acudieron ávidos de empresa. Las formas físicas y el espíritu indígena se han mantenido, sin embargo, en toda su fuerza misteriosa y su jerarquía autóctona.

Pero volviendo a mi visita, vi con agrado el orden y desahogo de aquella casa que respiraba prosperidad. Mi tío era un hombre de gran energía, muy

trabajador, y no obstante que era hombre de negocios, casi me atrevería a llamarlo idealista, porque se preocupaba por el bienestar y seguridad de sus trabajadores. Tuve oportunidad de ver por mis propios ojos, en su finca de Santa Clara, las bien construidas, aunque modestas viviendas destinadas a sus peones. Mi tía Carlota, su esposa, me encantó por su bella presencia y extraordinaria pulcritud; vestía siempre con trajes claros y de toda su persona emanaba un singular perfume. Hojeé en la sala de su casa un álbum con retratos familiares en el que figuraban algunos rostros de parientes, que sólo de nombre había conocido, y de amistades que oí nombrar muchas veces a mis padres. La comida se sirvió con puntualidad al mediodía y con formas esmeradas poco usuales en los pueblos. No dejé de observar que mi primo estaba vestido, dirigido y educado bajo la estricta vigilancia de mi tía, que, no habiendo tenido hijos, lo había adoptado y se había impuesto con él una misión educadora. Mi tío, en cambio, grueso y sanguíneo y de natural amable, no se fijaba en minucias y nos dejaba actuar con la más completa libertad. Una dolencia lo aquejaba siempre, la que años después iba a ocasionar su muerte: era hemofílico. Recuerdo que en esos días se hizo una leve cortada en la mano y esto dio origen a un trajín inquietante, con la insistente presencia del médico y preocupación de todos; este incidente, que como una penosa advertencia capté, me llenó de desconfianza sobre su destino.

Otras visitas a parientes ocuparon buena parte de mi tiempo. Estos eran tantos, que tenía que desplazarme de un lugar a otro llevando recados y presentándome como emisario portador de saludos y afectuosos testimonios. Una importante visita fue la que hice a la casa de otra de mis tías abuelas, Juana Arce de Peruyero, con cuyo hijo habría de conservar una firme amistad a través del tiempo. Todos aquellos fueron siempre muy afectuosos con mi madre. Cuando yo estaba platicando en el estrado, en el curso de esta visita, llegó de la calle una señorita muy hermosa, a quien se le dijo que yo era su pariente; ella entonces se acercó para saludarme, y aunque dudó un momento apreciando mi situación de niño un tanto crecido, interrogó a mi tía si podía besarme; pero antes de esperar la respuesta, y convencida de que no incurría en una indiscreción, me dio un sonoro e inolvidable beso en la mejilla.

En poco tiempo comencé a conocer a muchachos y muchachas de mi edad, casi todos parientes míos y con los que me mezclaba en alegres cama-

raderías y juegos, que a veces tenían particularidades diferentes a las que observamos en Tuxpan. Con mis hermosas primas pasé largas horas de plática y juego, que me encantaron y forman, en medio de la exaltación de aquel viaje, el motivo de mayor deleite, la visión más seductora. Los muchachos con quienes me mantuve más en contacto fueron Miguel Arce, Arturo Peruyero, José Vidal y Eustaquio Collado, buenos jinetes, de quienes me acompañaba en paseos y excursiones por los alrededores. Alguna vez llegamos hasta la hacienda de Agua Dulce, hermosa finca al estilo de las sólidas construcciones coloniales, con numerosas dependencias y patios donde se efectuaba el beneficio de la vainilla; recuerdo su portal, donde nos sentamos a tomar refrescos, y la visión del caserío; la rodeaban praderas y pastizales y había unos copudos árboles, que los muchachos aprovechaban para expansiones y recreos.

El Tajín significó para mí un elemento excitante. El solo nombre me producía una sensación misteriosa. Debe de haber sido de labios de mi madre de quien primero lo oí, pues en años muy remotos de mi infancia ella me había hablado de esa pirámide levantada por los totonacas en un lugar no muy lejano de Papantla. Había visto una desvanecida fotografía de la pirámide, algo derruida e invadida por la vegetación tropical. Mi madre me había hecho el relato, que a mí me estremecía, de los sacrificios humanos efectuados sobre una gran piedra que estuvo alguna vez sobre la cúspide y después cayó, y creo que ha desaparecido. En mi imaginación infantil estas historias extrañas producían una inquietante vibración; me imaginaba en aquel ámbito sagrado al sacerdote hundiendo su afilado cuchillo de pedernal en el pecho de la víctima propiciatoria, para arrancarle el corazón y ofrendarlo a los dioses. Ahora iba a ver de cerca aquella singularísima construcción que en un tiempo estuvo adornada con nichos que ostentaban ídolos de piedra. Iba a contemplar de cerca este monumento, que estuvo oculto a la mirada profanadora de curiosos hasta el siglo XVIII, en que fue descubierto.

El sitio es impresionante por la amplitud y los perfiles de las colinas, donde se supone que yacen estructuras sagradas.

La pirámide descubierta, conocida con el nombre de El Tajín, se yergue casi en el centro de la zona arqueológica y su estructura se vincula con la marcha del tiempo: es un monumento calendárico. Por su disposición se asemeja a algunas pirámides mayas; influencias de esta raza de artífices

aparecen claramente en algunas estelas reveladoras de una alta vida espiritual y artística. Pues si es cierto que era sangrienta su religión, no era por ferocidad, sino por un espejismo místico de aquella cultura. El sentimiento optimista de los totonacas, por otra parte, muéstrase como una expresión superadora del alma que dejó el encanto de una sonrisa en sus máscaras maravillosas.

Guardo de esta visita una hondísima impresión. La cruel visión sangrienta de los ritos desapareció para dar lugar a una fase más amable de admiración reflexiva ante la realización estética y la maestría técnica.

Los días de mi visita a Papantla transcurrieron en medio de una gran animación por la diversidad de platos personales y la variedad de cosas contempladas, al igual que ceremonias religiosas y fiestas profanas en que interviene el pueblo indígena con sus indumentarias y costumbres. Me di cuenta de la personalidad de su folclore, de su limpieza inmaculada y de la belleza colorida de sus trajes, especialmente de los femeninos, pues el varón viste con suma sencillez, cuya principal virtud reside en la albura de su calzón y su camisa. La mujer, en cambio, se adorna en ocasiones con una falda bordada, sobre la que cae, a la altura de la cintura, el *lagchehuite* o *quexquenel* de encaje, y lleva el cabello trenzado con cintas de colores y formando una corona.

Pronto híceme a la vida papanteca y aprendí algunas frases en totonaco que me enseñó mi tío Arturo Peruyero. Me acercaba a las inditas que me gustaban para preguntarles en totonaco: “*Tucu huana mi naci*”. “¿Qué dice tu corazón?”. Una manera de expresar “te amo” en esa dulce y poética lengua.

Sonreían y bajaban los ojos. No querían decir que sí, pero tampoco decir que no. Si la cabeza decía que no, la sonrisa decía que sí.

En la animación de estas fiestas yo disfruté intensamente. Conversé con un mundo de gentes, me aventuré por todas partes, gozoso de estas expansiones, y ni qué decir que las invitaciones se sucedían de casa en casa y en cada una de ellas las comidas ofrecían apetitosas variaciones. Los desayunos, con chocolate, semitas, mestizas y bollos de anís. Al mediodía, carnes o pescados con sus respectivas salsas y aderezos, empanadas de hongos y dulces de delicioso sabor, que no es posible figurarse sino a quien los ha paladeado; en último término, en las tardes, las meriendas en los alrededores, bajo los naranjos, en rústicos merenderos, los tamales envueltos en hojas de plátano o en hojas de *totomoxtle*, de tan gratos sabores, y los atoles y champurrados que completaban los agradables convites.

Al recuerdo de los paseos por el parque se vincula una bella mujer, Gaspara Tremari, quien después de la cena solía ponerse al piano para ejecutar trozos selectos de música clásica y romántica, que tocaba magistralmente; sus ejecuciones constituían verdaderos conciertos, que los paseantes escuchaban con embeleso. Casi cada noche la sensible artista abría sus ventanas y, de manera tierna y sutil, hacía vibrar el mágico instrumento con arte que colmaba el vacío de aquellas horas provincianas.

No era extraño este refinamiento de gustos, porque en aquel tiempo el estado de Veracruz contaba con educadores y educadoras que habían consagrado su existencia al magisterio con una total devoción, noble desinterés y profundo sentimiento de solidaridad social. A estos hombres, discípulos en su mayoría del gran maestro Enrique C. Rébsamen, pertenecían Valenzuela, en el puerto de Veracruz; Garizurieta, en Tuxpan, y Donato Márquez, en Papantla, aunque había muchos más distribuidos en el estado y aun en la república. Estaban poseídos de un espíritu de sacrificio, de un amor inmenso a su misión y de un ideal constructivo. Su impulso influyó, seguramente, en ciertas normas de la cultura general. No recuerdo si llegué a conocer personalmente al profesor Donato Márquez, pero indudablemente lo oí nombrar en aquel viaje, porque su magisterio constituía un orgullo para los papantecos, y su escuela, un bien común y enaltecedor.

Pocas horas estaba en mi alojamiento y apenas si hacía caso de mi familia, pues me atraía la calle, el atrio de la parroquia y las casas de mis parientes; andaba por todas partes, recorría los asoleaderos de vainilla y subía a los cerros, desde donde dominaba la vista del radiante panorama.

Estaba de verdaderas vacaciones. A veces ni siquiera comparecía a la hora de la comida, pues siempre había un sitio en cualquiera otra parte donde me colmaban de atenciones, y además porque mis afanes gravitaban en torno a las muchachas que en corro jugaban en el recinto del atrio, de las que en conjunto me sentía enamorado y hasta creo que llegué a confesarlo a más de una, cuyas indiscreciones me hicieron perder crédito, colocándome como un enamorado versátil, indigno de tomarse en serio.

Parece que alguien guarda del poeta infantil alguna misiva, para mayor festividad, en verso, dirigida a una de las pequeñas hadas que se enlazaron graciosamente en la ronda de mi niñez.

Los deberes de mi padre reclamaban su presencia en Tuxpan, y un día, contra mi beneplácito, pues tan a gusto me encontraba, se anunció nuestro regreso.

Es curioso que teniendo asaz vivas hasta las menores circunstancias de la ida, no consiga recordar nada del regreso. Posiblemente esto sea debido a que, tensos mis anhelos hacia un obstinado deseo, las emociones fueron claras y penetrantes. La vuelta a casa quedó sumergida en una impresión nebulosa, que se extiende a largo de un camino indiferente, hasta que sentí, de nuevo, el júbilo del río.

X. El río

Cuando el viajero llega a Tuxpan por mar y remonta el curso del río, al trasponer un sitio llamado La Peña, donde de niño a mí me gustaba gritar largamente “¡Peñaaa...!” y oír que el eco me devolvía la voz misteriosamente, ve la ciudad que se extiende a lo largo de la margen derecha, con casas y huertos que se suceden por largo trecho y entre los que se destaca la Aduana, el muelle, algunos hoteles y la torre de la iglesia. Le dan cierto carácter los cerros, cubiertos de vegetación, y las calles, que se entrecruzan por todas partes.

El río, ancho cauce de aguas claras, describe una amplia curva en el barrio de Tenechaco, donde aparece la casa de altos, blanca, con rojos balcones, de don Pedro Basáñez, que tiene cierto aire de edificio público. En el muelle solían verse atracados un remolcador de roja chimenea (*Pantepec*) y dos barcos de vela (*Vinaroz* y *Santoña*) y unos chalanes destinados al alijo, propiedad de don Vicente Heroles. Cuando anunciaban la presencia de algún buque frente al puerto, era un alborozo para los chicos verlos atracar y salir hacia la barra.

La orilla siempre fue un lugar de atracción y de distracción por todas las escenas que la animaban. Recuerdo muy bien cómo se acumulaban las mercancías debajo del cobertizo y a un flanco de la Aduana, la plazoleta donde se depositaba la madera, lugar que nosotros utilizábamos para pláticas y juegos. Desde allí se avistaba también el desembarco del pescado, las verduras y las frutas para el mercado, y el movimiento de canoas que atravesaban constantemente el río en El paso del pescador.

La ribera era, en los años de mi niñez, el paseo favorito de los tuxpeños, que iban a tomar mariscos a las ostionerías y a pasear un rato al fresco bajo los árboles donde se instalaban las mesitas. Yo tenía la costumbre de hacer ese paseo a caballo, pues una de mis diversiones predilectas era la

de montar. Tuve una jaquita tordilla y luego un alazán mañoso, y más adelante me compraron un tílburí, tirado por un caballo trotador. Por cierto que mi madre, que conocía mi debilidad por este paseo, me castigaba, prohibiéndome que montara o saliera en coche, cuando no estudiaba las lecciones de piano, que para mí constituían un suplicio. Cuando algún navío extranjero de cierto calado entraba a fondear frente al muelle, se producía allí gran animación, y aquellos barcos de altos mástiles, complicadas velas y tensos cordajes me parecían máquinas de maravilla. Con ellos aprendí muchos términos marítimos y se me grabaron en la memoria los nombres de lejanos países escandinavos de donde procedían. La llegada de estos barcos, que excitaba mi curiosidad, venía también a torturarme con sus inquietudes viajeras, que yo no podía realizar. Los contemplaba largos ratos, creo que horas enteras, saboreando imaginarias travesías.

En las fiestas patrias había generalmente, como número sobresaliente, regatas de remos y de lanchas de motor, la *Fausta* y el *Kikiriki*, eventos a los que la gente gustaba de apostar según sus simpatías.

El público se entusiasmaba y aplaudía cada vez que la lancha de su predilección pasaba adelantando a la otra, y yo gozaba también con el torneo. Una de las lanchas era propiedad de un tuxpeño, y la otra de tres hermanos españoles, los Minondo, nobles según oí decir. Tenían una casa en la orilla opuesta del río, junto a Palma Sola. Vestían muy bien. No sé cómo sería su vida en aquella casa, pero a mí me parecían gente dichosa. Un día vendieron o abandonaron la finca para volver a España y no volví a saber más de ellos. Cuando pienso en los Minondo, en la finca arbolada, en la largueza de su vivir, en su juventud y en la hermosa lancha que nos divertía en las regatas, me he preguntado, parodiando las coplas de Jorge Manrique: “Los Minondo, ¿qué se hicieron?”.

Pasé horas maravillosas de contemplación al borde del río, a veces paseando con un amigo, y otras solo, absorto ante los vivos celajes que encharcaban de oro y grana el cielo azul del atardecer. El impresionante espectáculo, mezcla de emoción pictórica y poética, pues la poesía ya comenzaba, sin yo saberlo, a insinuarse en mi espíritu, me atraía y deleitaba misteriosamente.

Algunas veces había lances o incidentes en el río. Una ocasión en que intenté hacerle una travesura a un compañero, impulsé fuertemente el bote en que nos encontrábamos y salté rápidamente a la escalinata del muelle, reteniendo al mismo tiempo el cabo en la mano; pero el impulso había sido

tan fuerte, que perdí el equilibrio y caí al agua. Gracias a que sabía nadar gané la orilla y aprisa nos fuimos a casa de mi amigo para que me secaran las ropas y no advirtieran en mi casa lo sucedido.

Como teníamos que estar siempre en actividad, lanzar una iniciativa era ponerla al instante en ejecución. Así, la insensata idea de atravesar el río durante una fortísima corriente estuvo a punto de costarnos la vida, pues fuimos arrastrados varios kilómetros. El agua ponía una turbia resistencia al canaleta. Por más que Reygadas, desde la barra del timón, gritaba: “Orza, a babor”, el bote no avanzaba, sino retrocedía. Nuestros esfuerzos resultaban inútiles ante el empuje de la marea, que continuaba arrastrándonos. Por momentos temimos que nos sacara hacia la bocana. Nuestra angustia crecía y decidimos alcanzar la ribera renovando nuestras energías. Con denodado esfuerzo logramos, por fin, asirnos a unos bejucos y amarramos al bote en una estacada, casi enfrente a Cobos. Comenzaba a oscurecer. Un concierto de batracios se levantaba sobre el brillo pálido de la luna. Se oía claramente el chapoteo del agua. Regresamos a pie, agitados por la aventura, y al pasar frente al resplandor de un horno de cal advertimos la emoción reflejada en los rostros, a pesar de que cada quien hacía chanza sobre el miedo de los otros.

Pero el suceso que mayor impresión me causó fue la muerte de unas lindas jóvenes mientras se bañaban en una finca río arriba. Como en aquella época hubiera constituido una indiscreción que los hombres se asomaran donde las mujeres se bañaban, los servidores de la finca creyeron, al oír los gritos, que se trataba de retozos, y como habían recibido orden expresa de no acercarse, no acudieron a tiempo, produciéndose la tragedia que conmovió a todo el pueblo.

Un día, con motivo de una diligencia que mi padre tenía que practicar en un lugar de las márgenes del río, me llevó consigo. Este paseo me causó fuerte impresión, pues ya me sentía yo convertido en explorador que salía en pos de aventuras. Llevamos un rifle, con el que tiramos a los patos y gallaretas que, en gran cantidad en aquellos tiempos, volaban por las orillas. Preguntaba el nombre de cada caserío, de cada rancho o congregación, y me asombraba el lustroso verdor de la naturaleza tropical. Cuando terminó la diligencia comimos una comida rústica, pero bien aliñada, y todo el día me sentí feliz en los juegos y correrías con otro muchacho que me acompañaba y enseñaba las atracciones y curiosidades de la finca.

Durante una de mis vacaciones hice otra excursión aun más interesante, siguiendo la corriente del río y penetrando por la albufera de Tampamachoco y la ruta del Canal de Mojarra, así llamado por la abundancia de esos peces, para navegar por la laguna de Tamiahua. Íbamos en una lancha de gasolina, amplia y muy bien provista. La comitiva la componían mi familia, la de mi tío Matías y la tripulación. El viaje tenía por objeto inspeccionar una finca al sur de Cabo Rojo que le habían ofrecido en venta a mi padre, negocio en el que deseaba asociar a mi tío. Nos detuvimos a comer en el pueblecito de Tamiahua y después continuamos avanzando por la laguna. Mientras, las márgenes se extendían y ampliaban en el remoto horizonte, a la vez que surgían aspectos pintorescos, islas escasamente habitadas, de hermosa vegetación y extraños nombres. La brisa del mar vecino, que hacía vibrar la toldilla, y el frescor saturado del penetrante olor de marisco que llegaba en oleadas hasta nosotros, alegraba nuestro ánimo. Atracamos al atardecer en una pequeña ensenada, y mientras los mayores se ocupaban de la instalación, me dediqué a pescar y a apedrear los patos buzos que nadaban junto a la orilla.

Había oído yo relatar que en la minúscula barra de Cabo Rojo había anclado sus naves el general español Isidro Barradas en su intento de reconquistar a México, y esta historia me dio vueltas en la cabeza durante toda la noche, soñando con aquella expedición frustrada.

Al día siguiente, muy temprano, salimos a recorrer la propiedad. Mi padre y mi tío ocupados en hablar sobre los detalles prácticos de la producción de la piña, y yo, pensando en las naves de Barradas, que me hubiera gustado encontrar y volver a poner a flote; pero todo se convirtió en quimera y no encontré ni restos de la batalla. Volvimos de la excursión a los tres días y por mucho tiempo yo conservé en los oídos el canto del mar, que me arrullaba como a un viejo capitán.

Atrás de la fábrica de hielo, en la orilla del río, había un astillero. A mí me gustaba cruzar el ámbito fresco, delicioso, de la fábrica para ir a ver el trabajo de carpintería. Allí se hizo un barco destinado al servicio de cabotaje. Vi cómo progresaba la obra y estuve presente la tarde en que se le botó al agua. Subí al barco embanderado, me asomé por las escotillas y me paseé por el puente. Pero guardo memoria de este barco, sobre todo por la circunstancia dramática que se sigue a la botadura. Pocos días después comenzó el barco a hacer la travesía entre Tuxpan y Veracruz, con tan mala

fortuna, que en uno de los primeros viajes fue sorprendido por un fortísimo norte, de los que en ciertas épocas azotan el Golfo de México, y zozobró en las cercanías del puerto. En el naufragio perdió la vida un amigo, estudiante de la Escuela de Agricultura, el capitán del Resguardo Marítimo don Juan Cadenas, padre de unos compañeros de escuela, y otras personas más. Todo el pueblo se estremeció. Por la ribera nos encontrábamos a todas horas del día en busca de noticias y abrigando inciertas y angustiadas esperanzas. No pocos vecinos fueron hasta la playa para ver si entre los restos del naufragio quedaba algún superviviente; pero el cielo triste, el furioso viento y la mar embravecida nada de bueno dejaban esperar. Así, pasaron algunos días en que sólo hablamos de este suceso, que me quitó a mí un amigo y dejó en duelo profundo a mis compañeros los Cadena.

La vida y la muerte se enlazan en el río. En la plaza, cerca del embarcadero, en el mercado, se vive, se ríe, nadie parece tener inquietudes; las gentes se llaman por sus apodos, se bromean y divierten como si nunca les llegara la muerte. Pero el día menos pensado desfilan hacia ese rincón triste cuyo único esplendor es un gran flamboyán que enseñoera la entrada. Aquí se apretujan; hay tantos muertos de pasadas generaciones, que las tumbas están cada día más juntas, y para circular hay que pisar las lápidas. ¡Cuántos nombres queridos hay en aquel recodo del río!...

En el verano se levantaban unos bañaderos en un bajo que estaba cerca de la orilla opuesta, en Santiago de la Peña, y en una isleta guarnecida de escasa vegetación, que un día se llevó una formidable creciente. Por la tarde, después de la escuela, llegábamos allí. Desde que entrábamos a la barca comenzábamos a desvestirnos ligeros, y apenas alcanzábamos el bajo, nos precipitábamos en el agua. Durante largo rato chapoteábamos. La población ofrecía una linda vista y sobre los murmullos de la tarde resaltaban nuestros gritos gozosos.

La aventura del río es inacabable. Bajo el fulgente cielo corre larga y sosegadamente. Se le ve desde la iglesia, a la vuelta del parque, desde el cerro de la casa. Basta plantarse en la orilla para tener el más bello espectáculo. En los vendavales, trae la corriente breñas y gruesos troncos en su pujante oleaje; en los días apacibles fluye limpio y silencioso. Mirando hacia la otra margen calculábamos su anchura. El dato oficial era de cuatrocientos metros en el paso; en otros parajes dilatábase en bellas lontananzas. Después de las clases, generalmente nos reuníamos a deliberar y contar historietas

en los botes varados en la orilla, bajo las galeras de palma que resguardaban del gran fulgor solar, mientras las gaviotas revoloteaban cerca de la tienda El paso del pescador, por cuyos balcones salía *El Carnaval de Venecia*, desmenuzado por la hija del propietario. Bastaba sólo la visión del río para confortarnos. La frescura del agua nos traía un soplo de vida, de sal marina, de luminosos presagios. Cuando cruzaba una lancha de vapor, dejando una estela que venía a morir junto a los botes, o surgía cualquier percance, alguien llamaba la atención e interrumpíamos la charla. ¡Qué rápidas pasaban las horas! Habíamos cambiado apenas unas cuantas impresiones cuando comenzaba a atardecer y nos separábamos, para volver a reunirnos más tarde en la plazoleta Hidalgo.

A cada paso, en nuestra vida cotidiana, el río estaba a la vista, y por eso me causa tanto deleite recordar los años de mi niñez, gratificada por su espíritu. Horas sin fin pasé en su fecunda intimidad; él fue casi el único confidente de mis primeras fantasías poéticas.

En mis paseos por la orilla, al atardecer, miraba al río, animador de nostálgicas visiones, agua verde y profunda que contemplaron los viriles dioses de Tuxpilla.

Yo alcancé a conocer en mi infancia uno de esos dioses postergado en el muro de una vieja casa. Cada vez que pasaba por allí le tocaba la mejilla y formulaba un voto secreto. Aquella vieja deidad me parecía encarnar el espíritu del río, y como mis inquietos anhelos estaban vinculados a la idea de partir, yo le hacía aquel signo conjurador.

Ahora, que pienso en los días de mi niñez, las imágenes del río y todo lo que con él se relaciona me causan una emoción viva y profunda, casi un estremecimiento, una grata suspensión.

XI. Las mareas y los días

Cuando yo abría los ojos, todavía bajo las potestades del sueño, ya habían transcurrido varias horas desde que comenzara la marea. Dios creó el mundo y separó las aguas. ¿Pero quién regula las mareas? El mar y el río tienen sus propios flujos y reflujos. Puntualmente, las linfas suben y bajan con ritmo gradual. Al descender, se ven entre las piedras recubiertas de broca y las blancas arenas los agujeros y galerías en que moran los cangrejos. Muchas veces observaba su lento caminar o sus rápidas escabullidas. Cuando encontrábamos a alguien absorto le preguntábamos, indefectiblemente: “¿Estás pensando en la inmortalidad del cangrejo?”. Había que reírse para no aparecer ridículo. Meditar era pensar en la inmortalidad del cangrejo. Evidentemente que los cangrejos no son inmortales, pero sí la conciencia que los ve. Y así se escapaban las horas, y las olas del mar iban y venían. El mar, siempre rezumando sus espumas de sal. Veía las olas que barrían la playa y se desvanecían y retornaban otra vez a desenrollarse con el mismo vaivén. Y por mi mente pasaban los ecos del salmo: “La tierra está llena de sus riquezas; así es el grande y ancho mar”. Las mareas cambian cada seis horas, pero las mareas humanas no cambian a compás. A veces cambia la vida en un minuto, y otras, en años numerosos. De esta manera, por horas, pensaba yo en las mareas y en las cosas extrañas que aparecen en las márgenes del mar y en las gentes que llegan y se van.

El día comenzaba cuando veía, por la ventana entornada que daba a la calle, un rayo de luz, en que aparecían una infinidad de figuras minúsculas densamente agrupadas. El mirar aquel haz luminoso, que avivaba mi imaginación, me producía cierto embeleso. Después de entretenerme un rato en aquella caprichosa vista percibía algunos ruidos débiles, y luego otros más fuertes. Me encantaba pensar en cosas que me complacían, que entretenían mi fantasía, que me hacían sentir el contento de la vida. Pero había que

desperezarse y salir resueltamente de la cama, antes que mi mamá viniera a increparme y obligarme a que abandonara el lecho. De pronto se oía el tintineo de las cantinas de la leche y las espuelas de Severiano, uno de los rancheros, al bajar del caballo, cuyos cascos resonaban en el empedrado. Mi madre ya estaba en actividad y las sirvientas circulaban por la casa. Afuera, la vida del pueblo se ponía en movimiento, doña Lupe Rosales abría sus puertas y regaba su acera, algunas gentes pasaban hacia el mercado, se escuchaba el trote de un caballo y el pistón de Zaleta, que se remontaba en prolongados escauceos. Sonaba en la distancia la campana de La Atalaya, que me atraía a pesar de los preparativos escolares, y me asomaba a ver los banderines, decía el rumbo del viento, y me volvía a meter satisfecho.

Mientras tanto yo seguía aprestándome, daba algunas vueltas por la casa, echaba un vistazo a los caballos y me iba a sentar a la mesa, donde la diligencia de Inés o alguna de las sirvientas me servía el desayuno. Este casi siempre consistía en café con leche o chocolate, enchiladas, bocoles y totopos; los sábados y domingos, *chamitiles* o *pemoles*. Desde el comedor veía el cerro y el cielo azul, por el que pasaban bandadas de tordos. Cuando sonaba el cuarto para las ocho terminaba precipitadamente y salía hacia la escuela dando los últimos bocados.

Cuando tomaba el rumbo de la escuela ya el pueblo había comenzado su ritmo de trabajo. En la misma calle en que yo vivía estaba la herrería de los Estévez. En la puerta, alguno de los oficiales herraba un caballo que el ranchero retenía del ronزال, en tanto que el maestro, batiendo sobre el yunque el hierro hecho un ascua, arrancaba deslumbrantes chisporroteos. En la carpintería de don Luis Villa se oía el rumor del torno y las garlopas, que sacaban largos rizos de viruta olorosa a pino, nogal o cedro. Aquellos artesanos realizaban su pequeña tarea diaria con verdadera responsabilidad. Más de una vez me detuve a admirar un mueble por su bella labor, pulimento y acabado. El sol que coruscaba en el aparador del maestro Reyna hacía brillar los finos borceguíes que salían de sus manos y que nada tenían que envidiar a los fabricados en León o Tacubaya. Otros ruidos procedían de la hojalatería de Tito Pego, de los barriles de la tienda de don Pío Gutiérrez, de las máquinas de coser de la sastrería de don Onésimo Rangel, del martilleo de los calafates, del grito de los boteros en el embarcadero y, a ciertas horas, del silbato de la fábrica de hielo. En el tejado del Ayuntamiento un arrullo de pichones ponía su nota idílica frente al mercado, donde se oían vivas voces

y trapaleo de gentes que iban en todas direcciones. En los años en que frecuentaba la Lerdo se levantó la torre de la iglesia. La vi desplantarse en el ángulo de la fachada que da a la calle principal. El maestro, Antonio Vázquez, se aplicaba a tramar y pegar sus hileras de ladrillos. La construcción ascendía progresivamente. A veces algún ocioso de poca fe decía: “¡Apuesto que se cae!”. Pero yo sabía que estaba bien hecha. Que no se caería. Estaba rigurosamente a plomada. Poco a poco se dibujaron las ventanas y se cerró el primer cuerpo, y no tardó en comenzarse el segundo. La obra se elevaba cada día más gracias al nivel y a los golpes rectificadores de la llana del albañil, hasta que la vimos enhestada, como un florón de nuestro progreso. Y la torre no se cayó. Ahí está.

En la calleja que sale de la calle que entonces se llamaba de Enríquez, a la de Genaro Rodríguez, me reunía con otros amigos. Mi padre me sugirió que le pusiéramos a aquel callejón, innominado hasta entonces, el nombre de El Niño Artillero, para glorificar el recuerdo de Narciso Mendoza, un aniversario del sitio de Cuautla. Casi a diario hacía el trayecto junto con José Garizurieta, el *Tlacuache*, otro chico a quien llamábamos Chavalola y Ramón Trejos. Cuando querellaba con Garizurieta, él me trataba de papanteo come cuetlas, y yo, de tlacuache roba gallinas. A veces los denuestos mostraban nuestra incipiente erudición: “¡Orlando el *furioso*! ¡Ginesillo de Pasamonte!”.

Un día estuvimos a punto de llegar a las manos, pero Chavalola y Trejos nos separaron y la pandilla continuó unida como siempre, pues teníamos un alma en común. El verdadero capitán era Chavalola. Cuando la voz de Chavalola ordenaba cualquier desmán, todos lo ejecutábamos con ejemplar disciplina, y a veces con verdadero frenesí, ya se tratara de lanzar naranjas contra los techos de lámina de cinc, por largas parábolas de la más alegre geometría o patear la ropa blanca que las amas de casa ponían a blanquear en el césped. Alguno iba a observar el enojo de las comadres y volvía a referir el efecto, lo que nos causaba aún más fruición.

En el flujo y reflujo de los días asoman también gentes estrafalarias que como fantoches se quedaron emboscadas en los rincones oscuros de mi conciencia pueril, ilustrando escenas gozosas o desafortunadas, o alguna ocurrencia o sátira divertidas. Vaya aquí una de tantas. Detrás del parque vivían unas solteronas de medio pelo, pero alto copete, que parecían sacadas de una estampa goyesca, a quienes no entiendo por qué, daban el postizo

nombre de Toriz, que para mí fue siempre un misterio. A la hora de la siesta les gritábamos por la reja: “¡Toriz! ¡Toriz! ¡Rascamoño de carquiz!”, que ellas, furiosas, contrastaban con maldiciones, y a veces con un palanganazo de aguas poco edificantes, esquivado apenas de un salto y revoleo, mientras corríamos repitiendo la burla: “¡Toriz! ¡Toriz!...” Palabras que el viento estiraba en las esquinas, sólo por el placer y la alegría de entremeterse en nuestras bromas. El alma quedaba toda irisada de ecos, de la luz vespertina de aquel instante en que un pájaro candil se paraba en las altas copas de los árboles y el juego tenía una fuerza poética triunfadora frente a la presencia nítida del río.

En el tercero o cuarto año que ocupábamos uno de los salones que daba a la calle me divagué mucho con lo que en ella ocurría: los obreros que se dirigían a su trabajo y los útiles que llevaban; la carretela del doctor Hueso, que salía del callejón de la Jefatura Política vibrando sobre el empedrado, o el limpiabotas mudo que discutía con su expresiva mímica en algún corro de ociosos malintencionados que pretendían tomarle el pelo.

Estaba con la vista constantemente en la calle. Desde la ventana contemplaba la casa del doctor Hueso y pensaba en lo que ocurrió allí cierta vez. Una noche el doctor se disparó un balazo en el vientre y estuvo a punto de morir. “¡Dios de Dios!”, se quejaba. Alguien lo oyó al pasar por la reja de su recámara y entonces fueron a buscar al doctor Alcázar, que lo asistió y sacó de aquel trance de muerte. No obstante lo que había sufrido, volvió a atentar contra su vida, esta vez disparándose certeramente en la sien.

Al cuarto para las diez sonaba la campanilla del recreo. Con gran alborozo nos lanzábamos al patio. Algunos escapábamos al vecino changarro de don Emilio Huerta a comprar golosinas y sabrosísimos encurtidos, chiles, cueritos de puerco, zanahorias y cebollas que figábamos de grandes frascos que despedían un aroma de especias en aceite y vinagre. El anciano nos llevaba una contabilidad minuciosa de nuestro consumo a crédito, a pesar de que en la pared pendía un cartel con dos figuras, una obesa y satisfecha, que llevaba la leyenda de “Yo vendí al contado”, y otra de un hambriento, flaco y contrito, que decía: “Yo vendí al fiado”.

Parece que veo todavía a don Emilio, detrás del mostrador, calándose los espejuelos y mirando por encima de ellos, sobre el debe y haber del gran libro, donde escribía con bella y clara letra nuestros consumos. Era un verdadero calígrafo. La bondad de don Emilio llegaba hasta la complacencia de

imitar la letra del profesor, anteponiendo a la calificación un adverbio que la mejorara. A la salida de la escuela todavía hacíamos un rato de tertulia en su tienda y nos entreteníamos con su sabrosa plática. Sentía el contento de tratar a los niños y soportaba pacientemente nuestras bullas y retozos. Una tarde muy temprano, cuando la algarabía había subido de tono, al punto de despertar al alcalde, que en la vivienda contigua dormía la siesta, yo salí del brazo de un gendarme rumbo a la casa, donde me mandó la primera autoridad para que me amonestara mi padre, quien así lo hizo, infligiéndome, además, otro castigo, que me pareció excesivo. Mi amistad con don Emilio, sin embargo, siguió inalterable y seguí concurriendo a su tienda, aunque me cuidé de no perturbar más el sueño de los injustos. El paso de la gente indicaba la hora. Cada quien volvía a su casa por la comida.

Pasaba de cuando en cuando un vendedor de aguamiel o pulque de caña gritando su mercancía y arriando su asno, cargado con dos barrilitos. La boca se nos hacía agua y no resistíamos a la invitación paradisiaca.

En las horas de la siesta el sol reverberaba en la calle y recortaba netamente las sombras en las aceras y en los encalados muros. Era la hora del vacío de las calles. Se cerraban los almacenes. Sentíase el sudor de la hora bajo el fulgor tórrido y el río despedía ofuscantes y cegadores destellos. Era la hora cenital de la nada, de los fantasmas blancos, de las “tepas” que se aparecían en la soledad. Una vez que nos sorprendió esa hora en el cerro de La Atalaya, alguien gritó: “Las tepas”, y bajamos a todo correr, despavoridos. “Tepas” era, en efecto, una palabra de extrañas resonancias entre los muchachos. Eran engendros de la implacable claridad solar y del silencio perturbador.

Toda la vida del pueblo se interrumpía prácticamente o tomaba al menos un movimiento retardado. Después de la comida, la modorra invadía a la gente. Mientras los mayores dormían, los chicos hacíamos de las nuestras, pero a veces también nos vencía el sueño y, con la cabeza apoyada en un brazo, nos quedábamos dormidos en algún rincón.

Para desperezarme iba a la pileta de agua fría. A medida que el calor declinaba, el espíritu recuperaba sus energías, la vida comenzaba a animarse de nuevo. Por el portal de La Fama volvían a desfilar las gentes. En torno al mercado, hacia el embarcadero, llegaban los cargadores y se reanudaba el tráfico de pasajeros a Santiago de la Peña.

Cuando menos una vez a la semana o cada quince días tomaba un bote de canaleta en compañía de mis padres para ir de visita a casa de los

Morales Sánchez, en Santiago de la Peña. El embarcadero estaba al pie de la tienda de don Manuel Lombera, conocida por El paso del pescador. Allí estaba el mercado de pescados, principalmente de lisa y camarón ahumado de Tamiahua. Era muy agradable sentarse en el bote, ver el largo caserío y sentir la frescura del río, mientras nos alejábamos de la bulla del mercado, que se expandía y animaba la orilla. Atravesar el río me llenaba ya de gozo. Apenas saludaba a doña Barbarita, una señora gordezuela, blanca y vivaz que se ponía a conversar con mi madre, su hijo Agustín y yo salíamos a llamar a su esposo, que estaba en la tienda adjunta, despachando detrás del mostrador, y luego nos íbamos a jugar a la explanada o a saltar sobre los botes de un varadero. Generalmente, Agustín y yo nos escapábamos al rancho que estaba inmediato, casi en el Fundo Legal, adonde el río da vuelta y desde cuya margen hay una hermosa vista hacia las lomas de los Deschamps y el caserío de Zapote Gordo, separado de Tenechaco por el estero. La casa estaba medio ruínosa, no lejos de la orilla, en una arboleda. Pero lo más extraño es que allí había un chino de coleta, como usaban entonces los hijos del celeste imperio. Vivía solitario y silencioso, cuidando de la hortaliza. Una vez le dije a Agustín, descolgando la pistola enfundada en los arzones de una silla de montar: “Vamos a sacarle un susto al chino”. Rápidamente Agustín me sujetó la mano y me la tuvo al aire. Logró desarmarme, pero siempre pude echar un tiro, que resonó en la soledad del campo y me dejó un poco agitado, no sé si a causa del esfuerzo o por todos los transportes de aquel instante. Un vuelo de tordos se desprendió de las altas copas hacia los espacios verdes y transparentes del río, mientras le explicaba a Agustín que no me proponía absolutamente hacerle daño al chino.

El reloj de la torre que había surgido de la cooperación popular marcaba los momentos que vivía la comunidad. A él se vinculaba el horario de estudios, las labores habituales, las horas de expansión y recogimiento. Su parte de responsabilidad se reflejaba en sus vibrantes campanadas. A las dos entrábamos de nuevo a la escuela, pero por poco tiempo. Las clases que requerían mayor atención y esfuerzo eran por la mañana; el dibujo, el canto, los ejercicios físicos, por la tarde. Toda nuestra patriótica energía se imponía en las estrofas del himno nacional, y nos abandonábamos al embeleso de la historia. Me estremecía como si estuviera presenciando el centelleo de una batalla y viera pasar las sombras de los héroes.

Las horas de la tarde eran las más gratas. Eran las que contenían las diversiones, el ir y venir en libertad, el de la franca camaradería en un mundo exento de cuidados. Cualquier diligencia, como ir a buscar el pan para la merienda hasta la casa de doña Macrina, era un acto espontáneo, de acomodamiento, que ejecutaba en compañía de cualquier amigo y que constituía por sí mismo un paseo.

Algún hecho insólito nos conmovía de cuando en cuando. En una ocasión en que regresaba de la escuela me encontré con un amigo que venía precipitadamente y traía todavía reflejada la emoción en el rostro: “¡Se acaba de matar Tito Pérez!”. Apenas se había levantado el avión cuando se estrelló en el mismo campo.

Era Tito un joven pionero de la aviación. Le gustaban mucho las invenciones modernas. Tenía una lancha de gasolina y corría como un diablo en motocicleta por la ribera. Antes que Braniff hiciera sus ensayos de aviación en México, Tito Pérez ya trabajaba en sus experiencias, pero no tuvo fortuna y perdió la vida en uno de sus primeros vuelos.

Otra vez, en el cobertizo del muelle, frente a la Aduana, hubo un encuentro a tiros entre Jacinto Jacinto y Manuel Morales. No sé cuál fuera el motivo. Se balacearon guareciéndose entre las cajas de mercancías hasta que Jacinto falseó el pie en uno de los tablonés del muelle y cayó con el pecho atravesado. Morales anduvo prófugo muchos años, y su esposa, que era ahijada de mis padres, sufrió mucho. Morales era, aparentemente, de condición apacible, pero su cólera reconcentrada tuvo aún otros rasgos sangrientos que sembraron el duelo y arruinaron su vida.

Al regresar de la escuela solía yo hacer un alto en casa de los Metzguier y miraba hacia el taller de bicicletas. Por todas partes aparecían ruedas, manillares, cuadros, horquillas, llantas y cámaras, y entre la fila de bicicletas, una recompuesta, pero flamante y enteramente plateada. Cada vez que podía iba a echarle un vistazo y a discutir el precio, aunque mis ahorros no pasaban de diez pesos. Me acostaba y levantaba soñando con la bicicleta. Por más que insistía con mi padre, éste no quería comprármela. Supliqué tanto a mi mamá, que terminó por entregarme el contenido de su alcancía. Creo que nunca había experimentado antes tanta alegría. Corría yo por todas partes con la mayor presteza y se me ocurrió hacer acrobacias y soltarme del manillar. Un día tropecé en una piedra y perdí el equilibrio. Fuimos a dar, la bicicleta por un lado, y yo, sin sentido, por otro. Unos vecinos me

levantaron y arrojaron, a pesar del bochorno, para que no pescara aire. Cuando volví en mí no me acordaba ni del día, ni de la fecha, ni de la hora. Muy inquieta y agitada se puso mi madre cuando me encontró en aquella postración, pero al atardecer ya andaba yo, sucio y sudoroso, corriendo por el cerro con mi pandilla.

Cuando mi padre desempeñó el cargo de tesorero del Casino, me mandaba a cobrar los recibos de los socios. Algunos me hacían dar mil vueltas. Otros (yo sabía bien quiénes eran puntuales) pagaban inmediatamente al presentárselos. Me agradaba especialmente llevarle el recibo a don Pedro Basáñez. El anciano me hacía subir a la sala y, después de cubrir su cuota, me regalaba un tostón, que iba a dilapidar en la refresquería de Galindo, en *milk-shakes* espolvoreados de canela, que eran mi refresco predilecto. Tenía don Pedro algunos singularismos. Mantenía dos familias de numerosa prole. Era emprendedor e infatigable en sus iniciativas. Proyectaba barcos de estrafalario modelo, ideaba tornos o artefactos caseros que eran la pesadilla de sus hijos. Cuando frisaba por los noventa fue a quejarse con el médico que su virilidad comenzaba a declinar.

Su hermano don Juan era muy mal hablado, aunque este defecto estaba compensado por otras cualidades. Siendo alcalde pidió a los regidores que discurrieran y propusieran en la próxima sesión alguna iniciativa relacionada con el ornato de la población. Al siguiente cabildo, don Juan abrió la sesión: “Vamos a ver las iniciativas”. Uno de los regidores comenzó diciendo: “Yo creo que en la calle de Cantarranas, donde yo vivo, se podría tapar el estero y sembrar de lado a lado una fila de pinos, que la embellecería mucho...”. “¿Por qué en su calle?”, preguntó don Juan, y sin esperar más explicaciones pronunció el acuerdo: “¡Tengan sus pinitos!”.

Otro anciano singular era don Segismundo Cervi. Vivía en la avenida Hidalgo. Por las tardes se le veía en el portal, en una mecedora con un libro. Carraspeaba mucho y solía hablar solo ininteligibles monólogos. Una vez que entré por el portal en busca de sus nietos Federico y Armando, me puse a escuchar la declamación del anciano.

De pronto se fijó en mí: “Me parece que te interesa el teatro”, me dijo. Me invitó a pasar y le serví de público. Con voz de bajo declamaba su drama *Juárez* y *Maximiliano*, agitaba los papeles en el aire y sacudía la cabeza. Yo observaba con atención su rostro, surcado de arrugas; su ralo cabello, que en mechadas cubría las orejas, y sus ojos acerados. Se hubiera dicho un mago que evocaba

las sombras de un mundo desaparecido. Largamente estuve escuchando. Mi embriaguez republicana y la admiración a Juárez, que me había inculcado mi padre, templaron mi compasión por el destino de los traidores.

“Ahora vete a jugar con Federico”, me dijo cuando terminó. Salí por la puerta del patio. Había una gran tranquilidad en la orilla, el sol acariciaba los breves oleajes de la corriente que chapoteaba en los chalanes y ponía rebrillo en las vidrieras. En mi interior bullían vagas impresiones: veía cómo la historia tomaba forma de tragedia. La imagen del anciano y su patética lectura se grabaron profundamente en mi alma, y todavía hoy siento el poder de evocación de la caída de un imperio. Aquel drama fue representado después por una compañía española en el teatro Lazo.

De cuando en cuando un suceso adverso enlutaba la vida de alguien. Pero lo que más nos conmovía no era la muerte, sino las circunstancias dramáticas bajo las que se presentaba o la intensidad y sutileza con que hería. Entre estas adversidades recuerdo la de un capitán de navío que se fue por el mar dejando una bella mujer y no volvió nunca. Murió en un naufragio por las costas del Yucatán. Pero su esposa no se resignó a aceptar la tragedia: escribía memoriales a las autoridades, iniciaba investigaciones en las compañías navieras, enviaba cartas a los puertos y, después de mil diligencias y rogaciones, siguió interrogando al más allá por medios taumatúrgicos, siempre sin descanso. Me daba pena ver en sus bellos ojos nubes de desesperación, que a través de los años se hicieron más vagas e inciertas, pero jamás desaparecieron. Se llamaba Soledad y le sentaba bien la desolación de su nombre.

Así como desapareció aquel capitán con su navío, otros vinieron rodeados del mismo silencio. El mar se lleva muchas cosas, pero aporta otras. Un día apareció un marino vagabundo. Era rubio, lampiño, casi pelirrojo. Nadie sabía de dónde venía. Se decía que era escandinavo. Conocía algunas malas palabras en español y hablaba un inglés chapurreado. Por una copa de aguardiente hacía trabajos en el puerto o en el mercado. Solía vérselo por el portal de Johansen o tocando el piano en una cantina. Por momentos me interesaba la vida de aquel extraño, y me preguntaba por qué razones habría ido a recalar allá. Cuando estaba borracho, los muchachos le lanzaban guijarros y le gritaban palabras obscenas. Un buen día desapareció. Me quedó, sin embargo, duda de su enigma, pues me imaginé que una quimera lo había extraviado por los caminos del mar. No supe, en realidad, nada de su vida, ni siquiera su nombre. El mar, que es misterioso y farfullón, ma-

niobra estas apariciones y traslumbres. Quienes estamos familiarizados con el trajín de los puertos, conocemos sus caprichos y jugadas. Por sus azules claridades van los buques y los leviantes con que en la infancia del mundo Dios se divertía.

Cuando pasaba por La puerta del sol, después de la cena, la escoleta alcanzaba su más alta algarabía. Cada quien estudiaba por su lado: Fello Alcázar tocaba el flautín; Pancardo, el clarinete; Zaleta, el pistón. Todo era barullo y discordancia.

Dos veces a la semana había serenata. El jardín público se animaba entonces más de lo habitual. Las chicas exhibían su juventud y su belleza y los muchachos les lanzaban significativas miradas. En los labios femeninos apuntaban leves sonrisas. Los hombres y las mujeres se acomodaban a un ritmo contrario girando en torno del quiosco. Todos experimentaban gran satisfacción en este paseo, que era propicio para las miradas y sonrisas de los enamorados, porque, a veces, la vigilancia paterna no permitía más. Las muchachas siempre iban a los paseos acompañadas de una persona mayor. Sólo cuando el noviazgo se formalizaba se permitía el acceso del novio a la casa, y siempre en presencia de algún familiar. Yo recuerdo que alguna vez recibí la consigna de quedarme en el portal, mientras mi tía Lupe, prima de mi madre, conversaba con su novio, misión que, por cierto, me aburría y cumplía a regañadientes. Cuando se presentaba alguna visita de propia iniciativa, le endosaba la comisión. Los días ordinarios era menor la asistencia. Algunos vecinos sacaban sus asientos a la banqueta. La Chata la Mar, con el pelo suelto, en una mecedora tarareaba una canción. El piano de las Toledano ponía acentos efusivos, mientras el rostro de Angelita aparecía en la ventana y don Rafael Díaz fumaba su puro tranquilamente en el portal. Se formaban pequeños grupos en los escaños, aprovechando las horas frescas de la noche. Yo iba a poner el oído a cualquiera de esos grupos, donde se contaban anécdotas, cuentecillos llenos de sal o se soslayaba algún rasgo singular. Veo los rostros de viejos y muchachos en medio de la alegría de la noche tropical. De repente, la voz de Mariana, la sirvienta, venía a arrancarme de mi delectación y regresaba a casa. A lo lejos insistía el pistón de Zaleta. Este Zaleta estaba enamorado de Mariana, pero Mariana estaba enamorada de Severiano, y Severiano de Cristina, la hija de Nicolás, el rancharo, y no sé si esta cadena terminaba allí. Lo cierto es que Mariana murió, Severiano se casó con Cristina y el maestro Zaleta se quedó solo, con la melancólica queja de su pistón.

XII. Despertares

Alguna emoción vivida hace muchos años puede persistir en nosotros, sin que para ello haya ninguna explicación.

Una noche, por ejemplo, fui a hacer un mandado con una de las criadas. Al salir, para acortar el camino, pasamos por unos solares. La noche era clara, se veía bien el sendero. La Luna corría por el cielo, aparecía y desaparecía entre las nubes. Yo miraba la Luna, la miraba pasar por encima de los altos árboles. El caminar en aquella hora silenciosa y plateada, en la que vibraba la inquietud de los rumores que se desvanecían como sombras por la orilla de la ciénaga, me despertó algo así como un trasueño poético.

Este hecho resume una experiencia remota, que se repitió después en diversas circunstancias. Una situación habitual que se torna fantástica; un barco cubierto de flámulas, que corta el agua liviana como un aparejo de expectación y poesía; el olor de un viejo bosque, donde los sentidos presienten el grito azul del mar, o una fiesta de muchachas y de espumas litorales, son otros tantos momentos de un mismo y hondo tumulto.

A los cambios mentales de los últimos estadios de la niñez se sumaban otros, impuestos por las costumbres, que no dejaban de producir cierta emoción, como el de estrenar los primeros pantalones largos. Esto significaba un cambio de condición, que influía en el ánimo del muchacho. Yo pasé por ese momento poco tiempo antes de salir para Jalapa. Bajo las indicaciones de mi madre, un sastre vecino, que había sido sargento del cuerpo de Rurales y cuya cara y silueta recuerdo bien, aunque he olvidado su nombre, me confeccionó un traje azul marino y un par de pantalones. Cuando mi madre me dijo que me los probara, recuerdo que saqué primero la cabeza por la puerta antes de decidirme a presentarme de cuerpo entero, pues me imaginaba que me vería muy raro; en fin, me daba vergüenza y temía que se burlaran de mí. Este estreno no dejó de producirme cierta inquietud; pero

parecía que inauguraba también un cambio en mi vida, y así fue, en efecto. Dejaba mi condición de niño para elevarme a la de adolescente, con todas las complicaciones de orden intelectual y moral que se suscitan en aquellos momentos en que comenzamos a tener sensibilidad de todas las poderosas fuerzas que germinan en nuestro interior y de las inquietudes que nos preocupan, sacuden nuestra conciencia y se manifiestan bajo formas diferentes, que a veces tienen un ímpetu de revelaciones.

El año que yo terminaba la escuela primaria se encontraba con nosotros Clemencia Ostos. Su familia figuraba en el círculo de amistades de mi madre, y especialmente Clemencia, casada con el educador Leopoldo Kiel. No obstante sus estudios pedagógicos, su cultura y su carácter práctico, se había aficionado vehementemente a las experiencias espiritistas y magnéticas.

Entre las gentes que aparecen en el radio de mi conciencia por esos días se destaca con bastante claridad la figura amable de Clemencia, tan obsesionada por aquellas interrogaciones misteriosas. En torno de ella nos poníamos algunos curiosos, mientras movía en la sala una mesilla minúscula llamada güija o escribía, con los ojos entornados, mensajes medianímicos, que después leía en voz alta.

En uno de sus ejercicios me declaró que el alma de Torcuato Tasso había encarnado en mí. Tal formulación no dejó de interesarme, pues aunque no había leído entonces nada del Tasso, ni siquiera la traducción de José Joaquín Pesado, sabía que ese poeta era de los de mayor gloria. No obstante mi incredulidad, sin embargo, me dieron alas los vaticinios de Clemencia sobre mi porvenir literario.

Tampoco pude seguramente desdeñar el ejemplo de mi padre. La lectura, particularmente, me revelaba estados de ánimo semejantes a los míos. Fuere lo que fuere, yo continué en mi labor poética, y los impulsos que me inducían a escribir se fueron convirtiendo en necesidad, que a veces me satisfacía y otras me angustiaba.

Mi padre deseaba que yo aprendiera francés e inglés, idiomas que él traducía con bastante soltura. Para el francés se empeñó en hacerme leer fragmentos del *Telémaco*; pero, pese a mis esfuerzos, la lectura resultaba lenta, fatigosa y embrollada, lo que no me causaba ningún placer, y con el menor pretexto eludía este deber para procurarme distracción más agradable, como fue, en verdad, la lectura de cuanta novela caía en mis manos. Así fue como de la pequeña biblioteca familiar leí las novelas históricas del general

Vicente Riva Palacios; el *Periquillo Sarmiento*, de Fernández de Lizardi; *Los bandidos de Río Frío*, de Payno, y los inolvidables *Hermanos de la Hoja*, de Inclán, que a través de una visión un tanto convencional me dieron a conocer la vida y las costumbres del México de antaño.

Tuve el conocimiento de Cervantes leyendo la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, ilustrado por Gustavo Doré, que encontré con *El Cid Campeador* y *Las mil y una noches*, ilustrados bellamente también.

Como aquel noble caballero, consumía parte de mi hacienda, es decir, de mi alcancía dominical, en cuadernos de aventuras y libros de acción de la literatura popular.

Devoré *Los misterios de París*, *El judío errante*, *Nostradamus* y *El conde de Montecristo*, de cuya vengativa pasión yo participaba; pero me enternecía perdonando a la dolorida Mercedes, pues me apropiaba rápidamente los amores y odios de los personajes. Seguía entusiástamente las intrigas de los folletines de Paul Feval, cuyo insigne personaje, Enrique de Lagardère, diestrísimo en el manejo de la espada, distribuía estocadas a granel y me comunicaba su actividad justiciera.

Gran atractivo tenían para mí los tomos rojos del editor catalán Montaner y Simón, donde leí algunas novelas de capa y espada, amores e intrigas palaciegas. Pero lo realmente estupendo fue el hallazgo en un armario de la serie de novelas que el diario *El Imparcial* obsequiaba a sus suscriptores, y donde figuraba *La comedia humana*, de Balzac, y obras de Víctor Hugo, Zola, Dumas y algunos otros escritores franceses muy populares en su época. Eran unos libros en rústica, impresos en papel de periódico y con forros de colores, de apariencia modestísima, pero donde se encontraban, junto con obras de escasa significación, otras de genuino valor literario. Para completar la dimensión del volumen solían agregarse cuentos de Edgard Poe, Hoffmann o Andersen. De *El patito feo* tengo un recuerdo muy preciso: “Ese cuento –me dijo mi padre– es una parábola. El patito representa al mismo Andersen, que en sus años de escritor incipiente fue desdeñado en su patria, y luego, cuando se fue al extranjero y volvió famoso, se le consideró y admiró”. ¿Por qué no habría de salir yo de mi tierra y volver ilustre un día?

Sin embargo, no tardé en apasionarme con la lectura de novelas románticas y con las historias de amor en las que se delineaba algún delicado carácter femenino, que muchas veces me hacía soñar. Me embelesaron el idilio

de Bernardino de Saint Pierre; *María*, de Jorge Isaacs, y no sé si entonces o poco después, *La Dama de las Camelias*, de Dumas hijo.

En mi rebusca de lecturas encontré las novelas sentimentales de Jorge Ohnet y Octavio Feuillet. Particularmente, las páginas de André Theuriet me despertaron secretas y profundas emociones con la evocación de aquella provincia francesa que pintaba, y tuve tierna simpatía para una de sus heroínas, Flavie, que en la lectura se hacía maravillosamente sensible a la intensidad vital de mi adolescencia.

Entre las lecturas que desde temprano entraron en mi espíritu recuerdo, además de las literarias, algunas de carácter moral y cívico, como las obras de Ignacio Ramírez, *El Nigromante*. Había tenido éste una polémica con el poeta español Zorrilla, de quien recibió, terminada aquélla, un retrato con la dedicatoria: “del vencido al vencedor”, rasgo de nobleza que me hizo perdonar a Zorrilla que sirviera al imperio. Los discursos de Ignacio Manuel Altamirano y Justo Sierra también despertaron mi interés y ejercieron influencia en mi concepto sobre la patria, el carácter nacional, la Constitución, el pueblo y algunos otros tópicos de la vida pública.

Los cinco grandes volúmenes de *México a través de los siglos* me hablaron de la agonía de una civilización, de la antigua colonia, de nuestros héroes, de los conflictos con otros pueblos, del estruendo de las guerras y la marcha de las generaciones. Dicha obra me absorbió largas horas y me despertó vivo interés, lo mismo que otro libro de gran formato, ilustrado, especie de enciclopedia sobre la agricultura, en el que encontré apreciaciones sobre la vida agrícola y costumbres de los pueblos orientales.

Revisando la colección de la revista *Arte y Letras*, encontré algunos poemas, como la “Sinfonía en blanco”, de Manuel Gutiérrez Nájera, que me hizo sentir el halago musical de la poesía. No sé si allí o en un suplemento de *El Imparcial* leí el “Idilio salvaje”, de Manuel José Othón, cuya belleza capté intensamente y tuve la intuición de su densidad. Es curioso que lo que más me encantó fue lo más moderno: “una deshojazón de primavera / y una eterna nostalgia de esmeralda”.

Entre los libros que también me atrajeron entonces debo citar *El florilegio*, de José Juan Tablada, que me reveló las notas características del modernismo. Figuraba en uno de los estantes del bufete de mi padre la edición de la *Viuda de Bouret*. No sé cómo se fijó en él mi curiosidad, pero desde que lo abrí descubrí un tono diferente de los poetas del romanticismo mexica-

no, un sentido especial de las palabras que actuaba sobre mi receptividad lírica. Se alineaban igualmente en el mismo estante otros libros, entre los que se destacaba *En voz baja*, de Amado Nervo. Mi padre me señaló la “Vieja llave”. No pude contener mi emoción, acaso porque en dicho poema sentía reflejarse la impresión que me dejara la visita a la casa de mi abuela y los ensueños que el aroma de la vainilla y el silencio de las cosas desvanecidas me había producido. Sin embargo, cuando pocos años después releí el poema, me dejó indiferente. Mi gusto había evolucionado ya hacia otra clase de poesía. En cambio, mi admiración por el “Idilio salvaje” salió intacta de las conmociones del tiempo. Cada vez que lo leo se fortifica en mí la idea de su excelencia.

Feliz me sentía cada vez que descubría algo entre los libros de mi padre. Disfruté vivamente de *Azul...* y de *Prosas profanas*; pero no recuerdo si los leí antes o después de ir a Jalapa. De lo que estoy seguro es del gran encanto poético que me produjeron; en especial, el poema titulado “Sinfonía en gris mayor” me dejó una profunda resonancia y se me quedó grabado en la memoria. La evocación del mar, el cielo de cinc, los pájaros, el viejo marino tostado por los fuegos del sol en medio del humo de su pipa, que sueña con un vago, lejano país, todo me parecía exacto y aumentado el sortilegio poético por la música que sugería el encanto del trópico vibrante en la cigarra senil y en el preludio del grillo, que ensayaba “su solo monótono / en la única cuerda que está en su violín”.

Al terminar el poema lo leí de nuevo, y lo volví a leer. Como muchacho del mar, sentía yo el concurso de las palabras, la fuerza de las metáforas, la comunicación con los elementos evocados en la sinfonía, toda impregnada de sensaciones marinas, y nada me pareció que no estuviera integralmente acorde con lo presentido: el eco opaco de los asonantes, las palabras comunes asociadas a un nuevo sentido, la tarde caliente y dorada en que yo también hubiera querido abandonar el puerto en un bergantín...

Hay días en que las fuerzas vitales son más tensas y nos hacen sentir la vida como una floración. A veces, sentado en uno de los escaños de hierro del parque, amparado por las ligeras randas de sombra de los pinos mecidos por la brisa, que un alcalde mandó talar en aras del progreso, miraba, entre cerrando los ojos, hacia el azul dictatorial. Oleadas de calor me subían a la cabeza, oía las campanas que volaban hacia el río reluciente, el golpe seco de los tacos del billar, el barullo de la cantina y refresquería de don Gabino,

tintineante de botellas heladas, copas y bandejas, barullo acompañado de traslucos y reflejos producidos por el sol, que penetraba hasta el gran espejo del mostrador.

Una figura femenina salía de una travesía. Cuando me acercaba a ella me despertaba impetuosas emociones, que me hacían palpar. Tenía un cuerpo lozano, intensa mirada y rosas de fuego en las mejillas. En uno de esos juegos infantiles, a veces llenos de malicia, una tarde nos perdimos entre los nísperos y limoneros de su jardín y me dio un beso, que respondí con arrebatado instinto. Y estuvimos allí un buen rato guarecidos, sin chistar a los gritos de los buscadores. Esta fue la experiencia luminosa de un goce que no llegó a corromper la sediciosa serpiente.

A ciertas horas yo buscaba el despacho de mi padre. Me balanceaba un rato en uno de los sillones que había en su salita de recibo, iba al librero y sacaba un libro, que intentaba leer; pero el misterio de lo que en mí pasaba era más fuerte que la atracción del libro. Trataba de reconcentrar mi atención y de plegar las palabras a mis emociones. Otras fuerzas de mi imaginación pródiga, sin embargo, me sacaban hacia la calle, hacia el brillo de las olas, hacia los barcos que partían y hacia otros éxtasis; pero, al fin, volvía a mi trabajo silencioso del conjuro lírico.

Había comenzado a experimentar los estímulos de la lectura. La resonancia de las obras admiradas y los propios vuelcos de mi corazón, producidos por los encantos de cierta joven, despertaron en mi espíritu una nueva inquietud. Me vino el afán de encontrar una transposición estética a mis sentimientos de ternura. Desesperábame un anhelo vivo y dominante de expresión, pero no acertaba a encontrar las palabras que interpretaran aquel estado de alma. Me quedaba absorto largo tiempo, con la imaginación más allá de un objeto concreto.

Vagas impresiones se orientaban en mi memoria, pero sólo duraban un instante y se desvanecían rápidamente, para recomenzar de nuevo. Inquieto y soñador pasaba horas enteras, hasta que, finalmente, me decidí a poner por escrito aquellos estados de ánimo.

El lenguaje de la poesía no es el lenguaje de la escuela. ¿Cómo dar forma a aquellas intuiciones? ¿Cómo expresar aquellos relámpagos de emoción? Tenía que descubrirlo por mí mismo. ¡Qué soledad en medio de los sonidos familiares que venían a mi oído! Un sentimiento misterioso, como un canto entre el murmullo de las hojas, un perfume que nos hace volver

la vista hacia la cerca por donde desbordan los rosales, una niña que mima una paloma en su seno, y luego el silencio profundo, que nos quita la alegría y nos vuelve graves. Yo vivía todas esas turbaciones y la frase de aquel piano, que me sugería la representación de una figura adorable que caminaba lánguidamente y me insinuaba un sentimiento de ternura. Yo me desesperaba de impaciencia y pasaba de una a otra alternativa de la imaginación, acechando el momento de captar su verdadera identidad poética.

Una tarde, en el silencio y la soledad de aquel retiro, mientras miraba por la ventana, embelesado por la luz verde que parecía emanar de los grandes árboles del patio, sonó el fraseo de un piano. Sentí que me venían a la memoria palabras balbucientes, rimas que sonaban gratamente a mi oído, vagas figuras cuya apagada respiración a floraba a mi alma. Pleno de una gran emoción, me puse a escribir las palabras de aquel mágico momento.

Bajo el influjo de estas sensaciones, escribí un soneto. Mi padre tuvo la idea de publicarlo en el semanario local *Nueva Era*. Confieso que me sentí halagado de leer impresa en letras de molde mi primera creación poética, y supongo que no menos orgulloso se sentía mi padre al ver que yo seguía sus mismos pasos. ¿Qué decía aquel soneto? En verdad, no lo recuerdo, pues no volví a leerlo nunca. Mi madre lo guardó en una caja de felpa, donde atesoraba sus recuerdos, y sólo me quedó la vaga emoción que aquellos días exhalaban, el oscuro hechizo que hace brotar las palabras, las trémulas visiones de aquellos momentos ocasionales y el reflejo de las cosas y las gentes que resistieron a la erosión del olvido.

XIII. Interludio jalapeño

A mediados de 1913 terminé el sexto año de la primaria; pero seguí preparándome con el maestro Garizurieta, en compañía de otros muchachos, para continuar nuestros estudios preparatorios. No todos los compañeros podían emprender una profesión, pues aunque muchos tenían amor al estudio, las circunstancias les imposibilitaban aspirar a un título.

Al recordar aquellos días, se me aparecen los modestos maestros que con tanta capacidad y empeño nos enseñaron en la escuela Miguel Lerdo, y principalmente don Pepe, que, siendo muy exigente, nos acuciaba y desbrozaba, a la vez que nos daba ánimos.

Me acuerdo bien de los compañeros con quienes constantemente me veía, y muchos de los cuales, ya hombres, cada vez que regreso de mis viajes acuden a verme para evocar algún momento de alegre expansión. Camaradas sencillos, espíritus viriles, de sonoro lenguaje y sincera confianza, su constancia y afecto es un estímulo precioso frente a las decepciones inevitables del combate humano. Larga es la lista de mis afectos tuxpeños.

Y recuerdo asimismo el grupo que salió conmigo rumbo a Jalapa.

Nuestras aficiones y carácter eran distintos. También fue diverso nuestro destino. Chao, que tenía gran memoria y comenzó muy bien, tardó años en recibirse de abogado; Lombera cursó química; el *Cabezón* Huerta se consagró al servicio civil y es administrador de la Aduana; el *Diablo* Rangel regresó a la sastrería de su padre; José Garizurieta, el *Tlacuache*, murió muy joven en una riña, legando el apodo a su hermano menor, César, que fue escritor humorista y diplomático y terminó también trágicamente, suicidándose.

Quienes deseaban hacer estudios superiores tenían que ir a la capital de la república o la del estado. Mi padre escogió esta última porque la consideraba más segura para un muchacho de mi edad y tenía en ella relaciones y la posibilidad de confiarme a alguna familia amiga que atendiera a mi

hospedaje y vigilara mis estudios. Seis camaradas, conmigo, emprendieron el mismo camino.

Allá por 1914 los viajes no eran frecuentes, y el abordar un vapor tenía algo de la expectación de una aventura rubricada con grandes adioses. Mi madre me había preparado con un equipo nuevo, en que se acumulaba toda suerte de provisiones, y recuerdo que se despidió de mí con un gran dolor.

Hice el viaje en compañía de mi padre, y al día siguiente de nuestro arribo, cuando bajamos al comedor del hotel Terminal, donde nos habíamos alojado, mi tía Carlota, que iba rumbo a la capital de la república acompañada de uno de sus hermanos, me tomó aparte y, con la discreción y persuasión que le eran peculiares, me dijo que vendría a vernos una joven que era mi hermana y se llamaba María; y, en efecto, no tardó en llegar una graciosa muchacha mucho mayor que yo, a quien mi tía hizo que abrazara. Nos sentamos a desayunar, esperando la salida del Ferrocarril Interoceánico que nos iba a llevar a Jalapa. El momento delicado había pasado sin ningún despecho, pero con emoción profunda de mi parte, y, en el interior, hasta me alegré de que aquella joven, que parecía amable y bondadosa, tuviera vínculos de sangre conmigo.

Sin embargo, no me cayó tan de sorpresa, pues en uno de mis atisbos a la caja fuerte de mi padre entreví la foto de la joven, aunque no me había atrevido a preguntar quién era.

Nos despedimos con promesas de afecto y reanudamos nuestro viaje.

Al llegar a Jalapa, la primera impresión de la ciudad me causó desmedida tristeza, pues yo estaba acostumbrado al sol radiante de la costa, y de pronto me veía en aquel trenecito, tirado por mulas, que remontaba por una larga circunvalación hacia la ciudad, bajo un cielo lluvioso y gris. Recuerdo con precisión aquella llegada y el sentimiento de melancolía, que me penetraba como la humedad que flotaba en el ambiente. Fui pensando en todo esto, hasta que descendimos frente al hotel México. No tardó mi padre en hacer arreglos para mi instalación en casa de doña Trinidad A., viuda de Rosas, y recomendarme a un viejo compañero, Cerdán, que trabajaba en el gobierno, y a quien designó como mi tutor. Ya instalado, se despidió de mí, no sin haberme hecho un sinnúmero de recomendaciones con el deseo de que sus consejos me preservaran de sinsabores y peligros.

No dejó de causarme impresión el hermoso edificio de la Escuela Preparatoria, que presenta por la calle de Juárez un solo piso y en el interior

ofrece un amplio claustro, al que se descende por dos escaleras en forma de rampa. En los momentos de descanso, entre clase y clase, había gran animación en los corredores y en el jardín, donde todos lucíamos riguroso uniforme, pues el dictador Victoriano Huerta había ordenado la militarización de todas las escuelas superiores.

Cada curso del primer año, y posiblemente del segundo también, se dividía en dos grupos. Ocupaban las horas de la mañana las clases principales: aritmética, lengua nacional y francés. Las tardes se destinaban a las clases llamadas de pase, que no requerían examen, como el dibujo, que nos daba don Luis Martínez, que vivía frente a la preparatoria. Acababa de enviudar y tenía dos hijas, cuya hermosura resaltaba sobre los negros trajes. Todos aspirábamos a ser yernos de don Luisito.

Apenas sonaba la campana nos dirigíamos a nuestras clases, para evitar un castigo, pues los prefectos eran inexorables, y por cualquier fruslería nos ponían un par de horas de plantón o una tarde de calabozo.

Recuerdo que una vez que alguien le tiró una trompetilla al teniente y nadie quiso delatarlo, el colegio se quedó castigado en masa.

La clase de matemáticas estaba a cargo del ingeniero Dionisio Murillo, miembro de la Comisión Geográfica Exploradora, que tenía su sede en Jalapa. Era alto, delgado, moreno, de ojos negros y brillantes, de maneras suaves, aunque severo, si había necesidad. Muy justo en la distribución de calificaciones. Tenía la costumbre de frotar un lápiz con ambas manos mientras nos miraba indagadora y fijamente. Como yo nunca fui amigo de las matemáticas, mis progresos fueron mediocres; no supe aprovechar la claridad y el método de este excelente maestro.

Con el licenciado Luengas, que nos daba la clase de español, aprendí más. Tenía éste algunas singularidades, y particularmente era muy distraído. Muchas veces, en la calle dejaba nuestro saludo sin respuesta o cuando menos lo esperábamos se volvía bruscamente para saludarnos, lo cual era objeto de burlas y remedos; pero tratándose del análisis gramatical, no dejaba resquicio ni mostraba el menor descuido. Explicaba las reglas ilustradas siempre con ejemplos, para que las retuviéramos mejor. Si trastocaba los tiempos del saludo y el sombrero, le salía pluscuamperfecto; en cambio, en precisión sintáctica, desafiaba a los más sagaces.

No admite comparación con estos maestros quien nos enseñaba francés. Había estado unos meses en París, y de ese paseo regresó con humos

de profesor. Su método era deplorable, y, la verdad, no le tuve ninguna estimación. La mayor diversión de esa clase constituía un chico de Jáltipan, que por un vicio de pronunciación transformaba las eses en jotas. Tenía un nombre heroico. Se llamaba Axayácatl Palacios. El decía Ajayacal Palajioj. Sostenía que el francés era muy fácil, y por un sistema enteramente peculiar deformaba las palabras, hasta alcanzar el resultado más negativo. Por pantalón decía pantalonet, y de silla hacía sillet; tal era su modo de hablar, de donde resultaba una serie de disparates, que con gran desparpajo recitaba ante el malhadado profesor, cuyo irritable humor se agudizaba con nuestras risas y alborotos.

Dos o tres veces a la semana había algún pleito entre los preparatorianos, que generalmente se dirimía en un suburbio, al fin de la calle de Juárez, donde yo viví unos meses en la pensión de doña Isaura Montes de Oca, viuda de Pozos. Un día de gran calor, al salir de la escuela, nos dirigimos hacia allí, unos apadrinando a un tal Espinosa y otros al *Diablo* Rangel, que representaba la gloria de Tuxpan. Era un sitio arenoso, casi en el campo, bien dispuesto como palestra, y con unas bardas de adobe, para mayor comodidad de los espectadores. Después de las primeras escaramuzas, Espinosa le asestó a Rangel un golpe en el pecho que lo hizo tambalear; pero el Diablo se rehízo y rápidamente atacó a su vez. El otro, que era más fuerte, le sonó de nuevo en la cabeza. Pronto perdimos la esperanza, pues Espinosa lo dominaba y golpeaba implacable. Alguien abogó tímidamente porque los separaran; pero otras voces se impusieron:

“¡No, no! ¡Que los dejen!” A Rangel le corría la sangre por la nariz, pero irritado, colérico, volvía a acometer, en tanto que nosotros, desde la barrera, lo estimulábamos con gritos, apretando los dientes y cerrando los puños, como si de este modo le ayudáramos. Logró, al fin, el Diablo darle un golpe bajo a su rival y se le echó encima furiosamente. Ambos rodaron por tierra, cuando uno de los que acechaban gritó: “¡Ahí vienen los tecolotes!”. Los contendientes se levantaron, jadeantes, limpiándose el polvo ensangrentado que les manchaba el rostro, y nos dispersamos cada grupo rodeando a su héroe y cambiando comentarios amistosos.

Así transcurrían los primeros meses de 1914. Cuando llegó abril ocurrió algo que nos produjo tremenda agitación. Los americanos bombardearon el puerto de Veracruz y ocuparon la plaza abandonada por el general Mass. Un puñado de gentes del pueblo y los alumnos de la Escuela Naval, no obstante

la escasez de armas y pertrechos, hicieron frente con gran arrojo al invasor. Conocimos la heroica hazaña de Azueta y Uribe, caídos a las puertas del plantel, tratando de cerrar el paso al enemigo. Azueta había caído acribillado mientras manejaba una ametralladora. Lo recogieron todavía con vida. Tenía tan alto sentido del deber, que rechazó las atenciones médicas que le ofrecía el jefe enemigo y le pareció más dulce la muerte en el cementerio nativo que la salud de manos de los profanadores de su patria.

Fueron aquellos días de opresión e inquietud para nosotros; bullían coléricas ideas en nuestro espíritu, pero no sabíamos qué actitud adoptar. Como no se conocían exactamente las intenciones del invasor, chicos y grandes hacíamos toda suerte de suposiciones. Unos eran partidarios de salir a su encuentro, creyendo que no tardarían en avanzar. Otros proponían resistir en Puente Nacional o en la hacienda de las Ánimas. A veces íbamos en grupos hasta dicho lugar, observábamos el triste silencioso paisaje que podía ser escenario de la acción. Algunos muchachos creían que era mejor defenderse en el Macuiltépetl. Todavía me parece ver aquel grupo de estudiantes del parque Morelos conferenciando por la noche en un rincón, discutiendo y aventurando conjeturas. Nos separábamos agitados por los sentimientos más extraños y sin poder apartar de nuestra imaginación la sombra de Azueta.

Resultaba interesante la vida escolar porque en Jalapa se reunían muchachos no sólo de todas las regiones del Estado, sino también de los estados circunvecinos, y contábamos con profesores de prestigio, muchos de los cuales se habían distinguido en la literatura nacional.

A ciertas horas del día discurríamos por la ciudad y otras se nos veía en pequeños grupos, estudiando o platicando en el parque central o en el romántico paseo de los Berros, sombreado por añosos árboles, en cuyos alrededores se despliegan quintas con jardines y frutales.

Como los paseantes extraños al mundo estudiantil eran raros por allí, normalistas y preparatorianos éramos dueños de aquellos parajes.

Solo o en compañía de algún condiscípulo, solía bajar por el parque hasta la fábrica de hilados y tejidos del Dique y me detenía en la garita, donde había unos bancos de piedra custodiados por una vieja arboleda. Otras veces tomaba por las calles altas, en los barrios silenciosos. Los grupos de estudiantes habían desaparecido ya de la Escuela Superior de Señoritas; algunos paseaban la calle o pelaban la pava al pie de las rejas, por donde

veíanse patios y corredores con helechos, begonias, aralias y otras plantas de extraña tonalidad.

¡Patios jalapeños, donde el musgo crece entre las piedras, olorosos a humedad, invadidos de un misterio paradisiaco! ¡Yo he sentido al pasar, en los tiempos de mi adolescencia, vuestro encanto y abandono! Muchas veces lancé miradas furtivas hacia los interiores para ver si estaba allí la visionaria primavera, la melodía de una huella de mujer.

La ciudad tenía un aspecto gris y las campanas de las apartadas parroquias aumentaban la tristeza del atardecer. Yo encontraba una rara voluptuosidad en estos recorridos, y mis soledades de aprendiz lírico constituían la mejor distracción de la disciplina y el estudio, que ocupaban buena parte del día.

Después de cenar teníamos derecho a salir también un rato, hasta las diez, que empleábamos en dar vueltas por el parque, en acompañar a otro estudiante mayor que iba a ver a su novia o mezclarnos en alguna tertulia.

Una peña de estudiantes de los últimos años gustaba de reunirse en el enverjado jardín Morelos, de pintoresco corte y disposición, en el que conversaban o discutían de temas serios sobre la vida pública, científica o literaria.

Y a través de estas pláticas sabíamos que la Revolución, encabezada por el señor Carranza contra el usurpador, venía avanzando por el Norte, y hasta se particularizaba algún gran acontecimiento militar que sugería futuras transformaciones en el país. En ocasiones alguien leía o recitaba algún poema de antología, lo que daba margen a juicios y comparaciones entre los autores recordados.

La vida en Jalapa por aquellos días era muy lenta y silenciosa. Las tardes y los domingos había que distribuirlos entre las serenatas y el cine, donde íbamos a contemplar en la pantalla los amanerados gestos de las artistas italianas. Pero, desgraciadamente, no se podía disfrutar de los bellos jardines y de los paseos en los boscosos alrededores, porque una lluvia impertinente y pertinaz, calaba los días y las noches.

Había días, sin embargo, que la ciudad, lavada por la lluvia, clara bajo el transparente cielo, tenía un aire ponderadamente alegre. Las cuatro araucarias que se elevaban en los ángulos del parque lucían su perfecta simetría y sempiterno verdor. Los raudales de luz que se desbordaban o atravesaban los follajes del Monte de Pacho nos animaban a las grandes caminatas por

los alrededores o a las zambullidas en las albercas del Edén o el Tehuanapa. Me conciliaba entonces con Jalapa. Desde el parque se avistaban las laderas del Cofre de Perote, como si fuera posible llegar a pie hasta ellas, lo mismo que la campiña azulena de Coatepec. Y era un placer caminar en pandilla por los senderos que conducen a las haciendas e hilanderías entre bromas y jocundas expansiones.

Antes de terminar el año escolar las avanzadas de la División de Oriente de las fuerzas revolucionarias entraron en Jalapa, lo que vino a modificar el sistema de disciplina militar.

El primer acto del gobierno revolucionario, después de abolir el uso del uniforme, fue otorgarnos el derecho de nombrar nuestro director. Por unos días nos ocupamos de los preparativos de la elección. Discutíamos en los corrillos las cualidades y prestigio de los candidatos, establecíamos comparaciones y nos animábamos exponiendo nuestros argumentos. Un grupo se pronunciaba por el antiguo director, doctor Rebolledo; otro, por el licenciado Amado J. Trejo, secretario del plantel. El ingeniero Murillo tenía asimismo sus partidarios, y no recuerdo si había algún otro más. Pero la mayoría, en todo caso, se inclinaba hacia el licenciado Julio Luengas. Ya dije que éste era muy distraído, y aun cuando tal defecto hacía lo blanco de ataques de los adversarios a su candidatura, contrabalanceaba aquél sus dotes ejemplares y una presencia noble y simpática. Una mañana nos reunimos en el salón de actos, y después de un debate en el que hubo un cambio de aspiraciones entre los estudiantes, elegimos al maestro Luengas.

Una de las novedades que introdujo el nuevo gobierno fue la creación de Comités de Salud Pública para juzgar a los colaboradores del régimen huertista. En medio de la agitación producida por los cambios políticos, la reprobación de un régimen basado en la iniquidad, y el impulso de muchas ideas en las que intervenían anhelos generosos, ambiciones y apetitos, repercutían en nuestro ánimo inquieto.

Entre aquellos acontecimientos llamó mi atención un jurado que se efectuó en el teatro Limón para juzgar a dos diputados de la legislatura local, a quienes se acusaba de haber servido al régimen de Huerta, el usurpador.

Una noche, después de cenar, fui allí con otro compañero y nos mezclamos con el gentío, que trataba de ganar asiento para presenciar el juicio. Logramos instalarnos en la galería. El recinto del teatro estaba lleno, a reven-

tar. Mientras se acomodaban los jurados, el público rebullía de impaciencia, cambiaba impresiones y parecía estar a la expectativa de algo sensacional. Yo participaba de aquella emoción, del choque de las pasiones que entraban en juego y del recelo que inspiraba un tribunal colectivo, sujeto a los vaivenes oratorios, y por tanto, capaz de una sentencia irresponsable.

Veo claramente a uno de los inculpados, el profesor José Ferrer, representante por Tuxpan; al otro no sé si identificarlo con el licenciado Basó, que, sin duda, era también defensor, pues aparece en mis lejanos recuerdos enfrentándose en un duelo de oratoria al fiscal. Este era Manlio Fabio Altamirano, estudiante del último año de Leyes, que ambicionaba intervenir en la vida pública y buscaba la popularidad a todo trance.

Sus ataques eran impetuosos y su voz tronaba en la tribuna pidiendo la pena de muerte de los inculpados. Veíamos por momentos levantarse un cadalso sobre sus enardecidas palabras, que luego se derrumbaba gracias al aplomo y a la suave ironía e ingeniosas salidas de la defensa. El público aplaudía con entusiasmo, y a veces producíase gran alboroto, que el presidente trataba de dominar agitando la campanilla. Por más esfuerzos que Altamirano hacía para arrojar cargos a los enjuiciados y presentarlos bajo los rasgos más execrables, la naturaleza meramente política de la acusación y los antecedentes personales de los reos contribuían a crearles un ambiente conmisericordioso. No estoy seguro de si el jurado los absolvió o los sentenció a una pena leve, que no excedía al tiempo que llevaban detenidos, pero lo cierto es que salieron libres.

Me lancé calle arriba, rumbo a casa, tranquilizado por la suerte de los presos, pero excitado aún por el espectáculo de la aglomeración y las discusiones, junto con la visión de unos cuantos rostros que aparecían y desaparecían en el tumulto de mis impresiones.

Los últimos meses del año transcurrieron en medio de estos sucesos, emociones y expectativas. La correspondencia con mi familia, que por algún tiempo se había interrumpido, volvió a reanudarse cuando los constitucionalistas se ampararon en la capital. Libre de esta preocupación, concentré mis esfuerzos en la preparación de los exámenes de fin de curso. Abandonamos paseos y distracciones y comenzamos a estudiar con ahínco o a machetearte fuerte, como se decía en el argot estudiantil. Sólo el domingo, por la tarde, solíamos ir al cine Victoria o a la serenata para mirar con inútil afán a tal o cual belleza que despertaba nuestros ensueños.

Nos levantábamos al amanecer y salíamos, envueltos en nuestros abrigos o capotes para precavernos de los fríos de octubre, hacia el parque de los Berros. En la frescura de la mañana, la memoria era más viva y más tensa la voluntad, de manera que aprendíamos mejor.

Me gustaba levantarme a esa hora, más que por motivos de estudio, por el encanto que me producía la ciudad en la dulzura matinal. Al pasar por el jardín Morelos veía el declive del paisaje, las techumbres y los campos ligeramente velados por las neblinas de la cordillera. Atravesaba la calle de Enríquez entre grupos de estudiantes. Como quien estruja un recuerdo, me desprendía bruscamente de mis impresiones y tornaba a mi actitud estudiosa.

Cuando llovía nos paseábamos por la casa empuñando el libro a dos manos o siguiendo la lectura de otro compañero. Algunos preferían estudiar en voz baja y hacerse después tomar la lección.

Una especie de zumbido se oía en la casa, por el bisbiseo de los repasos. Tinoco, a lo largo del corredor, con un grueso libro de botánica y Raúl Núñez, por otro circuito de la casa, se paseaban, quitando la vista del libro de cuando en cuando, mientras otro compañero, al pasar por el cuarto de Rangel, le tiraba las cobijas para que se levantara. A hora precisa pasábamos al comedor y por un rato bromeábamos o contábamos anécdotas, y luego nos íbamos a la biblioteca, a los corredores de la escuela o al jardín Morelos, que estaba frente a la casa, si ya la lluvia había escampado.

Con gran alegría terminaron los exámenes y emprendí el viaje de regreso. Veracruz, donde me detuve unos días, estaba aún ocupado por las tropas americanas. La mole gris de los acorazados erguía sus poderosas torres en la bahía y los guardiamarinas se paseaban en carretela por las calles de Independencia y Cinco de Mayo.

Salí en el primer pailebote que iba a Tuxpan. Este era un barco de madera de dos palos; pero no había otro medio de comunicación. Carecía de cabinas. Dormíamos en la cubierta, de manera que teníamos constantemente el mar y el cielo a la vista. La sensación era extraña, pues las olas pasaban al nivel de la borda y de vez en vez rociaban la cubierta y nos salpicaban de sal. A trechos podíamos ver la costa e identificar sitios que nos señalaba alguno de la tripulación. Formaba parte de ella un muchacho que había hecho conmigo la primaria, y después fue patrón de barco y buen marino. Le decíamos de apodo, no sé por qué, la Polla. Aun cuando hacía buen tiempo,

el barquito se movía mucho. No hay que olvidar que era noviembre. Pero la Polla estaba allí en su elemento. Por la noche desenrollábanse las olas en un azul profundo crestado de diamantes. Bajo la alta palpitación de las estrellas, cerraba los ojos y los abría por instantes, mientras pasaba la procesión rítmica de las olas, hasta que me quedé dormido.

Al amanecer poníamos proa a la barra, y como quien surge de un sueño, avisté el largo caserío de la ribera. No tardé en bajar a tierra, sin perder por cierto tiempo la sensación del balanceo marino. Alguien que me avisó desde el portón gritó: “¡Aquí está Nenelo!”, en tanto se despertaba un clamor por toda la casa. Y con gran satisfacción crucé, como un hombre importante, el portal de mis juegos infantiles.

XIV. “La Revolución es la Revolución”

La primera vez que me topé con la Revolución fue una tarde en que subía camino del cerro, entre el engaño de los grillos y el brillo de las primeras estrellas. Detrás de la cerca me salió un chico llamado Miguel con un trabuco, gritando: “¡Viva Madero !”, y nos fuimos los dos corriendo por el sendero, de regreso hacia la calle, donde se nos reunieron otros amigos.

Y desde ese día, abandonando el juego de gendarmes y ladrones, nos dio por correr al grito de “¡Viva Madero! ¡Viva el cabecilla Pascual Orozco!”. Aquella época de nuestra vida era todavía de juegos, pedreas y batallas polvorientas. Sin embargo, unos años más tarde, a principios de 1913, sentí tan profundamente la tragedia de los sucesos, que no se me ha borrado aún la emoción. Fueron aquellos de los más infaustos para México, pues la cruel brutalidad del usurpador Huerta llevó a cabo en unos días una obra fantásticamente sangrienta.

A las memorias de la época maderista se une otra circunstancia: mi tío político, Emilio Llanas, levantó un grupo de hombres en armas con el grado de teniente coronel. Era mi tío algo tarambana, pero simpático y agradable. Había sido corredor, agente viajero, telegrafista, farmacéutico, médico ambulante, empresario de teatro y no sé qué más.

Poco tiempo después que estalló la Revolución cayó en un combate, dejando una larga familia, que mis padres ampararon cariñosamente. De no haberle atravesado el pecho una bala se hubiera adornado con el águila del generalato, como otros de sus compañeros. Lo recuerdo por un retrato, en el que aparecía con algunos de sus amigos, todos vestidos de filipinas, chacó o sombrero tejano, terciadas cananas y rifle. Además, vislumbré el ambiente y el carácter de las milicias maderistas con la llegada de los primeros grupos, en los que figuraban varios conocidos.

También presencié con otros curiosos la reunión del colegio electoral del distrito, que se celebró en la escuela Antonia Nava, y en el que mi padre

fungió como elector, pues el sufragio era todavía indirecto en las elecciones del señor Madero.

La escuela estuvo algún tiempo afectada como cuartel. Las vivanderas o soldaderas, como las llama nuestro pueblo, pasaban el día en aquel lugar encendiendo fogatas para el rancho, lavando y efectuando toda suerte de quehaceres.

Cuando el usurpador Victoriano Huerta traicionó y mandó asesinar a Madero tuvimos la sorpresa de que el jefe del destacamento, un capitán, obeso, con algo de vil, pelado casi a rape, se pronunciara en favor de aquél. Yo vi salir el pequeño destacamento rumbo a la ribera, por donde se avistaban tropas maderistas del cacique Simón Tiburcio, que venían a combatir a los sublevados. Se cambiaron disparos a través del río; pero después de algunas escaramuzas sin consecuencias, los combatientes se volvieron a sus puestos respectivos y todo, aparentemente, quedó en calma.

No recuerdo por qué circunstancias mi familia había ido al puerto de Tampico; pero sé que me tocó estar allí el día en que la ciudad fue atacada por las fuerzas constitucionalistas y defendida por los federales y los barcos de guerra.

Nosotros vivíamos en la Plaza Méndez, en una casa propiedad de la familia Boeta; pero tuvimos que mudarnos a la de sus primos, frente a la plaza de armas, huyendo del tableteo de las ametralladoras, que ensayaban sus malas tretas. Sobre la casa pasaban zumbando los proyectiles de los cañoneros, que hacían vibrar las vidrieras del comedor e iban a estallar cerca del cementerio.

Aunque el ataque de los constitucionalistas fracasó, esto era indicio de que aumentaban sus fuerzas ofensivas y de que la cólera de la Revolución se acercaba a la Huasteca.

No olvidaré aquella estancia en Tampico. Mi primera salida hacia el mundo, la primera ciudad que conocía. Calles pavimentadas, edificios con ascensores, hoteles lujosos y una animación que superaba lo hasta entonces visto. Eran mis compañeros Alberto Boeta, el hijo del cónsul inglés, Jorge Edgar y otro chico de apellido Peña. En su compañía, al atardecer o después de la cena, recorríamos el barrio y acudíamos a una esquina de la calle de Altamira, adonde nos quedábamos charlando largo rato y mirando hacia las casas vecinas, de cuyas rejas volaban músicas y risas femeniles. A veces se nos juntaba un cadetito del Colegio Militar, que con su levita y espadín nos arrebatava el corazón de las muchachas.

Nunca volví a ver a ninguno de aquellos amigos.

La Revolución y sus consecuencias se reflejaron en todos los mexicanos, afectándonos, por supuesto, también a nosotros.

Al pasar por El Chovén los revolucionarios hicieron *razzia* de caballos y de vacas. Más tarde la propiedad fue afectada por el reparto agrario. Sentí mucho la pérdida de la finca, que para mí era más que una finca, pues allí pasé lo mejor de mi infancia. Para mi padre, que había puesto en ella todo su haber y sus mejores años de energía, fue un golpe terrible. Mas no se amargó. Sintiendo que el pueblo se mejoraría por este sacrificio, repitió la misma frase que solía emplear Luis Cabrera, el ministro de Hacienda, para justificar sus devaluaciones monetarias: “la Revolución es la Revolución”, y se conformó con el fin de su obra.

Ya en el año 1914, que yo pasé en Jalapa, la insurrección contra la dictadura de Huerta se había propagado por doquiera: las fuerzas del Norte avanzaban. Zacatecas caía bajo el asalto de Pancho Villa. El ejército huertista flaqueaba, retrocedía en todas partes. El pueblo se estremecía de cólera. Obregón entraba en la capital. Los verdugos de Madero huían al extranjero. Algunos de los federales se disimulaban en las facciones. Así quedaba liquidada una época de México.

El año 1915 fue un año de crisis política. La situación del país se había agravado por la rebeldía del general Francisco Villa y otros jefes que lo secundaban u obraban por su cuenta, independientemente, como el general Manuel Peláez, en la zona de la Huasteca, sobre la que ejercía casi un dominio absoluto.

A esto se debió que ese año interrumpiera mis estudios, pues mi familia, temerosa de que cortaran las comunicaciones y me quedara yo aislado y sin recursos en Jalapa, resolvió mantenerme a su lado. Pero en cierto sentido no perdí el tiempo, pues ayudé a mi padre en su despacho y me dediqué con gran ahínco a la lectura.

Conocí, además, a un joven estudiante de la preparatoria de México, a quien se le había quedado el apodo de el Cabito por haber llegado de la capital luciendo un estruendoso uniforme prusiano con un toSCO espadón, casco puntiagudo e insignias de cabo. Él se encontraba en las mismas circunstancias que yo, imposibilitado de regresar a su colegio. Este muchacho tuvo la idea de editar una revista, que se llamó *El Estudiante*, donde publiqué algunas prosas, que gustaron al director, el cual me estimuló con sus con-

sejos y puso en mis manos algunos libros de escritores mexicanos, entre los que recuerdo un tomito titulado *Mirtos*, de Fernández Granados; *Silenter*, de Enrique González Martínez, y *La Syringa de Cristal*, de Gregorio López y Fuentes, que me llamó la atención por sus novedosas imágenes.

Se imprimía nuestra revista en la imprenta El Centinela, de Luis I. Rosales, donde se publicaba también un semanario que llevaba el mismo título. Por ahí llegaba yo para ver cómo preparaban el material. Auxiliado por un oficial, el maestro levantaba y formaba las planas, que iba disponiendo en las mesas de trabajo. Yo, a veces, ayudaba a sacar las pruebas. Después de entintar con un rodillo la página, se aplicaba el papel y se golpeaba con un cepillo. ¡Qué emoción al darle vuelta y verla estampada! A la puerta de la imprenta, que daba a una plazoleta, casi detrás de la iglesia, sacábamos por la tarde unas sillas y hacíamos la tertulia con Sarmiento y otros amigos. El Cabito contaba sus devaneos amorosos, su trato con los maestros de la preparatoria de México o sus descubrimientos líricos, que a la vez me daban a mí el sentido de la moderna expresión literaria.

En aquella revista aparecieron también poemas de algunos escritores, como Francisco González Guerrero y Gregorio Torres Hernández, que murió joven en la Revolución. En las páginas de este periódico estudiantil se reprodujeron fragmentos antológicos de algunos escritores mexicanos y extranjeros, entre otros, uno que leí con particular deleite. Era el fino poema de Manuel Gutiérrez Nájera *Non Omnis Moriar*.

Pero no todo en aquellos días fue para nosotros interés o preocupación literaria. Lo que ocurría en el campo alcanzaba a veces a la ciudad, pues de vez en vez había tiroteos en los caminos de entrada a la población y en ocasiones ataques formales, con pérdidas de vidas y actos de crueldad, que agitaban profundamente los espíritus.

Una vez en que una tropa pelaequista se acercó a las faldas del cerro de La Atalaya, fue batida, y en la acción cayó muerto uno de sus cabecillas, Alfonso Sánchez, nativo de la ciudad, donde era muy popular. Su cadáver fue arrastrado hasta el parque, donde se le incineró públicamente, quedando sus despojos calcinados allí por varias semanas, hasta que el viento los dispersó.

Aquellos días del ataque pelaequista los pasamos en casa del doctor Uberto Piñán, médico-farmacéutico español, que vivía con su esposa y su suegra en la misma calle que nosotros. Su casa estaba mejor situada que la nuestra y sus gruesas paredes de mampostería ofrecían seguro resguardo a las balas, que lle-

gaban al patio cuando arreciaba el tiroteo, aunque no a salvo de los tiros de la artillería del general Higuera, establecida en La Atalaya. Un obús destrozó el mirador de la casa de los Basáñez y otro inutilizó la planta de la luz eléctrica.

Después de la cena yo era el primero en retirarme de la tertulia. Doña Natalia me preguntaba invariablemente con su dejo andaluz:

—¿Ya se va *usté a acostá*?

—Sí, doña Nata. Voy a leer.

E iba a encerrarme en el aposento que me habían destinado para embeberme en la lectura de aquellos volúmenes, a dos columnas de apretada letra, de la Casa Sopena, que por culpa del errado cálculo del artillero tuve que leer a la luz de una bujía.

En las noches, desde el vivac del cerro, bajo el silencio tembloroso de estrellas, se oían las coplas amorosas:

Adelita se llama la joven
a quien yo quiero y no puedo olvidar;
en el mundo yo tengo una rosa
y con el tiempo la voy a cortar.

Si Adelita se fuera con otro
le seguiría la huella sin cesar:
si por mar, en un buque de guerra;
si por tierra, en un tren militar.

Aquella Adelita infundía en los soldados de la Revolución vagos anhelos romancescos. Era una mujer que todos amábamos; era una imagen semejante a una de las que alentaba nuestra ilusión y que veíamos apenas tocar la tierra por donde corría el ejército del pueblo, envaguecido de marciales tolveneras, o perderse por el sonoro mar de Veracruz y Yucatán.

Las pisadas de algún raro transeúnte se alejaban por la acera, mientras yo me quedaba ensimismado en mi lectura, y allá, de tarde en tarde, resonaba el alerta de las avanzadas y el relevo de los centinelas.

La Revolución en la Huasteca no tuvo, sin embargo, la intensidad que en el Norte o en el Bajío, pese a hechos de crueldad, aislados, o al incendio de algún pueblo, como el que acabó con Temapache. Las avanzadas se tiroteaban de vez en vez y no faltaban los ataques formales. Pero también se daban largas treguas, y en cierta ocasión se llevaron a cabo negociaciones para la rendición de la facción rebelde, en las que solicitaron los buenos oficios de mi padre, a quien por tener amigos en ambos bandos se le veía con confianza. La reunión tuvo lugar en un sitio del río arriba llamado Tumbadero. Aunque insistí con mi padre para que me llevara consigo, como solía hacerlo en otras diligencias, es ocioso decir que no lo conseguí. Vi cuando salió la lancha del muelle con los parlamentarios hasta perderse de vista; pero las únicas figuras que recuerdo son las del coronel Ramón Galindo y don Francisco Chao. Mi madre estuvo algo temerosa todo aquel día. Cuando mi padre regresó me di cuenta de que se regocijó.

Creo que esta tentativa se renovó en otra ocasión, mas sin resultado. La rendición de Peláez, Chao, Rabatté y los otros jefes no se llevó a cabo durante el régimen del señor Carranza, sino hasta la victoria del Plan de Agua Prieta, en 1920, en que hubo la reconciliación y unificación de todos los grupos sublevados y el reconocimiento de don Adolfo de la Huerta como presidente provisional.

Durante otro ataque, un joven también de la localidad, alumno del Colegio Militar, que apenas contaría unos diecinueve años, cometió la imprudencia de visitar a su familia y fue hecho prisionero con las armas en la mano. Aunque hubo insistentes gestiones rogatorias ante el jefe de la plaza, éste se mostró inflexible y ordenó que se le ejecutara, para lo cual lo trasladaron de la Jefatura Militar al atrio de la parroquia.

Yo venía aquella mañana por la calle principal y me encontré con el prisionero, que llevaba una tercerola en la mano y marchaba intensamente pálido, rodeado por la escolta y seguido de una multitud. Ante el espectáculo, me detuve, desconcertado, y sentí el horror de la tragedia; pero en vez de continuar mi camino, me quedé frente a la iglesia. Pusieron al prisionero contra el muro, mientras se alineaba la tropa; pero éste, que era un muchacho muy ágil, hizo el intento de fugarse; por desgracia, tropezó con

un montón de piedras y cayó a tierra. Lo volvieron a capturar, y en presencia de una multitud conmovida descargaron sus armas sobre el pecho juvenil. Me pareció, al verlo caer de golpe, como si una mano insensible hubiera tronchado de un tajo un tierno tallo, y recuerdo que me retiré de aquel sitio con una tremenda sensación de angustia y de remordimiento por haber sido espectador de ese acto sañudo e inhumano.

En aquellos tiempos preconstitucionales cada jefe usaba la autoridad a su capricho y a veces confundía la justicia con el terror.

Una mañana que andaba por la calle de Morelos se oyeron voces que gritaban “¡al ladrón!” Un hombre había robado una colcha. Corrieron tras él y lo pescaron en seguida. Aparentaba tener menos de treinta años. Era un extraño. Nadie lo conocía. Era un pobre cualquiera. En el acto se lo llevaron al campo-santo y allí lo ejecutaron. Sobre el pecho abierto, manchado de sangre, le pusieron la miserable colcha. Tal fue la rigurosa punición de aquel ínfimo hurto.

Y, sin embargo, la justicia movía a los jóvenes. A la misma lid salieron Ramón Trejos, con quien hice los primeros aprendizajes de defensa contra la fuerza y las infames emboscadas, y Benito Ramírez, mi maestro del sexto año. Era éste más bien de baja estatura, tenía el pelo rizado y usaba un bigotillo, recortado con esmero. Vivía en casa de doña Nestora, nuestra vecina, donde a veces me detenía a platicar con él. Estuvo poco tiempo de profesor en la Lerdo. Un día desapareció para incorporarse a las tropas del general Obregón, de cuyo Estado Mayor fue jefe. Trejos fue más desafortunado. La muerte lo alcanzó en El Ébano. Murió entre muchos. No conoció ni el sol de la gloria, ni la ufanía del triunfo, ni nadie habló de él. Fue de los que regaron la tierra con su sangre, la tierra de los buenos frutos. Fue de los que se quedaron en el polvo. Parece que veo su figura alta, su franco mirar, su sonrisa confiada. ¡Pobre Trejos! La noche cayó pronto sobre ti. ¡Oh amigo valeroso, que oíste las voces inflamadas, salve!

Para escapar del ambiente borrascoso de aquellos días hablaba largamente con mis amigos de la vida estudiantil en México, de las cosas deliciosas que ofrecía la capital y de la satisfacción de vivir en un ambiente de múltiple acción e interés intelectual. Ya me figuraba yo verme por las calles de México, entrando en los teatros, deambulando por Chapultepec, recorriendo la calle de Plateros, como se llamaba en la época del Porfirismo, y disponer de todos los libros que yo quisiera en las bibliotecas públicas. En una palabra: haciendo la vida de cualquier estudiante metropolitano.

Yo hacía toda suerte de preguntas a Sarmiento, el Cabito, lo mismo que a mi vecino Maraboto, que había estado en la Escuela de Agricultura, y el que me contaba maravillas, que excitaban mis sueños y afanes de escapar de aquella vida tan poco seductora por aquellos días. Pero tuve que esperar todo aquel año para poder cumplir mis deseos, aunque fuera en parte, y seguir el camino que me señalaban mis anhelos creativos y mis impulsos de vivir.

XV. Adiós a Tuxpan

La aspiración de ir hacia el mundo de la cultura, que concretamente veía comenzar en el bachillerato, me había hecho perder interés por los juegos, y largos ratos conversaba con algunos amigos sobre los estudios superiores. Ya en compañía de alguno de ellos o en mis paseos solitarios por la ribera, pensaba en el momento de partir, en el esfuerzo que sería necesario desplegar, en la intensidad de mi nueva condición de estudiante, pues mi vida de niño quedaba atrás y otros deberes e inquietudes turbaban mi reposo.

Contemplaba con ternura las casas y las gentes y en mi espíritu se mezclaban las inquietudes de partir y la instintiva seguridad de aquel ambiente, que me parecía tan acorde y benévolo. Pero el espíritu del adolescente está solicitado por grandes afanes y trata de vencer las resistencias que lo limitan; aspira a efectuar sus propios descubrimientos, a dar forma a sus deseos, y, por ende, yo veía el comienzo de mis aprendizajes con interés ferviente. A veces, por ejemplo, quería ir hacia la acción, en movimiento dentro del espacio y el tiempo. Otras veces vivía por la representación poética, que me daba un sentido superior de la condición humana.

Pasaba largas horas sentado a la orilla del río, que como una estela bruñida se extendía en el silencio de la tarde. El río era lo más bello y más íntimo que me ofrecía aquella soledad. Yo conocía todos los momentos de su luz, desde los más descubiertos de la mañana hasta los singularmente fastuosos del atardecer y los más secretos y misteriosos de su encantamiento lunar. He conversado con él en mis sueños ambiciosos y he sentido inmediatamente un alivio, como si su frescura apaciguara mi pensamiento. En esos silencios de su intimidad he tratado de ver en lo más hondo de mi ser y de encontrar la respuesta a las interrogaciones del simple existir.

A veces subía a uno de los cerros y contemplaba el caserío, donde había pasado mi vida, y me hacía mil reflexiones para descifrar mis anhelos. Ob-

servaba cómo las gentes se movían, encauzaban su vida, caían en la rutina, y a pesar de la simpatía y el afecto que me inspiraban, no me resignaba a adoptar su misma forma de vivir. Por el contrario, me imaginaba ir a otro destino, que me parecía más interesante y sugestivo, y ante esta expectativa sentía una especie de perfecta complacencia, que deleitaba mis sentimientos. Así, pues, entre el descontento de la realidad y la esperanza de conquistar una situación más conforme a mis deseos, pasaban los días. Mi mayor delicia era dar por ciertas mis ensoñaciones, y cuando un fresco soplo que venía del mar me tocaba, yo sentía como una transfiguración exaltadora.

Mi padre decidió mandarme a estudiar a Veracruz, después que los americanos desocuparon dicho puerto y que la situación política del país mejoró. Entonces comenzaron para nosotros tardes, noches de largas pláticas, en que se acercaban nuestros pensamientos y nuestra solidaridad se hacía más firme. Con él conversaba sobre sus tiempos de estudiante, de sus maestros y de la dureza de las pruebas escolares en la preparatoria. Me contaba anécdotas del Instituto Veracruzano, evocaba los nombres de sus compañeros y me refería algunos de sus rasgos peculiares, con lo que terminaba yo por compartir sus simpatías hacia aquellos desconocidos, que a fuerza de oír nombrar y saber la amistad que con él habían tenido, entraban en el círculo de mi intimidad. En fin, yo me consideraba dichoso hablando, al menos, de los estudios a que pronto tendría acceso, y por instantes me transportaba al mismo ambiente en que había estudiado mi padre.

Ahora que estaba seguro de partir, salía a caminar y sentía que me estaba despidiendo de la realidad que me circundaba, de los habitantes y de la tierra, del mundo de mi infancia. Yo me agitaba en medio de emociones contradictorias. Soñaba con días de gran libertad y expectación. Cuando algunos amigos se me acercaban sonriendo para preguntarme cuándo era la partida, me alegraba comprobar la deferencia que me mostraban.

Desaparecía de casa por largas horas. Subía a uno de los cerros, donde me quedaba un buen rato viendo el panorama, y bajaba luego a las calles del pueblo penetrado de una gran fortaleza y seguridad. Algunos escolares rezagados apedreaban la calle de Genaro Rodríguez, entretenimiento de otrora que me parecía ya lamentablemente pueril. Otras pandillas de muchachos correteaban por la plazuela donde yo había jugado, y un lejano ladrido de perros circulaba la noche. Saludaba a los vecinos que habían terminado su monótona jornada y sacaban sus mecedoras a la acera. ¿Qué placer puede

experimentarse en estarse meciendo así horas enteras?, me preguntaba. Yo buscaba otra cosa, algo nuevo: grandes cambios, la vida de las ciudades con todo lo que yo había oído y leído de ellas.

Cuando el azar de mis paseos me llevaba algunas veces por sitios de vivos recuerdos, entonces éstos fluían libremente a mi memoria. Así, frente a la casa de la viuda de Lebrija (siempre de luto con una hija que se llamaba Asunción y tenía ojos y rizos de azabache) me sonreía con ternura el muchacho travieso, disfrazado de ingeniero o lo que creía tal disfraz -traje de dril, polainas de lona-, haciendo imaginarias mediciones con un teodolito, mientras mi madre me observaba, riendo, por encima de las macetas del barandal.

Otra tarde, con Maraboto, al salir del parque Reforma por el callejón del Cerro de la Cruz, hacia el río, me recordó cuando allí estuve a punto de agarrarme con Jorge Alcázar por una güerita que vivía en el campamento de la Pen Mex. Me representé la escena. El otro chico venía en sentido contrario, bronceado de piel, bíceps de acero, resuelto como un leoncillo hambriento. Quiso pescarme por la solapa, pero yo me lo sacudí con una manganada y unas expresiones cortantes, filosas, de mi agresivo vocabulario, y la sangre no llegó al río. Poco tiempo después, cuando murió su hermano Alfredo -Fello, como le decíamos-, nos reconciliamos. Y recordé también el entierro de aquel compañerito que no dejó de impresionarnos. Seguimos con gran recogimiento el cortejo, pero al regresar del cementerio nos olvidamos de nuestro amigo, de nuestro deber y de nuestra tristeza y nos volvimos travesando y diciéndonos cuchufletas.

Iba y venía por los barrios, donde todo me parecía igual, aunque yo me sentía distinto. En una ocasión se me ocurrió vagar por las calles de Tenechaco. Cada una de esas casas me era conocida. La vida de sus moradores formaba, en cierto sentido, parte del mundo de mi infancia. Cuando era yo muy pequeño corría por la calle principal un tranvía amarillo, tirado por mulas tintineantes, que iba desde el puente del estero hasta el muelle. Con el transcurso de los años había cambiado ligeramente la fisonomía del barrio. La línea del tranvía desapareció y, en cambio, habían surgido algunas construcciones nuevas o se habían remozado otras antiguas.

Pasaba por allí saludando a los conocidos. Al entrar en algunas de esas casas mi sensibilidad descubría algo que me era profundamente familiar. Se me venían a la memoria algunos acontecimientos de mi existencia: la tarde

en que Daría Deschamps me dio inadvertidamente un bastonazo, trocándome en lágrimas la visión alucinante de una piñata; los ensayos de nuestra farándula en casa de las Echevarría; el lance en que estuve a punto de arder con los fuegos de artificio; la vieja casa de los Panoramas, donde tuve la revelación de las grandes ciudades y sus esplendores; el despertar oscuro de mi alma y la suave aparición de la belleza.

Tras el mostrador de una tienda o sentado en un tercio de semillas, como se acostumbra en los pueblos, solía encontrar alguien con quien platicar de cosas que me interesaban. Las impresiones que yo tenía de Veracruz se reforzaban con las experiencias de quienes habían permanecido allá más tiempo y me hacían una agradable pintura de la vida porteña.

En uno de estos paseos, en que tomé por la calzada del viejo hospital, entré en el cementerio. Me detuve a contemplar la tumba de mi tío Ramón, que estaba cerca de la de mi hermano Eduardo. Me sorprendió ver que el monumento de Lalo no era tan alto como yo creía, pues seguramente mi visión infantil lo había confrontado con mi talla. Me entristeció ver que el angelito que lo remataba había sufrido una mutilación en un combate. Sentí como un vacío entre los días pasados y el presente. Al regresar a la puerta me paré ante otra tumba y leí la inscripción de la lápida: “César Bazáñez y Mercedes Lazo”. Esta pareja se había suicidado al mismo tiempo, angustiada de no poder unirse en matrimonio. La tragedia ocurrió años antes que yo naciera, pero siempre que la oí referir me entristecía, como si acabara de acontecer y se tratara de conocidos míos. Es verdad que la joven allí sepultada era hermana de mi maestra de piano, Conchita Lazo, cuyo padre fundó el primer teatro que hubo en toda la comarca. En su escenario vi representar muchas pasiones y muertes fingidas, que no me conmovían tanto como la auténtica tragedia de aquellos desesperados amantes.

El río corría suavemente. Las nubes del ocaso –rosa, jalde, púrpura– lucían sobre la visión cristalina. Mientras yo avanzaba por la orilla contemplaba las lanchas, las maniobras de los estibadores descargando sus fardos, algún pescador sentado con su cordel, y más adelante, rumbo al mar, algunas fincas asomando entre los árboles, un lugar de tumbas y de ídolos, y la remota Peña, que en otros tiempos me hacía soñar con grutas encantadas de muros de esmeralda, donde se celebraban extrañas fiestas. Abarcaba muchos momentos densos de emoción, remembranzas que venían inesperadamente del fondo de los años, como el rumor de las olas; sucesos pasados que

se manifestaban por secretos caminos en mi memoria: pactos de amistad, afecciones, amoroso despertar, todo convergía con un sentido inquietante en mi alma.

El viaje era ya inminente. Despedirme de amigos y maestros constituían diligencias exultantes. Eran los últimos toques, que apaciguaban mi impaciencia. Unos días más y estaría navegando rumbo a Veracruz.

A principios de 1916 abandoné aquel lugar de mi niñez. Una mañana salí en el *Pantepec* rumbo a la barra, hacia el mar henchido de promesas. Mis padres, con mis hermanas y un grupo de amigos, me acompañaron al muelle, donde gran concurrencia se había reunido para despedir a otros viajeros. Mi madre me bendijo, persignándome en la frente. Como la vez anterior, se le rodaron las lágrimas. Yo me esforzaba por contenerme. El silbato del remolcador hizo que nos separáramos. Aunque aparentaba estar con aplomo, me embargaba intensa emoción. Pronto dejamos atrás el muelle. ¡Adiós!... ¡Adiós! En seguida comenzó a desfilar la hilera de casas de la ribera. ¡Adiós a Tuxpan!

Nunca olvidaré la salida en *El Pantepec*. El día estaba espléndido. Desde la borda se veía la gente aglomerada en el muelle; atrás, la Aduana. Luego, la fila de casas pintadas de cal, con sus cenefas claras, azules y rosas. Reconocía la carpintería de Garcés, en cuyo torno íbamos a ver labrar los trompos y filetearlos con rayas de colores, y, sucesivamente, la ostionería de los Ariguznaga, la casa de María García, que amamantó a una de mis hermanas; la morada y el manglar de los Greer; el antiguo aserradero; los patios de mangos, guayabas y zapotes; la hortaliza de los chinos, que a la entrada ostentaba dos simétricos pinos; el rancho de don Joaquín Florencia, donde los lunes asistíamos a la molienda, y luego, las milpas y platanares, que se extendían hasta el confín reverberante.

Una infinidad de emociones me agitaba. De la misma manera que me paseaba ociosamente e iba de un lugar a otro en los últimos días de mi residencia en Tuxpan, ahora flotaba en los dominios contemplativos con la

imaginación errante y revivía ciertos momentos de mi vida. Un optimismo de la voluntad y un cierto bienestar, como anticipación de mi vida libre, abrillantaba mi espíritu. Pero mi fantaseo se complacía especialmente ante una figura de rostro encantador y amable sonrisa, que me parecía entonces la más poética criatura. Así resumíanse mis pensamientos y las impulsiones confusas de mi alma adolescente esa mañana de despedida, entre las sensaciones del agua y el paisaje de aquella ribera.

Cuando llegamos a la bocana las olas acentuaron su ritmo, el vapor se hundió en los senos fosforescentes del golfo y volvió a surgir mientras poníamos proa al fondeadero. A la izquierda se vislumbraban los chalets rojos y verdes de La Barra, el faro y los tanques de petróleo, entre las palmeras.

La visión de la ciudad se había hecho más distante, más pequeña y mirífica, y, por fin, desaparecía. El presente se había convertido en pasado. Mi infancia también quedaba atrás, convertida en pretérito, recuerdos y sombras fugitivas. La vida –dice el maravilloso cantar– “son los ríos / que van a dar a la mar, / que es el morir”. El río de mi niñez se confundía con el mar sonoro; era como un reflejo leve, brillante y tembloroso, pero con fuerza poderosa para estremecer mi corazón. Así comenzó mi peregrinaje de desterrado de aquel paraíso junto al río.

¡Cuán claras y vivas aparecen hoy todavía aquellas imágenes! Más de una vez surgen en mi memoria: las gentes desfilando frente al portal de mi casa; el mercado, mis juegos, mis faenas, mis primeros encuentros con la poesía. Oigo las pesadas bolas de don Merenche rumbo a la escuela, mientras doy los últimos sorbos a la taza de café; los martillazos sobre el yunque en la herrería de los Estévez; la campanita de La Atalaya, y a las horas habituales, el bastón del ciego, que vivía por la ciénaga. Y vuelve también el olor de la viruta de cedro al pasar por la carpintería de don Luis Villa, el trascender del pan recién horneado de doña Macrina, el perfume que emana de los jardines, sofocados de follajes. ¡Momentos de una eternidad misteriosa!

Cuando dirijo la mirada hacia aquellos lugares siento como si se levantaran en vuelo los días jubilosos de la casa de mis padres. ¡Cuánta mudanza en nuestras vidas! Lo que me parecía imperecedero se ha desvanecido. Las cosas que fueron ya no serán jamás. Otras generaciones se levantan y forjan ahí su destino. Sólo el río continúa su curso por los maravillosos campos. ¡Que así sea por los años sin fin!...

XVI. Soneto

Evocando del tiempo en la distancia
el río de mi edad amanecida,
aspiro el alto don de su fragancia
y proclamo mi pasmo ante la vida.

Como en un espejismo de mi infancia,
miro el confín. El alma, desasida
del mundo y de su ansia,
tiene un leve temblor de despedida.

Volveré a tus riberas, claro río,
a retemplar mi espíritu en tu brío,
antes de andar la última jornada.

Al ocaso arderán las viejas fraguas
del sol, mientras tus aguas
corren hacia la mar y hacia la nada.

Índice

Prólogo	7
I. Primeras imágenes	25
II. La muerte entra en la casa	33
III. La escuela y los juegos	39
IV. La otra escuela	49
V. Pequeño retablo	61
VI. Petróleo y piratas	67
VII. El Chovén solo	73
VIII. Retratos familiares	97
IX. Regreso a Papantla	115
X. El río	125
XI. Las mareas y los días	131
XII. Despertares	141
XIII. Interludio jalapeño	149
XIV. “La Revolución es la Revolución”	159
XV. Adiós a Tuxpan	167
XVI. Soneto	173

Siendo rector de la Universidad Veracruzana
el doctor Raúl Arias Lovillo,
A la orilla de este río, de Manuel Maples Arce,
se terminó de imprimir en junio de 2010.
en Editorial Ducere, S.A. de C.V., Rosa Esmeralda 3 bis,
col. Molino de Rosas, C.P. 01470 México, D.F.
La edición, impresa en papel cultural de 90 g, consta de 500 ejemplares
más sobrantes para reposición.

Se usaron tipos Goudy Old Style de 18:28, 11:14 y 9:11 puntos.
Formación: Aída Pozos Villanueva, cuidado editorial: Patricia Maldonado Rosales.